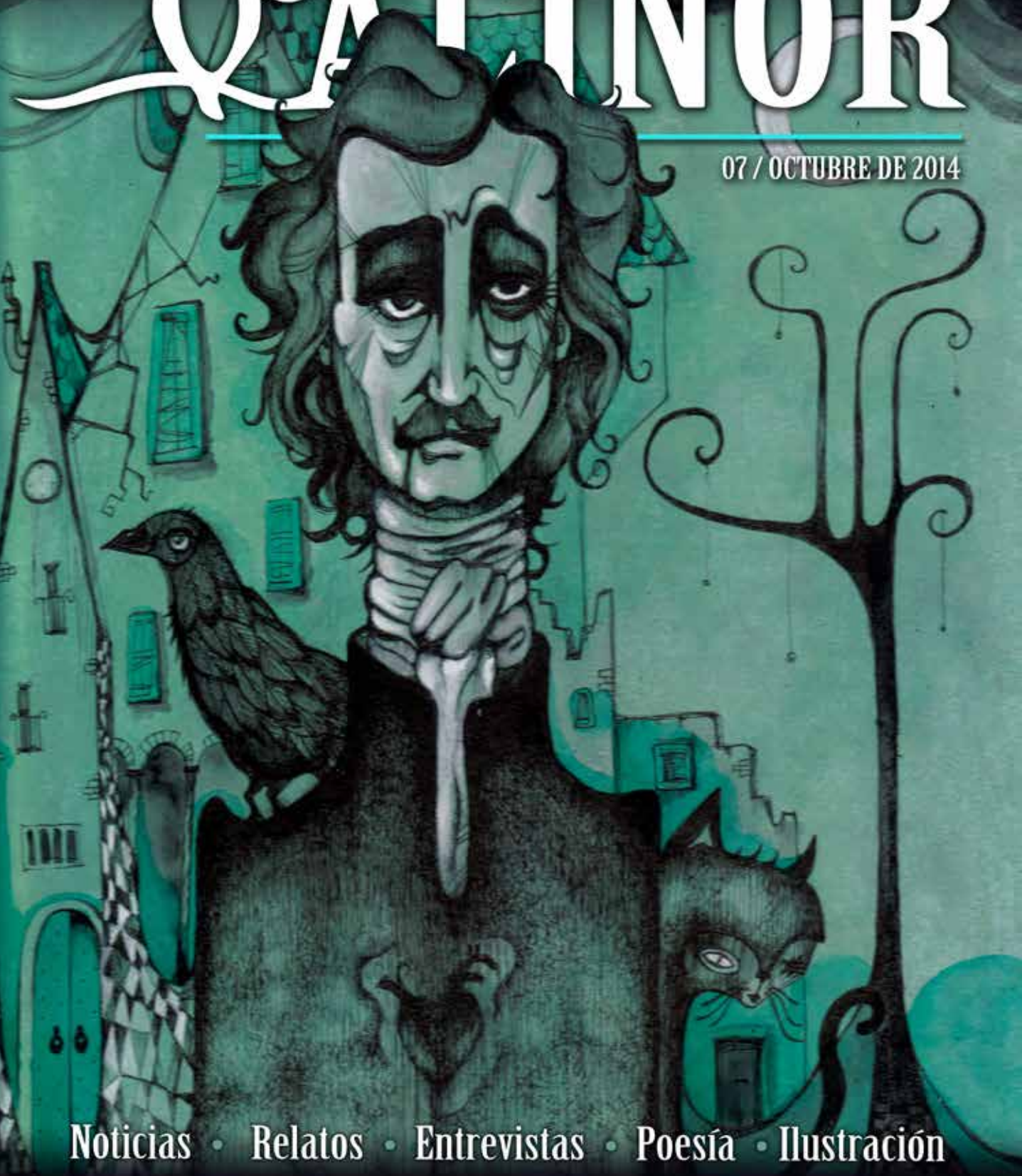


Revista editorial de fantasía, terror y ciencia ficción

VALINOR

07 / OCTUBRE DE 2014



Noticias • Relatos • Entrevistas • Poesía • Ilustración

CADA DÍA 13 ENCUÉTRANOS EN WWW.EDITORIALVALINOR.COM

16+

Valinor. Revista Editorial.

Ilustración de portada: Paola Vecchi.

Equipo de la Revista Valinor:

Jessica Tornos. Redacción, prensa.

Myriam Crespo. Redacción.

Violeta Moreno. Redacción.

Diego Bober. Dirección, redacción, ilustración, maquetación, diseño gráfico.

Contacto:

Correo de la revista: revista@editorialvalinor.com

Correo de la editorial: info@editorialvalinor.com

www.editorialvalinor.com



Revista Valinor by Editorial Valinor is licensed under a Creative Commons International License.

No se permite el uso comercial de la revista.

Queda prohibida la modificación de la revista y su contenido.

Todos los derechos de los textos e imágenes pertenecen a sus autores, en caso de ser citados deberá ser mencionada siempre su autoría.

VALINOR

Editorial

Ha llegado el mes de octubre, un mes simbólico y conmemorativo que nos llena de hermandad y cercanía a todos los hispanos.

En este séptimo número de la revista, el barco de Valinor zarpa hacia el oeste con mayor ímpetu que nunca, si cabe, rompiendo contra las olas, creando sobre los mares con su blanca estela un puente para la cultura y la literatura que nos habla en nuestro idioma, el de todos. A través de historias y relatos nos conocemos todos un poco más y estrechamos esos lazos que nos unieron, nos unen y nos unirán por siempre.

Tienes en tus manos, en tu pantalla, un proyecto común que hemos logrado entre todos, y que no para de crecer, ni de aprender. Una idea fraternal que ha surgido espontánea y se ha convertido en un abrazo entre España y América, uno más de todos los habidos y de los que habrá. Y no podemos sino sentir que estamos haciendo las cosas bien, o lo mejor que podemos, y que lo que está sucediendo no son imaginaciones nuestras: en el barco de Valinor no viajamos solos los miembros del equipo, la mejor tripulación nos acompaña dentro y fuera de la revista, escribiendo, leyendo, opinando, disfrutando y creciendo en armonía y respeto.

Este mes de octubre es especial para todos nosotros. Uno de los mayores tesoros de la humanidad es su lenguaje y sus historias, y, amigos, podemos decir orgullosos que las bodegas de nuestro barco están completamente llenas de cofres y baúles que atesoran muchas de esas riquezas. Las mejores. Las vuestras. Las nuestras.

Por eso, compañeros de aquí y de allí, os saludamos con gran afecto y esperamos que este pasado 12 de octubre nos recuerde que, al margen de los sentidos y sinsentidos políticos con los que suelen saturarse estas fechas, lo importante es lo que nos une, y no lo que nos separa. Seamos de donde seamos, la hispanidad nos une como hermanos, al igual que nos une nuestra afición común por la literatura y los géneros de fantasía.

En estos tiempos en los que es tan difícil encontrar la belleza y conservar la esperanza, llena de ilusión ver que, entre todos, podemos conseguirlo.

El equipo de Editorial Valinor

¿Quieres ser publicado en nuestra revista?

Envíanos tus relatos cortos, noticias, anuncios, artículos, poemas, microrrelatos, fotografías o ilustraciones a:
revista@editorialvalinor.com

COLABORACIONES

Para este viaje hemos contado con la ayuda de:

Arthur Charlan, articulista.

G. Escribano, escritor.

Paola Vecchi, ilustradora.

Álvaro Gutiérrez, escritor.

Hugo A. Ramos Gambier, escritor.

Teresa P. Mira de Echeverría, escritora.

Alejandro Valiente Lourtau, escritor.

Virginia S.V. Riesco, escritora.

Óscar Torres Gestoso, ilustrador.

Ángeles Mora, escritora.

Richard Montenegro, escritor.

Isabel Cisneros, escritora.

Géraldine de Janelle, escritora.

Boebaert, ilustrador.

GRACIAS A TODOS

V
a
l
l
i
n
o
r



SUMARIO



Noticias

Breve repaso a la actualidad que nos interesa.
PAG. 6



El Castillo de Cachtice

Juego de la Hermandad del Cisne.
PAG. 8



Artículo de opinión

Valinor. El tren de medianoche y mi experiencia literaria en Nueva York
PAG. 11



Garcan. El juicio de Tanit

Relato de fantasía épica por G. Escribano.
PAG. 14



Imaginarium

Paola Vecchi, ilustración.
PAG. 20



Steampunk 1999

Entrevista a Álvaro Gutiérrez.
PAG. 27



El Ingenio Ícaro

Relato steampunk por Álvaro Gutiérrez.
PAG. 31



Evaristo Anselmo

Relato de terror por Hugo A. Ramos Gambier.
PAG. 40



Lo élfico, lo humano, los nigromantes y el dragón

Relato de fantasía por Teresa P. Mira de Echeverría
PAG. 45



Matar a Castro

Relato de ciencia ficción por Alejandro Valiente Lourtau.
PAG. 51



Pirámides de barro

Relato de terror por Virginia S.V. Riesco
PAG. 58



La niña de ojos tristes

Cuento gráfico de Óscar Torres Gestoso y Ángeles Mora.
PAG. 65



El capricho de un Dios

Relato de fantasía por Richard Montenegro.
PAG. 69



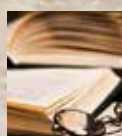
Eddan y Kiri. El gato

Serie de relatos de aventuras por Isabel Cisneros.
PAG. 72



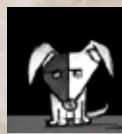
Christall. La isla del muerto

Serie de relatos de terror y aventuras por Géraldine de Janelle.
PAG. 77



Nuestra reseña literaria

«Mañana es Haloween» de Israel Moreno.
PAG. 82



Otto

Tira cómica de Boebaert.
PAG. 82



Poemario

Tres poemas de Richard Montenegro.
PAG. 83

Noticias

Dolmen edita la obra de horror gótico "El huerto del espantapájaros" de Allan J. Arcal

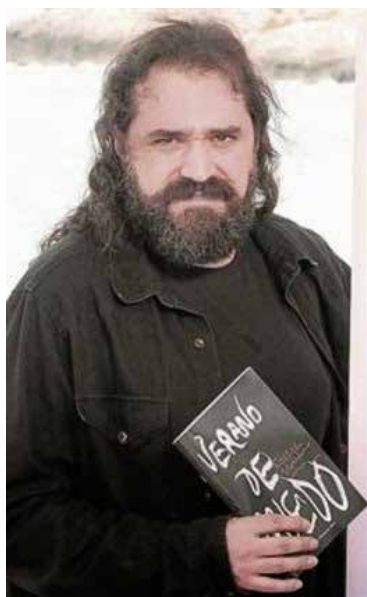
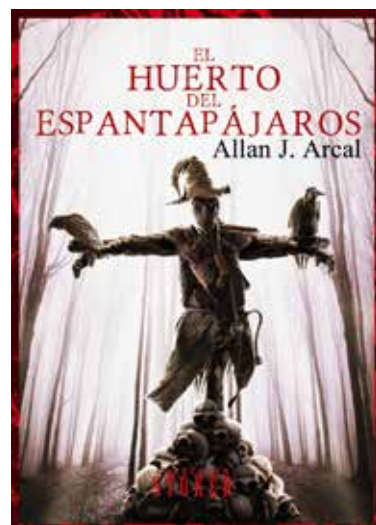
La editorial Dolmen arranca el otoño con oscuridad y lanza para este mes de septiembre una nueva novela bajo la línea Stoker, la más terrorífica de toda la editorial.

La línea Stoker de Dolmen edita la obra de horror gótico "El huerto del espantapájaros" de Allan J. Arcal.

Según su argumento la obra reza así: "Se cuenta que, cada diez años, durante el equinoccio de primavera, los cinco hombres más ancianos y sabios del pueblo de Émbra, como guardianes de su gente y con el fin de asegurar el equilibrio de sus fértiles tierras, se reúnen alrededor del Pozo de la Luna para contemplar el rostro que aparece reflejado en el agua.

Desafortunadamente, en aquella ocasión, fue el de esa pobre niña que se había convertido, sin pedirlo, en el juguete de los Dioses cuyos invisibles tronos se hallaban en las montañas." ...

"El huerto del espantapájaros" está disponible por 16.95€ y para quienes estén interesados en ver qué ofrece la obra de Allan J. Arcal, se pueden leer las primeras páginas del libro de manera gratuita en este [enlace](#).



Carlos Molinero se lleva a casa el premio Minotauro

Su obra *Verano de miedo* recupera el mito del vampiro como una criatura sanguinaria y peligrosa utilizando un formato epistolar en homenaje a Bram Stoker.

El prestigioso premio, que se falla este año por primera vez en el marco del Festival de Cine Fantástico de Sitges, ha recaído sobre este veterano guionista de televisión, que ha aprovechado para comentar su opinión sobre obras como *Crepúsculo* y reivindicar al vampiro monstruoso del terror clásico.

Noticias

The Last Door

Nuestros amigos de The Game Kitchen anuncian el próximo lanzamiento del quinto episodio y estreno de la segunda temporada de *The Last Door*.

La esperada quinta entrega de la serie se titulará "The Playwright" (El dramaturgo) y su fecha de publicación se ha fijado para el próximo 31 de Octubre.

Antes de eso, el estudio *indie* ha lanzado hoy la versión beta de este capítulo para que los miembros *premium* de su comunidad puedan probar la nueva entrega y ayudar a los desarrolladores con comentarios, informe de fallos y sugerencias de mejora.

Como es habitual en las versiones beta de *The Last Door*, en esta versión no se incluye ni el final ni el principio del capítulo aunque todo lo demás estará presente a disposición de la comunidad. Para acceder a la beta, es necesario ser miembro *premium* de la comunidad de fans del juego.



Siendo ya todo un clásico, en este nuevo capítulo el estudio sevillano volverá a poner en marcha la iniciativa "Leave your mark" (Deja tu huella). Esta iniciativa consiste en una dinámica colaborativa en la que los seguidores del proyecto pueden proponer descripciones a varios objetos que se han dejado en blanco intencionadamente. Las mejores descripciones terminarán formando parte en la versión final del capítulo y sus autores, reconocidos en los títulos del juego.

Una vez más, este quinto episodio cuenta con la espeluznante y excepcional banda sonora compuesta por el magistral Carlos Viola quien ha hecho, según sus propias palabras "un extraordinario esfuerzo" por mantener la calidad, el carácter y la atmósfera musical de la primera temporada, reconocida en los premios Gamelab 2014, al ser nominada como mejor banda sonora.

Según el equipo, "este nuevo capítulo es un importante paso hacia delante y un reto en muchos sentidos, ya que se ha desarrollado con una herramienta completamente nueva. Además, Unity nos ha ayudado a mejorar el juego en muchos sentidos", añade Mauricio García, Project Manager de *The Last Door*.

www.thelastdoor.com

El castillo de Čachtice



Un juego interactivo del foro de Valinor para la Hermandad del Cisne

El relato que exponemos a continuación es la continuación de la aventura de misterio que proponemos a nuestros amigos y miembros de la Hermandad del Cisne de la Editorial Valinor (pincha [aquí](#) para más información). Con él podréis avanzar en la historia de este extraño castillo y continuar la investigación en el foro de Valinor exclusivo de La Hermandad del Cisne.

Dos sirvientas doblan delantales cuando la condesa abre la puerta de los aposentos de las criadas. Sorprendidas por la inesperada visita, dan un respingo y se giran para saludar con una apresurada reverencia.

Cuando se percatan de vuestra llegada con ella, las jóvenes no pueden evitar ruborizarse. Aquellas habitaciones están siempre arregladas y discretas, pero suponen lo más parecido a la intimidad en el frío castillo.

—No os avergoncéis jamás por el rubor— dice Bathory al ver que intentan ocultar sus rostros—. Siempre es buena señal que os quede sangre dentro.

—Gracias, señora— contesta una de ellas sin saber muy bien cómo tomarse el cumplido—. ¿Qué podemos hacer por vos?

—Por mí la verdad es que poco, por ahora, pero estos señores seguro que están interesados en buscar indicios que puedan aclarar la desaparición de Gabriela.

Al escuchar el nombre de su amiga ambas vuelven a bajar sus cabezas, esta vez por la tristeza, pero también por el temor.

—¿Sabéis algo que yo no sepa?— pregunta la señora y ellas niegan con un gesto lento.

—No, señora.

—¿Se ha llevado algo?— quiere saber uno de los extranjeros— ¿Algo de valor?

—No, señor— contesta la otra criada—. Gabriela jamás haría algo así.

—¿Cuándo fue la última vez que la visteis?— insiste la condesa.

—Anoche, durante la cena.— La joven señala el rincón dónde está situada la cama de Gabriela, está todo como lo dejó.

—De hecho— entra el gordo cocinero en la habitación al frente de sus ayudantes, traen la cena—, he sabido que no probó bocado, y quien no come es porque algo trama.

—Gabriela no podía comer más, señor— responde la joven—. Su sobrepeso era ya excesivo.

—¿Y estáis seguras de que no se ha escapado?

—Señora— la muchacha mira de nuevo a la condesa—, Gabriela no estaba en situación de saltar por la ventana. Única «escapatoria» posible.

—No le demos más vueltas— dice el cocinero—. Aunque haya escapado habrá sido presa fácil para los lobos.

—O para los vampiros— lanza una acusación al aire uno de los investigadores y mira, como quien no quiere la cosa, al cocinero.

—¿Me acusáis de ser un chupasangre, caballero?— alza una ceja—. Por Dios, no me hagáis reír. Mirad mi buena panza, ¿creéis que esto se consigue a base de líquidos? Me ofendéis.

—¿Y por qué decís que es obra de un vampiro si no ha aparecido siquiera su cuerpo para que lo evidencie?— pregunta otro investigador.

—Porque bien es cierto que no se ha hallado jamás una gota de sangre de las víctimas— dice el cocinero.

—¿Y los cuerpos?

—Pues...— ladea la cabeza la condesa—, a decir verdad tampoco.

—Señora —tercia el cocinero—. Algunos sí han aparecido.

—No enteros —contesta la condesa y las chicas exclaman horrorizadas—. Y gracias por asustarme al servicio.

—¿Qué tipo de carne es esta que estáis sirviendo para la cena? —pregunta una mujer que también aceptó el caso.

—Carne de caza.

—¿De qué animal? —entorna la mirada con suspicacia.

—Ah, vale —el cocinero se rasca la ceja—. Ya sé lo que estáis pensando. ¿Creeis que nos estamos comiendo a Gabriela?

Las chicas exclaman de nuevo, palideciendo.

—Otra vez... —suspira la condesa—, no metáis miedo al servicio.

—Y no ha contestado, señor —insiste la investigadora.

—Probad la carne y decidme a qué sabe —sonríe el cocinero.

—No pienso hacerlo —se planta la mujer.

—Entonces cerrad la boca. Si tuviera a esa moza oronda, y gustase de comer carne humana, ¿creéis que la compartiría con estas desagradecidas sin apetito?

—¿La tiene? —pregunta la condesa —Si la tiene devuélvamela.

—No la tengo, si es lo que os preocupa —dice mirando a todos los presentes—. Pero quien quiera convencerse puede bajar a mi cocina cuando así lo desee.

—¿Juráis que no habéis matado a Gabriela? —le pide la condesa.

—La duda ofende, señora, lo juro.

El cocinero se da la vuelta, coge uno de los tenedores de la bandeja de un ayudante, pincha un trozo de bistec y lo mueve delante de los rostros de los que le rodean para mostrarlo.

—Tierno y en su punto. Poco hecho y especiado —lo engulle como un animal hambriento—. Un buen filete jugoso y con sangre. Repito: con sangre.

—Puede retirarse —le dice la condesa y el cocinero asiente y se marcha, indignado y divertido por igual.

—Qué grosero —comenta la investigadora.

—No se lo tengáis en cuenta —le excusa la condesa—. Hay personas que se molestan cuando se les acusa de comerse a la gente.

—Siento si os he importunado, condesa —asume la mujer.

—No es culpa vuestra —responde con amabilidad—. El cocinero es un buen hombre, pero aún le persigue su pasado.

—¿Qué pasado? —pregunta un investigador.

—Tuvo que marcharse de su pueblo, perseguido por el populacho.

—¿Y eso?

—Bueno —se encoge de hombros—. Se comió a dos vecinos.

Los investigadores abren los ojos de par en par, las doncellas se desmayan y la condesa resopla.

—Desde luego... qué gente tan sensible.

Continuará...

¡La aventura continúa permanentemente en el foro! Los miembros de la Hermandad del Cisne que así lo deseen pueden acceder al apartado dedicado al castillo de Čachtice, donde podrán recorrer las salas, torres y aposentos de la fortaleza para hablar con los sospechosos, interrogarles y encontrarse con los demás investigadores. Quién sabe, quizá alguno de vosotros quiera hacer equipo para unir fuerzas. Las cocinas, la torre, las caballerizas, los aposentos de las criadas... hay muchas opciones. Tú decides dónde ir, a quién interrogar y cómo hacerlo.

En el foro os esperan los personajes, dispuestos a contestar a todas vuestras preguntas hasta el mes que viene, momento en el que continuará la historia.

¡Animaos a participar y vivir la aventura!

30

primer
**Concurso de
RELATOS**
navideños



40

Primer
**Concurso de
RELATOS**
navideños

BASES

- Podrán participar **exclusivamente** los miembros de la **Hermandad del Cisne**. (Para más información ver nuestro foro - www.editorialvalinor.com/forum).
- Cada participante podrá enviar todos los relatos que quiera, siempre que estos sean originales e inéditos.
- La extensión de los relatos será de un mínimo de 5 páginas de Word, en tamaño A4, tipo de letra Times New Roman 12 puntos, y sin límite máximo de extensión.
- Los relatos deben pertenecer a cualquiera de los tres géneros principales tratados en Valinor (Fantasía, Terror o Ciencia Ficción) y tener **algún componente navideño**.
- La fecha límite de entrega será el día 30 de noviembre de 2014.
- Los relatos deben ser enviados a revista@editorialvalinor.com, indicando en el asunto «relato para concurso navideño», e incluyendo en el mensaje el nombre de miembro de la hermandad que lo remite.
- El jurado estará conformado por los miembros del equipo de la Editorial, e informarán del ganador el día 10 de diciembre a través de nuestras redes, la web, el propio foro y por correo a todos los miembros de la hermandad.

PREMIO

- El único ganador obtendrá un lote navideño compuesto por nuestros cuatro primeros lanzamientos en ebook, así como también el pdf de su propio relato maquetado e ilustrado por nuestro equipo profesional, con la cesión al ganador de todos los derechos del trabajo.

Para más información escribenos a revista@editorialvalinor.com

www.editorialvalinor.com

Valinor

El tren de media noche y mi experiencia literaria en Nueva York

Un artículo de opinión de Arthur Charlan



Mi camino a Valinor comenzó hace ya algunos años durante mi primer viaje a Nueva York, fue entonces cuando puse en marcha la maquinaria creativa que llevaba dentro, ayudándome a ello uno de los personajes literarios de Julio Verne, me refiero al profesor Otto Lidenbrock al que se le ocurre llevar a cabo una aventura al centro de la Tierra a través del descenso a las entrañas del volcán Snæfellsjökull en Islandia. Así veía yo mi futuro viaje y mi vida en los Estados Unidos de América en los años 90. Y es que la literatura de Julio Verne había marcado mi vida hasta entonces.

Mientras me dirijo en tren hacia la ciudad de París me percaté que la señal horaria de mi reloj de bolsillo marcan las 12 de la noche, entonces sentado cómodamente en el asiento aterciopelado de color granate dejé el periódico en el asiento de delante y empiezo a pensar en Valinor y en su significado onírico respecto a mi estancia en Nueva York, el tren se deslizaba lentamente hacia adelante y con su ronco murmullo dejaba atrás la estación de Barcelona, de la cual había partido minutos antes.

Valinor bien pudiera ser ese viaje enigmático hacia el principio del fin, el regreso a casa cuando ya hemos cumplido con nuestro destino, embarcados ya en alguno de los barcos cisnes de los

Elfos camino a Tierras no desconocidas de donde una vez partimos. Pero mientras esperamos nuestros barcos cisnes de las Tierras de Ulmo con enormes alas blancas y picos de oro y negro azabache asomar, seguimos caminando por los diversos puertos marítimos de la literatura.

No hace muchos años cuando vivía en los Estados Unidos, para ser más exactos en la calle 43 de Manhattan donde cada mañana bajaba a tomarme un café con bollos en una de sus diversas cafeterías, me encontré por sorpresa para mí ante una de esas librerías pintorescas y enigmáticas que hay repartidas por toda la ciudad, me acuerdo porque en su exterior, frente a la puerta misma, había la figura del Capitán Kirk en cartón, como reclamo de ventas. La verdad es que me pareció muy original, pero sobre todo porque me recordó el hecho de que la vida es como una nave espacial de la que somos el capitán a bordo, una nave que dirigimos contra viento y marea, arriesgándolo todo en cada tormenta por una causa común, como Ulises en sus viajes hasta desfallecer por el cansancio hasta que el mar se calmaba, pero firmes y seguros como nuestro Capitán Kirk de la nave estelar Enterprise. Después supe que la librería estaba a punto de echar el cierre debido a la competencia de las grandes cadenas libreras como Barnes & Noble. Competencia desleal o no, es una cuestión de miras y evolución, pero lo verdaderamente importante y es ahí donde radica nuestro viaje, es en seguir hacia adelante. Pensemos por un solo momento en la idea de dejar de escribir, si eso es posible, o sobre la idea de dejar de leer en algún momento de nuestras vidas, o en esa disyuntiva que nos plantea la película Fahrenheit 451 de Ray Bradbury, seguro que a más de uno se le ha pasado por la imaginación debido al miedo o a la vergüenza de que nadie nos lea o a no ser publicados jamás, o

por el miedo al fracaso, pero si fuese el caso ¿En que punto nos dejaría eso? ¿Quiénes seríamos? ¿Qué puertas estaríamos cerrando a nuestra verdadera identidad? Yo no creo que debamos ser víctimas de la psicología social que se nos impone desde lo más alto, y menos aún de ciertos “escritores” que creen ser los únicos con pedigrí para ser publicados entre los más grandes. Si no, que se lo digan a J.K.Rowling, o ha todos aquellos como a nuestro querido poeta Benedetti, quien tuvo que acudir a la autoedición hasta llegar a ser reconocido por la infinita y basta sociedad, o no, por citar a alguno de ellos.

Valinor pues representa no solo la llegada a un mundo mejor, si no el esfuerzo de recorrer los mares escribiendo incansablemente, devorando libros como lectores ávidos de sangre, conocedores del riesgo que conlleva, de fracasos escondidos, de lagrimas derramadas, de escritos expuestos en un cajón a los ojos de las termitas y la invisibilidad, y también como no, conocedores del éxito, de relatos y novelas publicadas, fruto del ingenio vivido, o la suerte encontrada.

Si al principio de los años 40 la literatura Pulp representaba lo más grande para darse a conocer a la sociedad norteamericana, hoy día Valinor al igual que tantos blogs literarios, representa lo mismo online, un viaje, una exploración a través de un espacio único con miles de lectores y escritores dispuestos a devorarnos hasta que dejemos los puertos grises para adentrarnos por fin en las Tierras Imperecederas.

Mi experiencia en Nueva York, ese viaje que inicié como Otto Lidenbrock en su día a las entrañas de la tierra, me enseñó a ver las cosas con perspectiva, a no dejarme atrapar por la desidia o la desazón, del miedo o del qué dirán, Nueva York me enseñó a vivir mi sueño como lector y escritor, de escribir y de abrir mi imaginación y creatividad, sin importar llegar a la cima del Everest o a la cima del Teide, el destino no nos dice que cima alcanzaremos, pero si nos invita a seguir el camino.

Valinor pues me recuerda a mis primeros pasos en el Club literario “The Odors Words” en

la calle 43, Club literario de ámbito casero, en el cual nos reuníamos unos cuantos jóvenes y no tan jóvenes para tratar de desengranar a literatos como P.K. Dick, Ursula, L.Guin, Frederik Pohl, entre otros, para acabar de vez en cuando en el Carlyle Café de Nueva York donde de vez en cuando vimos tocar al clarinetista y cineasta Woody Allen. El Club nos enseñó a vivir cada experiencia como si fuese la última hasta llegar a exprimirla sin dejar una sola gota, en ese sentido nos parecía estar reviviendo momentos estelares de la película “El club de los poetas muertos” con Robin Williams.

El tren continuaba con el ajeteo continuo, movimiento que acuna a cualquiera, lo más extraño era que la aguja de mi reloj de bolsillo stem-paunk comprado en el rastrillo londinense de Portobello Road, nombre que nos recuerda al capitán Vernon por derrotar a los españoles en 1739 en la mítica ciudad caribeña, no avanzaba, permaneciendo inalterado en el tiempo a la misma hora que el tren partió de la estación de Barcelona. Pero siguiendo con mi recuerdo onírico, Valinor al igual que el club literario es como “El Pony Pisador” del Señor de los anillos, ese refugio donde se nos permite reposar nuestros escritos para que otros puedan leerlos, comentarlos, sugerir ideas...un refugio donde las gentes de los cuatro puntos cardinales se presentan y se encuentran para debatir, crear amistades etc...

Valinor también me ha recordado al Subway de Manhattan, de la vida subterránea de los metros y de los grandes lectores sumergidos en un baile de páginas, lugar al que solía leer al magnífico escritor norteamericano Philip K. Dick. Aunque pueda parecer un poco surrealista Valinor no se encuentra lejos de una estación de metro con sus diversos andenes subterráneos llenos de magia y riesgo personificado en el que uno puede llegar a sumergirse. En cada capítulo podemos encontrar una estación o perpetrar en el andén 9 y tres cuartos para sumergirnos en miles de batallas o viajes estelares emulando así al Capitán Harlock

Una de mis experiencias literarias más grandes fue cuando llegue a trasladar mi residencia de la Calle 43 a una pequeño pueblecito denominado

Sea Cliff, perteneciente a la ciudad de Glen Cove en Long Island, en ella pude descubrir la belleza de otra clase de literatura de la mano del "Gran Gatsby" de Scot Fitzgerald, y es que en cada paso que damos, donde vivimos, estamos impregnados de literatura y hay que aprovecharlo, y eso mismo, nos invita a seguir escribiendo, a avanzar por estos mares de aguas turbulentas y de tormentas sin fin.

El tren sigue en marcha con su ronroneo habitual a través de sus raíles sin poder enlazar una conversación con nadie, el vagón sigue tan silen-

cioso como al principio, alterado de vez en cuando por alguna parada habitual, mientras tanto mi reloj sigue anclado en la media noche como si de un sueño se tratara, pero es a través de la ventana del tren donde observo al gran Cisne de Ulma compartiendo viaje a mi lado.

Arthur Charlan

Puedes seguirle en [su blog literario e informativo](#)

¿Qué es la revista Valinor?

De manera complementaria a nuestra labor editorial, la **revista Valinor**

da la oportunidad a autores noveles de hacerse conocer por el gran público.

En ella, además de **relatos** de fantasía, terror y ciencia ficción hay espacio para la ilustración, la fotografía, el cine, la música, noticias, artículos, etc.

Si quieres publicar un relato en la Revista Valinor o colaborar de cualquier otra manera (publicidad, entrevistas, eventos o darte a conocer) puedes enviarnos un correo electrónico a la siguiente dirección **revista@editorialvalinor.com** y nos pondremos en contacto contigo.



Garcan

El juicio de Tanit

Un relato de fantasía épica de G. Escribano

Nota del transcriptor: como en muchas leyendas de Elisia, no conocemos al autor de esta narración. Es muy probable que en la formación del relato hayan participado tantos individuos como voces lo han recitado desde la Edad Arcaica, que es cuando pudo haber sido compuesto. Este texto ha sido reinventado en muchas leyendas posteriores, algunas muy populares entre las comadres y otras bastante insípidas.

Fdo: K. Grafos.

«Mi esposa me reprocha amargamente que no sea el hombre de sus sueños, el príncipe verde ese de los cuentos. Yo le suelo que responder que, ella, en cambio, es la mujer de mis pesadillas. Discutimos un rato y luego lo hacemos con pasión. Creo que eso es el matrimonio».

Oído en un mercado paretio.

Estoy harta —gruñó Tanit—. Harta, harta, harta y harta.

El caballo no respondió.

—Algún día —insistió la joven guerrera estrujando las riendas—, todo esto cambiará. Y yo no tendré que buscar, como una idiota, a un adalid que luche en mi nombre. ¿Qué clase de mundo es éste, en el que una mujer no puede someterse al juicio de los dioses en el Círculo de Fuego?

El caballo tampoco dijo nada.

—¿Y sabes qué? —Tanit resopló—. Que solo mediante el juicio puedo demostrar la inocencia de Garcan y sacarle del Pozo de la Sed donde fue arrojado por el edecán. ¡Por Netón! Tengo que encontrar a un hombre que quiera matar a otro hombre que tiene prisionero al hombre que me importa. ¿No te parece irónico?

El caballo ni asintió ni negó. Avanzó con pesadez por la vereda del carrascal.

—Bueno, no estoy insinuando que Garcan... Ambos sabemos que es un poco viejo para mí.

Además, creo que él nunca... Vamos, que me considera como una hija, tú me entiendes.

El caballo no entendió.

—¿Estás hablando con tu montura?

Tanit desenfundó sus cuchillos arrojadizos antes de mirar hacia la espesura del bosque. Afiló los ojos y estudió al varón. Alto, bien compuesto, rizada melena cobriza y mentón cuadrado. No parecía interesado en afeitarse. Sostenía un hacha de leñador sobre su musculoso hombro con cierto desdén, mientras que descansaba el peso del macizo cuerpo sobre la cadera izquierda. Vestía un ligero taparrabos y unas sandalias anudadas a las pantorrillas. Clavó a Tanit una penetrante mirada, acompañada de una sonrisa arrogante.

Ella se ruborizó, por supuesto. Era un ejemplar realmente atractivo, como los de los cuentos, sin taras a primera vista. Alguien de quien se enamoraría una primeriza o una idiota.

Tanit frunció el ceño y estrujó la empuñadura de sus cuchillos.

—Pues sí, hablaba con el caballo —gruñó ella con desconfianza—. Los caballos saben escuchar, al contrario que los hombres.

—Bueno, yo te he escuchado todo el camino desde que cruzaste el arroyo— dijo el extraño con una sonrisa enigmática.

Tanit enrojeció aún más y azuzó a la montu-

ra con un golpe de sus talones. Concluyó que, cuanto antes se alejara de allí, mejor, puesto que algo le daba mala espina. Sin apartar la mirada del atractivo varón, farfulló:

—Tengo prisa, despeja la vereda.

Él la atravesó con aquella intensa mirada de la que se podrían cantar miles de poemas todos iguales, y alzó los hombros. Se apartó del camino con aquella socarrona sonrisa que se podría describir de mil maneras todas parecidas.

—Adiós, tú —dijo Tanit al pasar junto a él. Se preguntó cuántas estúpidas creerían en el amor a primera vista de los cuentos—. No me gusta la gente que espía en la espesura.

El extraño permaneció tranquilo, ignorando el ataque. Habló con tono misterioso.

—Ten cuidado al pasar la vaguada, los osos acaban de salir de la hibernación y están hambrientos.

Tanit alzó una ceja pero no dijo nada.

—Por supuesto, sé que eres una mujer muy capaz y todo eso, pero un oso famélico y asustado es peligroso. Muy peligroso. No comen personas ni caballos, pero anda con ojo.

Ella resopló y enfundó los cuchillos arrojados en las vainas de antebrazo, ocultas bajo su ligero manto verde esmeralda. Alzó la barbilla, entre nerviosa y altiva. ¿Qué se creía ese leñador?

—Y buena suerte con el juicio para liberar a mi primo, listilla.

—¿Eh?

Tanit se volvió con los ojos muy abiertos, pero el extraño ya no estaba allí. Resopló indignada. Además de atractivo, se las daba de misterioso, como en los malditos cuentos. ¿Para qué tanto misterio? A ella le gustaban las cosas claras. Detuvo a la montura y miró alrededor, oteando entre los troncos de las carrascas y las matas del sotobosque.

—¿Eh, tú! ¿Dónde te has metido?

El extraño no respondió. El caballo tampoco.

—¿Eres Tanek?— preguntó Tanit.

El eco de su voz se perdió en la espesura. El caballo piafó frustrado. Tanit se rascó la nuca.

Si, como suponía, aquel extraño era Tanek, el primo de Garcan... había desperdiciado una

oportunidad valiosa de llevar a cabo su misión.

La indicación de Garcan había sido clara: «encuentra al imbécil de mi primo en el Carrascal Oscuro. Él luchará por mí en el juicio de los dioses. Y si no quiere pelear, le obligas». Después, unos factores, soldados auxiliares de pacotilla, le habían partido la boca de un porrazo y arrojado su corpachón magullado al Pozo de la Sed. Era el castigo habitual para los que se rebelaban contra el edecán de Mastia y perdían.

Tanit resopló. Ahora tendría que buscar a Tanek en la espesura de un bosque infestado de osos.

Acarició el cuello de su montura, un bayo castrado y envejecido pero resistente, y desmontó. El animal respiraba con pesadez y soltaba espumarajos por la boca. Tanit dejó descansar a la bestia y desanduvo unos pasos con cuidado, ojeando bien el terreno. Se acuclilló y estudió el polvoriento suelo. Le sorprendió el leve, casi etéreo, rastro que dejaba Tanek. No era propio de un varón de su porte, de sus recios músculos, de su mirada intensa, de su enigmática virilidad...

Tanit tuvo un cosquilleo en el vientre, sacudió la cabeza y se puso en pie, malhumorada. Seguir las pisadas de Tanek iba a ser difícil y agotador, pero no tenía alternativa si quería rescatar a Garcan. Y, por supuesto, quería hacerlo. Sin el cerritano, ella no solo estaría muerta, si no que estaría muy mal muerta. O quizá algo peor, estaría casada.

La guerrera recuperó el caballo y, con suma atención, se apresuró a seguir el rastro de Tanek por el carrascal. Transcurrió una jornada de principios de verano, con los soles Gemelos desperezando sus rayos a través de unas nubes altas y siniestras. El viento olía a humedad y las currucas trinaban con alegría en las ramas de las encinas. No se parecía en nada a los siniestros bosques de los cuentos donde secuestraban a las niñas.

Las huellas de Tanek llegaban hasta un arroyo. Tanit dejó que el caballo se refrescara y estudió los indicios con cuidado. Cruzó las aguas saltando sobre unas rocas pero, por más vueltas que diera, no halló el rastro. Remontó sus pasos y comprobó que, en efecto, las huellas se perdían al llegar a la corriente. Lanzó un adusto resoplido, cada vez más disgustada. Tenía que hallar cuanto antes a ese leñador misterioso e inquietante.

Sin darse cuenta, sacó un pedazo de carne de membrillo de su morral, lo mordisqueó y paladeó, deleitándose con el placer del dulce. Se perdió en ciertas imaginaciones poco apropiadas hasta que un gruñido gutural y cavernario le cortó la respiración.

Tanit dio un respingo y se volvió. Un oso pardo, ni demasiado grande ni demasiado pequeño, esto es, mediano, parecía muy interesado en su montura. Sin saber porqué, pensó en los osos de los cuentos. Siempre eran enormes.

El caballo relinchó nervioso y reculó unos pasos sacudiendo la cabeza. Tanit recuperó el aliento y se deslizó, con movimientos elásticos y lentos, hacia la montura. El oso, más allá de la corriente, olisqueó el aire, moviendo la nariz a un lado y a otro. Cruzó la aguas dando unos ágiles saltos. Grande o no, tenía unas garras espantosas y unos colmillos bien afilados.

La montura relinchó otra vez, pateó el suelo y echó las orejas para atrás. Tanit llegó hasta el animal, le acarició el cuello y le susurró palabras de calma, pero no sirvió de nada. El oso se alzó sobre sus patas traseras y ronroneó hasta gruñir. El caballo chilló, levantó las manos, giró sobre sí mismo y se perdió al galope en la arboleda.

Tanit gruñó. El oso gruñó. Se miraron.

Tanit apretó los puños. El oso arañó el suelo con sus garras. Dejaron de mirarse.

Tanit corrió. El oso también.

Ella vio pasar el bosque, mientras volaba sobre sus pies. Un tronco de encina, un matojo de aula-ga, un claro polvoriento, una dehesa reseca, más carrascas, un quejigo. Los pasos del oso sonaban cada vez más cerca, apagados por el ruido de su propia respiración. La bestia gruñía de vez en cuando, frustrada, mientras Tanit se abría paso por la espesura como una gacela. No se atrevió a mirar atrás, por supuesto. Estaba cagada de miedo.

Percibió una repentina presencia y saltó por encima de un matorral de tomillo. Le ardía el pecho, le quemaban los muslos.

—¡El morral, listilla! —gritó Tanek—. ¡Tira el morral y corre como un demonio!

Tanit miró a un lado y a otro, sin saber de dónde procedía la voz. Tropezó, se tambaleó y aleteó con los brazos. El oso lanzó un gruñido brutal y el calor de su aliento azotó la nuca de la guerrera.

—¿Has perdido el juicio? ¡Tira el puto morral!

Tanit obedeció con manos temblorosas, y corrió como un demonio durante un breve rato que le pareció eterno. Exhausta, dolorida y con agujonazos en las sienes, miró atrás. El oso ya no estaba allí. Tanek le seguía con aquella arrogante sonrisa.

—Ya puedes parar— dijo el varón entre jadeos.

Tanit se detuvo junto a un polvoriento y reseco arroyo. Clavó una furibunda mirada Tanek, se dobló en dos y recuperó el aliento con las manos apoyadas en sus firmes y sudorosos muslos. El varón la estudió con una profunda mirada. Ella se ruborizó, pero como estaba roja por el esfuerzo, no se notó.

—El oso se estará dando un festín con tu membrillo —soltó Tanek con tono de segundas interpretaciones—. Es un goloso.

Tanit resopló y se pasó la lengua reseca por unos labios resecos de una boca reseca.

—¿Y mi caballo?

Él respondió alzando los hombros y le tendió un pellejo de agua con sus manos recias. Ella apretó las mandíbulas y bebió con ansia viva, aunque no agradeció el gesto.

—Deja de mirarme con esa cara de «te lo advertí» —gruñó Tanit al fin—. Ya me ha quedado claro que la he cagado.

—Pensé que eras más avispada.

—¿Eh?— Tanit frunció el ceño y le arrojó el pellejo.

—¿También eres sorda?— preguntó él con tono juguetón.

—Imbécil— gruñó ella con pocas ganas de jugar.

Tanek sonrió de medio lado, poco impresionado. Callaron durante un rato hostil. Tanit pensó en soltarle un puñetazo. ¿Quién se creía que era para tratarla así?

—Ese caballo era todo lo que tenía —renegó ella—. Me cago en los...

—Lo encontraremos —atajó él con su varonil voz de cuento—. Seguiremos el rastro.

Permanecieron en silencio otro rato, recuperando el aliento. Se echaban casuales miradas de soslayo. Los vistazos de Tanit sobre Tanek pa-

saban, invariablemente, de sus ojos a sus labios a sus hombros a su culo, que parecía tallado en mármol. Era un culo grandioso, firme y duro sobre el que deberían cantarse muchas canciones bien cantadas durante sucesivas generaciones de mujeres.

—¿Qué tal si hablamos de mi primo Garcan... y dejas de mirarme el culo, listilla?

—No me llames listilla, imbécil.

Tanit resopló, acalló el cosquilleo en el vientre y apartó la cara, alzando la barbilla.

—Tienes que ayudarme a sacarle del Pozo de la Sed.

—¿Qué ha hecho esta vez?

—Reclamar el edecanato y perder el duelo contra el esbirro del edecán.

—Maldito inútil— farfulló Tanek.

—No fue culpa suya —soltó Tanit a la defensiva—. Le envenenaron el vino y salió a pelear como una cuba.

—Seguro— dijo Tanek con desconfianza.

—¿Me vas a ayudar o no? —empujó ella—. No puedo someterme al juicio de los dioses en el Círculo de Fuego. El edecán dice que solo un hombre puede luchar contra su adalid, que eso es lo que ordenaron los ancestros.

Tanek cruzó los recios antebrazos sobre el peludo pecho. Tenía unos pectorales dignos de una balada sobre colinas refulgentes, valles boscosos y cosas así. Daban ganas de tocarlos, por supuesto.

—Bueno, ¿qué?— insistió ella.

—Supongamos que te ayudo —dijo él clavándole una mirada pícaro—. ¿Qué podríamos hacer que fuera diver...?

—¡Quieto todo el mundo!— gritó una voz desde la espesura.

Y así es como fueron capturados por los guerreros del edecán.

* * *

Tanit trastabilló y chocó contra la rocosa espalda de Tanek. Estaban unidos mediante una soga de cáñamo anudada en sus muñecas. El extremo

del cabo desembocaba en las férreas manos de un factor del edecán que montaba con placidez el caballo de Tanit. Otros seis guerreros les rodeaban, trotando por la vereda. A lo lejos se veía la ciudad de Mastia, asentada sobre un cerro.

Tanek protestó con un gruñido y apartó a Tanit de un empujón.

—Lo siento —dijo ella—. Te juro que no sabía que me seguían.

—No mientas —atajó él, abriendo un abismo entre ambos—. Me has tendido una trampa.

—¿Yo?

—¡A callar!— ordenó el factor.

—¡No sabía que eras un prófugo!— insistió Tanit.

—En los bosques solo vive gente que se esconde— gruñó él.

—¡A callar!— cortó el factor. Le atizó un seco varazo a Tanek.

Él bufó, pero se mordió la lengua. Tanit vio nacer una marca rojiza en la piel de su costado y apretó los dientes. ¿Por qué no le creía? ¿Por qué le trataba así? ¿Dónde había quedado el imbécil que le miraba con pillería?

—Te juro que... —arrancó ella, pero otro varazo en la espalda de Tanek selló sus labios.

Tras un largo trastabillar, llegaron a la plaza de Mastia. Se detuvieron frente a la torre del edecán, junto al Lúgubre, el templo del dios Netón. Una pequeña multitud hambrienta de noticias se había acumulado alrededor del Pozo de la Sed donde yacía Garcan.

La torre vomitó al edecán envuelto en un manto púrpura. Era un varón menudo, casi tan ancho como alto y de frente despejada hasta la coronilla. Le escoltaban seis nétai bien armados, los luchadores de élite de La Forja, la tierra de las Tres Tribus.

—Vaya, vaya —dijo el edecán con su voz de pito—. Así que el plan ha funcionado.

Tanit forcejeó con las ataduras, Tanek permaneció extrañamente tranquilo.

—Gracias por tu involuntaria colaboración —el edecán sonrió a Tanit—. No solo me has permitido capturar al rebelde Garcan, si no que me traes a uno de sus mayores aliados. Eres un tesoro.

Tanit rugió y protestó. Un seco golpe en las corvas la arrojó al suelo. Tragó polvo. Tanek la levantó con sus manos firmes y fuertes. Sus rostros se rozaron, suave el de ella, áspero el de él. Tanek susurró algo al oído de Tanit, pero ella no lo entendió. Estaba aturdida y nerviosa.

El astil de una lanza los separó. La multitud se apretujó a su alrededor.

—¡He venido a someterme al juicio de los dioses en el Círculo de Fuego! —gritó Tanek al gentío—. ¡En nombre de Netón, declaro la inocencia de Garcan el cerritano!

Hubo un tenso silencio, en que Tanit observó a Tanek. Bajo aquel ángulo y en aquella situación, le parecía un poco más atractivo, si es que eso era posible. Un extraño rumor se instaló en sus tripas, hasta que unas carcajadas descuartizaron el silencio.

—Tú no puedes someterte al juicio de los dioses —anunció el edecán—, antes te espera el juicio de los mortales. Un juicio por el cual te arrojaré al pozo en compañía de ese bastardo rebelde al que declaras inocente.

Y, en efecto, así fue. Tanek terminó en el pozo aquella misma tarde después de perder un juicio por combate. Fue vapuleado por Fusco, el líster del edecán, el lugarteniente que le seguía a todas partes como un perrito faldero del tamaño de un toro. Era el guerrero más temido en Mastia y otros tantos atributos que se utilizaban para atemorizar a los niños.

Tanit, en cambio, quedó libre después de que la manosearan como es costumbre entre las tropas del edecán. Se podía haber sentido indignada, violenta, agresiva o reivindicativa, como ocurría en los cuentos. Sin embargo, la emoción predominante era de fracaso. Un fracaso lánguido que se había adueñado de su voluntad.

Deambuló por la ciudad sumida en el desamparo, el hambre y unas ganas terribles de engullir tanta cerveza como para ahogar a Zalassa, la diosa de los océanos. Tanit pensó en Garcan y cómo le había fallado. Y evocó a Tanek, por el que sentía una especie de pérdida. Era una sensación extraña y desalentadora, puesto que nunca le había poseído.

Dio con sus huesos en una venta donde servían cerveza barata y bebió hasta caer inconsciente, prometiendo que pagaría al día siguiente. Al

despertar, con un terrible dolor de cabeza y calambres en las piernas, se peleó a puñetazos con el ventero por el asunto del pago. Terminó, después de escapar por los pelos, metiendo la cabeza en el Iber Mastia, el río que regaba la ciudad.

Tanit se miró los nudillos despellejados, se palpó la cara magullada y suspiró. Cerró los ojos, aspiró el aroma del valle, la humedad del río y otras muchas cosas muy poéticas también, como las cagarrutas del rebaño de cabras que pastaba a su lado.

Sumida en aquella pasajera depresión, pues su carácter era tan mudable como el viento, se preguntó porqué los ancestros no querrían que una mujer se sometiera al juicio de los dioses en el Círculo de Fuego. En realidad, no conocía ningún cuento al respecto, ni había oído poesía alguna que prohibiera a una guerrera defender el honor ajeno apelando al favor divino. ¿Se debía aquello a la costumbre o a la verdadera voluntad de los dioses? Que ella supiera, Netón era tan aficionado a las mujeres como a los hombres, mientras que su hermano Tagodis tenía cierta predilección por las mujeres astutas. Luego estaba Tulonia, que era la favorita de las comadres. Por no hablar de las actividades copulatorias de Arquelóo, que se aplicaban por igual a hombres y mujeres.

Tanit concluyó que había algo raro en aquella costumbre del Círculo de Fuego. Se puso en pie y atravesó la ciudad con un resacoso pero renovado vigor, pensando en la mirada de Tanek, en su voz pícaro y misteriosa, en sus manos y, por supuesto, en su culo tallado. Reconoció que le apetecía besarle así con fuerza, como para sellar sus labios de imbécil, pero sacudió la cabeza con desdén. Los cuentos solían terminar con un beso al atardecer, pero aquello no era un cuento, era su maldita y desdichada vida. E iba a terminar mal.

Llegó hasta el Lúgubre, el templo de Netón. Se adentró con decisión en la oscura sala principal y anduvo hasta el demiurgo, el hombre santo que permanecía sentado sobre el suelo, con los ojos cerrados. Tanit carraspeó antes de hablar.

—Quiero preguntar algo al dios.

Transcurrió una silenciosa eternidad.

—Netón no quiere responder, pero tiene un regalo para ti —dijo el demiurgo. Desapareció en la penumbra y volvió con una lanza ligera entre

las manos—. El dios dice que sabrás cómo usarla, con buen juicio.

Tanit asintió, se inclinó, tomó el arma y salió a la plaza. Se detuvo frente a la torre del edecán y vociferó enloquecida. Provocó un escándalo que atrajo a mastienos, factores, nétai, curiosos, una bandada de palomas y gentes del lugar. Al final, el edecán se vio obligado a salir de la torre con cara de pocos amigos y la amenazadora presencia del enorme Fusco a su lado.

—¿Qué quieres ahora, mujer?— gruñó con desdén.

Un repentino ardor brotó, a la vez, del pecho y la lanza de Tanit. El fuego le inundó las entrañas, propagándose por su cuerpo hasta la cabeza. La vista se le tornó limpia y precisa, mientras que un repentino vigor se apoderó de sus miembros.

—¿Y bien?— insistió el edecán con desprecio.

Una voz cavernaria resonó en el interior de Tanit. Sacudió la cabeza, confundida. Sintió como si una fuerza arrebatadora desvirgara lo más hondo de su yo... Hasta que separó los labios y dejó que la estupidez divina fluyera a través de ella.

—Los dioses dictan sentencia —gruñó con voz extraña—, no los hombres.

Y así, mientras pensaba en el culo de Tanek, arrojó la lanza contra el edecán.

FIN

Si te ha gustado el relato puedes seguir a G. Escribano en su ["glob"](#).

¿Quieres publicar TUS RELATOS en nuestra revista?

Los requisitos son muy **pocos y sencillos:**



1 Pertenecer a uno de estos tres géneros:
Fantasia, Ciencia Ficción o Terror.

2 Su extensión debe ser de **6 a 10** páginas de Word,
a tipo de letra Times o similar de 12 puntos.
[Si tu escrito tiene una extensión diferente, pregúntanos]

3 No exigimos exclusividad. Puedes publicarlo simultáneamente
aquí y dónde quieras. **Todos los derechos son tuyos.**

Fácil, ¿verdad?

¡No lo dudes! Si tienes alguna buena historia que contar, **envíanosla.**

Estaremos encantados de hablar contigo.

revista@editorialvalinor.com

Imaginarium

Paola Vecchi, ilustración



Abrimos los ojos. No somos conscientes de cuándo anocheció, ni cómo atracamos en este sótano de paredes de ladrillo. Huele a polvo y a humedad, ese perfume característico del olvido. Una sola llama ilumina las tinieblas, y refulge, convirtiendo en dos luminarias glaucas los temibles ojos de un gato negro, que nos

observa sentado sobre el pavimento, frente a nosotros. Su sombra, proyectada sobre el muro a sus espaldas, le hace parecer el reflejo de un demonio, que con mirada altiva y paciencia infinita, espera que confesemos nuestra propia perversidad.

¿Quién sabe lo que esconde el muro?
¿Qué estará guardando el gato negro?

A este mundo nos ha traído Paola Vecchi de la mano de su serie para *El Gato Negro de Poe*. Nacida en 1979 en un pueblo del Piamonte italiano, Arona. Interesada desde su más tierna infancia en el mundo artístico decide estudiar Comunicación Visual y Diseño Gráfico en la Facultad de Diseño Industrial de Milán. Una vez terminada la carrera y licenciada en 2006, Paola viaja a España y decide asentarse en Sevilla en 2007, donde participa en varios estudios y se dedica al diseño gráfico y web, alternando los trabajos con diversas empresas con su actividad freelance.

En 2013, decide dedicarse a la ilustración por completo y actualmente desarrolla varios proyectos personales y ha fundado una línea de *merchandising* customizado.

Para asomarnos a su obra, saber más sobre esta artista italiana afincada en España, o contactar con ella, podéis visitar [su página web](#) o su página en Facebook: [Paola V. Ilustración](#).

Myriam Crespo



Paola Vecchi













Steampunk 1999

Entrevista a Álvaro Gutiérrez



Una única y tenue lámpara de aceite sobre la mesa de madera ilumina parcialmente la estancia. La puerta de hierro remachado se abre con reticencia y sus goznes emiten un agudo lamento que se extiende a través del silencio de la prisión.

—Adelante... —invita la voz helada que surge desde detrás de una máscara blanca e inexpresiva — acercaos señor Gutiérrez.

El anónimo inquisidor señala la silla que tiene preparada frente a él, al otro lado de la mesa. La máscara no lo muestra, pero se puede sentir una afilada mueca de interés en aquel religioso completamente vestido de negro, en comunión con la oscuridad de su despacho.

Así que... su nombre es Álvaro Gutiérrez, ¿cierto?

A.G.: S..Sí. —El interpelado se quita el sombrero y trata de alisar su cabello, sudando y visiblemente nervioso—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué me han traído aquí? Soy un buen y leal siervo del Gran Imperio...

Señor Gutiérrez, nuestros hombres le han localizado e «invitado» a venir —dice con ironía— para que respondáis a unas preguntas que son vitales para la seguridad del imperio. No nos andaremos con rodeos, sabemos que conoce a la familia Molette.

¿Qué sabéis de ellos y de qué les conocéis?

A.G.: Por supuesto... ¿Quién no conoce a los Molette? Gérard Molette, el mayor inventor del imperio es famoso... Infame, diría, por sus hazañas y logros. Me atrevería a decir que... —El "invitado" cierra la boca de golpe al ver que su interlocutor levanta una mano, desalentándole a continuar.

Tenemos en nuestras manos las pruebas que demuestran que habéis creado relatos con información sobre ellos —le muestra los números de la revista, así como también un legajo de manuscritos más extensos—. Además de los textos que nuestra editorial ha conseguido... ¿qué más habéis escrito sobre la historia que les rodea?

A.G.: Existen un conjunto de relatos cortos colgados en la página web del proyecto (www.steampunk1999.com), además de todas las notas que guardo como referencia para nuevas historias, contando tanto el pasado como el futuro de la familia Molette, así como de su guardaespaldas, el intrépido y desafortunado Allward Copper.



¿Están conectados los relatos y la novela? ¿De qué manera decís que se complementan?

A.G.: Tanto El Ingenio Ícaro como El Jardín de Relojería narran parte de los eventos que desembocan en la novela, El Corazón de la Nación. Ayudan a poner en contexto los sucesos, además de servir... —El escritor observa con nerviosismo las tinieblas que envuelven el despacho, temiendo haber observado un atisbo de movimiento en la oscuridad—... de primer bocado, de toma de contacto... Un poco para que el lector sopesa el ritmo de la historia, y considere si le interesa adentrarse en el mundo que narro.

Habéis confesado tener una página web, y declararéis que todo forma parte de un proyecto ¿De qué se trata?

A.G.: La verdad es que esta es una aventura muy ambiciosa para mí... Sueño muy a lo grande, y tengo ya en mente un enorme arco argumental que recorre cincuenta años. La página web surgió como una forma de mostrar todo el material a medida que se vaya haciendo, y que todos los curiosos e interesados puedan descubrir qué más pueden encontrar en relación a esta saga. Además de hacer de pequeño nexos sobre el género steampunk en general.

Si todo ello nos ha llevado a poder disfrutar de Steampunk 1999 bienvenido sea. En la editorial hemos decidido apostar por el proyecto y, sin embargo, vemos que tiene bastante tiempo ya a sus espaldas ¿Lo teníais reservado como un genio loco?

A.G.: Más que reservarlo, creo que estaba madurando la historia... Hay matices que hacen de estos relatos una criatura muy compleja... Es necesario que todos los eventos encajen a la perfección, y aquellos que se aventuren a leer “El Corazón de la Nación” podrán ver atisbos de algo muy grande, que se hará evidente en la próxima novela, “La Máscara de Gibeon”.

¿El proyecto seguirá avanzando o tenéis fijado un límite para concluir la historia?

A.G.: La verdad es que hay un final muy concreto definido de antemano... Esta es una historia que he escrito “hacia atrás”. Sin embargo, hay muchos elementos que creo que son interesan-

tes, y cuando termine la historia de los Molette, hay más ramas de la historia que se podrían desarrollar... Quizá incluso algo centrado en la Inquisición. —El silencio en la sala se hace tan pesado que puede oírse como el entrevistado intenta tragar el nudo que se le ha hecho en la garganta— Siempre que se le dé el visto bueno, claro, claro...



Steampunk... un género muy concreto que, sin embargo, es lo suficientemente profundo como para poder tener absoluta libertad creativa, e incluso amparar las más delirantes creaciones mecánicas ¿Por qué habéis elegido el Steampunk para expresaros? ¿Qué tiene el Steampunk para haberse convertido en un fenómeno tan peculiar y asombroso?

A.G.: Creo que se debe a que une dos vertientes muy distintas: la fantasía y la ciencia ficción. El steampunk es una criatura extraña... Puedes tener una ambientación con enormes monstruosidades eldritch peleando contra máquinas de combate tripuladas, o un detective siguiéndole la pista al ladrón en el lejano oriente. Los límites los pone el narrador, y esa es una herramienta con la que se agradece contar.

Y, sin embargo, sigue siendo un género desconocido para muchos que sólo han oído hablar de ello cuando han visto a gente disfrazada de «mecánicos» victorianos. ¿Qué lecturas podemos recomendarles para que sepan de qué demonios estamos hablando? ¿Hay autores y obras de culto en el género?

A.G.: Creo que es un género muy reciente para hablar de “clásicos” o autores de culto... Creo que la trilogía “Leviathan”, de Scott Westerfield, es un buen ejemplo de un steampunk muy tradicio-

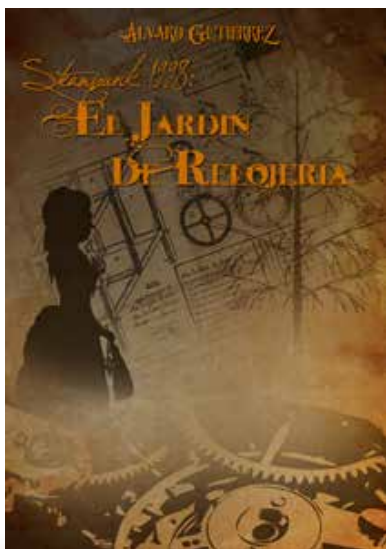
nal con el que acercarse a esta variedad literaria. Para algo más extraño y estrambótico, pero igualmente divertido, recomendaría “Boneshaker” de Cherie Priest. Aunque incluso “Frankenstein” de Mary Shelley tiene algo de steampunk.

Si os decimos los nombres de H. G. Wells y Julio Verne ¿Qué os viene a la cabeza? —le muestra sendos retratos.

A.G.: Creo que ambos, además de visionarios, son los verdaderos padres del Steampunk y su imaginaria... La Máquina del Tiempo o el Nautilus son perfectos ejemplos de la fantasía científica que empapa este género.

¿Y Tesla? Siempre aparece su dichoso nombre en estos entornos ¿Qué tiene él que no tenga Edison?

A.G.: La figura de Tesla como inventor es romántica, la de un genio egocéntrico y desinteresado. Sus ideas pretendían cambiar el mundo, cambiarlo para que fuera mejor. En cambio, Edison es un magnate del capitalismo... La lucha entre ambos recuerda al héroe oprimido que se enfrenta a la gran multinacional malvada. Últimamente parece que se está rescatando la figura de Nikola Tesla del olvido al que había sido relegado, con iniciativas como el nuevo Tesla Science Museum en Wardencllyffe (o incluso la marca Tesla Motors en los USA), y creo que su aparición en las novelas de este género nace como homenaje a un inventor al que la ciencia le debe tanto, y ha tratado tan mal, por muy “showman” que fuera.



Hasta ahora lo que hemos leído de esta temática suele estar bien escrito y cuida un lenguaje acorde a las épocas en las que se desarrollan las historias. Además, la necesidad de que el autor esté informado sobre la materia, da pie a que seáis hombres y mujeres con intención de hacer las cosas bien. Aun así, sin decir nombres, ¿hay también material malo circulando por ahí, o el steampunk es una apuesta segura?

A.G.: No creo que el género de la novela haga que el producto sea bueno o malo “per se”, esa es responsabilidad del autor.

En el género hay unas directrices básicas a cumplir para que una obra pueda ser considerada steampunk, ¿cuáles piensas que son?

A.G.: La nostalgia, por encima de todo. Ya sean ucronías o mundos fantásticos creados desde la nada, la narrativa steampunk suele hacer referencia a la posibilidad de cambio que hubo en la revolución industrial, a ese momento de revolución de la clase obrera. Puede que esa fachada de “mecánicos victorianos”, como describías antes, sea la cara visible del género, pero es algo más profundo que su estética.

Siendo «copiar» una palabra muy fea, ¿tienden los autores a influenciarse por entornos inventados en otros libros, o su imaginación prolífica hace que nos muestren realidades alternativas y diferentes entre sí?

A.G.: El escritor se toma unos segundos antes de responder, aflojando el nudo de su corbata mientras trata de ganar tiempo para pensar.

Esta es una pregunta digna de la Inquisición, ciertamente... Hasta ahora, todo lo que he leído de este género es lo bastante diverso entre sí. Un escritor suele ser alguien con un ego fuerte, que intenta destacar, y en ese sentido, evitar las odiosas comparaciones es uno de los objetivos de cualquier narración. No se suele buscar una cohesión con otras obras, sino que uno aspira a crear su propio mundo, algo único y automáticamente reconocible.

¿Y en vuestra obra? No queremos adelantar información que es mejor que los lectores encuentren al leerla por sí mismos, y por eso no daremos detalles, pero hay países, personajes,



organizaciones, creencias y, sobre todo, herejías que nos han llamado mucho la atención ¿Son propias de la obra o forman parte del universo del Steampunk?

A.G.: Steampunk 1999 es un ejercicio de historia alternativa... Partiendo de la figura de Leonardo Da Vinci, la ciencia se podría haber desarrollado de forma muy distinta si las reglas del juego fueran otras. Y en ese sentido, las naciones y organizaciones que aparecen en la obra son variaciones de las ya existentes. Aunque no creo haber inventado nada, es algo exclusivo de su universo, pero basado en el nuestro.

Habladme ahora de vos. ¿Os movéis en otros géneros o el Steampunk os tiene atrapado en sus engranajes? ¿Habéis escrito o tenéis en mente escribir en otra temática?

A.G.: Empecé escribiendo literatura fantástica y sobrenatural, fascinado por criaturas como Sauron, los Profundos y Cthulhu o Drácula, por nombrar algunos. Pero poco a poco he ido deslizándome hacia el vapor y los engranajes, y de momento no me veo saliendo de esta particular forma de ciencia ficción. Al menos no hasta terminar toda la saga.

Queremos comprender lo que se oculta en el interior de esa cabeza creativa y la causa de ello. ¿Cuales son vuestras influencias literarias confesables?

A.G.: En mis inicios estaba muy influenciado por J.R.R. Tolkien y H.P. Lovecraft... Últimamente he intentado tomar la narrativa directa y cinematográfica

de autores como Dan Abnett y Brandon Sanderson.

A veces la inspiración llega repentinamente y parece que las historias estuvieron siempre ahí, dentro de nosotros, esperando a que las escribamos. ¿Os parasteis a planificar la temática, historia, género y personajes desde cero, o fue Ellanor quién llamó a vuestra puerta para hacerlos subir en el sidocar para contaros su propia historia mientras escapáis de un tiroteo?

A.G.: En realidad la saga empezó con Gérard. El detonante de la historia es él... Y muy concretamente sus inventos. Iba a ser el protagonista original de la saga, empezando desde 1949 en lugar de 1999. Apareció en mi mente sentado en su laboratorio mientras su hija le observaba con ojos enormes y llenos de admiración —y de hecho, describo ese momento en la primera entrada del diario de Ellanor con la que abro la novela—, y desde entonces es el marionetista de estas historias.

¿Quién nos asegura que vuestros libros no sean, en realidad, un artefacto ideado por Gérard Molette que nos metan en un lío al abrirlos?

A.G.: Todo libro es un muy peligroso invento, que nos obliga a pensar aunque no queramos... Siempre plantan ideas subversivas en nuestra cabeza, aunque a veces no seamos conscientes de ellos. Los inquisidores como usted deben andarse con mucho ojo al permitir que algo se publique, porque una vez abierta al público, no se puede acabar con una idea.

Bien, señor Gutiérrez os agradecemos la entrevista y vuestro tiempo, puede marcharse. Por ahora —hace una señal a los soldados para que le acompañen a la puerta en cuanto termine de hablar—. Os hago saber que esta entrevista está siendo leída por nuestros lectores. ¿Algo más que declarar?

A.G.: Este es sólo el principio del camino... Queda mucho por contar en Steampunk 1999, y espero que los lectores se embarquen conmigo en esta aventura, y disfruten de ella tanto como yo al escribirla.

EL INGENIO ÍCARO

Un relato steampunk de Álvaro Gutiérrez

1

Volver al hogar no tiene por qué ser motivo de alegría. Eso piensa Allward Copper mientras sobrevuela la ciudad de Londres, observando a través de uno de los pequeños ventanales del avión. La urbe se descubre bajo las nubes lentamente mientras el aeroplano pierde altura para poder aterrizar.

La vista resultaría majestuosa para cualquier recién llegado, iluminada la metrópoli de forma que se recorta contra las sombras de la noche. La torre del parlamento destaca sobre cualquier otro edificio, reflejando su superficie cobriza el fulgor de centenares de farolas cercanas, y coronada su cumbre por el «Big Ben», el gigantesco cañón antiaéreo que, asentado junto al parlamento, asegura la supremacía británica de los cielos cercanos.

Flotan en el cielo decenas de dirigibles, que parecen nadar sobre nubes de hollín y polución que cubren la ciudad. Nacen de chimeneas en innumerables fábricas e industrias que funcionan como el corazón de la urbe incluso de noche, latiendo gracias a la labor de la casta trabajadora. Aquí no se trata de disfrazar la labor de los obreros como se hace en el Gran Imperio de Europa. No hay grandilocuentes designaciones como «Pilares» para definir a un cualquiera que trata de sobrevivir al hambre a base de dos chelines al día. No hay sacerdotes que buscan inspirar a las masas con su oratoria y sus salmos, induciendo estupor y desidia en sus vanos intentos de glorificar su sucio trabajo.

Camelot no tiene nada que ver con el Gran Imperio de Europa, excepto que ambas naciones

están en guerra. Y él ya no tiene nada que ver con ninguna de las dos. Exiliado de la primera, su patria, y forzado a trabajar para una eminente figura de la segunda. Eminente figura que emerge ahora del compartimento trasero del avión mientras frota con fuerza un pañuelo contra su mano, tratando de hacer desaparecer una mancha de oscuro aceite de su piel.

—¿Nostalgia, Copper? —El hombre que habla es Gérard Molette. En su tierra se le considera un héroe, un genio, una figura ilustre que personifica todas las virtudes que valora su país. Aquí es sólo un asesino, si bien tristemente célebre. Si la corona supiera que el inventor conocido como «le fou Chevalier» sobrevuela la ciudad, en estos momentos el Big Ben estaría entregando sus mortales salvas a todo vehículo aéreo de forma indiscriminada.

—Miseria, quizá. —Allward ejerce ahora de guardaespaldas, habiéndose visto obligado a abandonar una carrera militar en el país que le vio nacer, por razones que ni vienen al caso, ni desea mencionar.

—Tu paga no es tan austera como para que te quejes de escasez, Copper. —El patrón toma asiento junto a su protector, habiendo quedado satisfecho con la labor de limpieza que ha realizado—. Aunque si haces bien tu trabajo aquí, hablaremos de algún incentivo.

—La última vez que quisiste motivar a alguien, le encerraste en una jaula con una de tus criaturas. —En otro momento la voz de Allward estaría teñida de rencor o cinismo. Ahora mismo se encuentra abrumado ante el torrente de emociones contradictorias que va descubriendo en su interior cada vez que ve otra silueta familiar en

el panorama que le revela su ventanilla.

—Ah, sí. Pero funcionó, ¿verdad? —Gérard siempre ha sido inmune a todo tipo de ironía. En general, lo es a todo tipo de interacción social. Es brutalmente franco, desagradable, y cruel. Y mencionando ironías, a Allward no le desagrada ese aspecto de su jefe. No pierde el tiempo expresándose con finura y exquisitez, disimulando un insulto en un comentario ingenioso.

No, cuando Gérard falta al respeto, el insulto queda a la vista de todo el mundo. Y si hace falta, lo acompaña con un disparo en la sien del interpelado.

Lo que no salva que haya muchos otros aspectos del «fou Chevalier» que disgusten al guardaespaldas, acentuados ahora por arrastrarlo de vuelta a Camelot tras seis años de ausencia.

El ex—soldado se pasa la mano por el cabello, rubio y pajizo, mientras bloquea la cháchara insustancial que le dedica su compañero: no le apetece fingir interés por cualquier menudencia que haya fascinado el intelecto enfermo del infame genio. Afortunadamente, dada la inclinación a largos monólogos y enfáticas aseveraciones de cuanto dice, Allward sólo necesita asentir de vez en cuando para mantener una ilusión de conversación. Sus manos inquietas juegan con el remedo de escaso bigote curvado al estilo de caballero británico, que se niega a afeitarse de forma tozuda. La mente del hombre viaja años atrás, a la familia que le entregó en adopción al estado por no poder mantenerlo, a las memorias de la escuela militar que hacía las veces de internado.

A la vida que tuvo que abandonar.

—... Aunque otros combustibles presentaron características que... ¿Sí? —Algo en la plataforma de aterrizaje arranca a Allward de su ensoñación, que alza la mano para acallar la incesante chanza técnica de Gérard.

—Ocurre algo en el aeropuerto. —El británico frunce el ceño, al notar el exceso de vehículos en el aire, y las pistas de aterrizaje despejadas.

—Ah, eso. Sí... Un aviso de bomba. —El fugaz interés que iluminó los ojos del genio se disipa al oír la explicación de su lugarteniente. Allward le mira extrañado, sospechando que se trata de uno

de sus planes, tan tocados por la locura como su reputación—. No me mires así... Si aterrizamos en el aeropuerto de Londres nos arriesgamos a que alguien me reconozca, o a que me delate mi acento.

—Algo que no ocurriría si mantuvieras la boca cerrada.

—Eso es imposible, y lo sabes. —Un asomo de sonrisa acude a los labios del inventor imperial, como si le hubieran dedicado un cumplido—. De esta forma, obligan a aterrizar a los aviones uno a uno, para poder realizar una concienzuda inspección en cada caso.

—No entiendo cómo nos beneficia eso, Gérard. —El comentario de Allward levanta un suspiro de impaciencia, como lo haría un niño con demasiadas preguntas.

—Por supuesto que no lo entiendes: el genio soy yo.

El inventor parece haberse irritado, porque se levanta y vuelve a la parte trasera del avión, donde reposa su última creación. Ha ido y venido decenas de veces durante el viaje, necesitando comprobar un ajuste tras otro, como cada vez que se acerca el momento de poner a prueba alguna de sus hipótesis. En estos momentos su comportamiento sufre una metamorfosis, pasando de su habitual actitud reflexiva y meditabunda a un estallido de incontrolable energía.

Pasan casi una hora en el aire, dando vueltas alrededor de la ciudad. La inquietud empieza a hacer mella en Allward, al saberse un objetivo perfecto en el aire al que el «Big Ben» apunta de tanto en tanto. El aviso ha hecho saltar todas las alarmas del ejército, dando vida al habitualmente adormecido leviatán. Voces de paranoia le susurran que escape. ¿Saben que él está ahí? ¿Saben que viene «le fou Chevalier»? ¿Saben lo que se propone? ¿Saben la verdadera razón por la que se vio obligado a desertar?

—Ven a la cabina, Allward. —Le sobresalta la orden de Gérard, que le insta a moverse desde la puerta delantera que separa al piloto de los pasajeros. Se apresura a obedecer, esperando resolver con premura la situación. A medida que se acerca a la carlinga empieza a escuchar susurros reales, en una lengua mucho más familiar que el

«alto imperial» que se ha visto obligado a usar desde su exilio, y al atravesar el umbral se encuentra con los familiares controles de un avión camelotaíno. Tiene que esforzarse en evitar que afloren a sus ojos lágrimas ante la desconocida voz que utiliza unas palabras que añoraba tanto, sin saberlo.

Viste una máscara de cinismo, para ocultar sus sentimientos al cruel hombre al que sirve.

—¿Una radio? ¿Estás utilizando una máquina eléctrica, Gérard? Las autoridades inquisitoriales estarán encantadas de saber eso. —El credo religioso del imperio sanciona el uso de ciertas invenciones, y las penas por atreverse a utilizar cualquier ingenio prohibido son lo suficientemente severas como para disuadir al más curioso. En el Gran Imperio de Europa, la religión es indistinguible de la nacionalidad. Hecho que, sin embargo, no parece importar demasiado al científico, que desdeña el comentario con un agitar de su mano.

—Necesito que comuniqués al controlador aéreo que nos estamos quedando sin combustible. —La revelación del hombre, unida a las diferentes voces que surgen del altavoz transmitiendo el mismo problema, aporta la pieza final del puzle que era el plan de Gérard.

En vísperas de fin de año, ante el desbordamiento de vuelos comerciales que aterrizan en Camelot provenientes de América y el resto de territorios de la «commonwealth» británica, resulta imposible realizar un control exhaustivo de cada vehículo en busca de una posible bomba. De alguna forma, el inventor había dado el aviso en un momento en que no resultaba factible que todos los aviones que sobrevuelan ahora la ciudad se dirijan a otro campo de aviación. Como resultado: un cuello de botella que amenaza con desbordar el aeropuerto, que tiene ahora decenas de pequeñas bombas que pueden provocar el caos en la ciudad si se quedan sin combustible.

Taimado, engañoso, embustero y genial. Gérard Molette.

Allward coge el micrófono, peleando contra la sensación de «dèjà vu» que evoca un tiempo de su vida en que el uso de la radio y sentarse en la plaza de un avión de combate era rutina para él.

—*London, this is flight B 2 1 4 from Shakti. Our fuel supply is almost depleted. We request clearance for landing. Please, acknowledge*¹. —El militar retirado cumple con las órdenes de su patrón, inventándose un origen poco sospechoso dada la aproximación de su transporte. No son pocos los aviones que llegan del lejano oriente, desde las matriarcales tierras de las colonias hinduistas. Tras repetir la solicitud, el aire de la cabina parece volverse denso como el agua ante la tensión que se acumula.

—*B214, this is London. Acknowledged*...² —Las palabras despiertan una carcajada en la garganta de Gérard, que se frota las manos como lo haría la parodia de un mercader ambicioso cualquiera en una obra teatral. El piloto del vehículo, otro sicario del genio, procede a aterrizar el aeroplano en una de las pistas de aterrizaje. A su alrededor, los hangares de reposo empiezan a abarrotarse con los pájaros de metal que, agotadas ya sus reservas, no tenían más opciones que descender o estrellarse sobre la urbe. Y al igual que al resto de aviones, un pequeño carricoche les conduce al interior de una de las naves, con varios soldados guardando la única entrada y salida posible.

—Perfecto... —Allward observa como su compañero saca un pequeño reloj de bolsillo de su chaqueta, y le dirige una sonrisa cruel. En alguna parte del campo de aviación, lejos de su posición, suena el inconfundible estruendo de un explosivo, y no tarda en acompañarle los aullidos de sirenas alertando del peligro—. Justo a tiempo... Había un aviso de bomba... No me parecía correcto que me dejaran por mentiroso.

No, hay cosas de su patrón que no le gustan nada.

2

Escapar del aeropuerto no es especialmente complicado mientras éste está sumido por el caos del atentado. Como polillas atraídas a la lla-

1 Londres, aquí el vuelo B 2 1 4 desde Shakti. Nuestro suministro de combustible casi se ha agotado. Solicitamos permiso para aterrizar. Por favor, confirmen.

2 B24, aquí Londres. Confirmamos...

ma, todos los soldados corren hacia la zona de la explosión, fusil en mano y gritándose órdenes unos a otros siguiendo la cadena de mando. Para cuando finalmente consiguen cerrar todas las salidas a la ciudad, y detener la marea humana que corre asustada temiendo por su vida, ya ha escapado más gente del cerco de la que queda dentro. «Le fou Chevalier» y sus secuaces entre ellos.

Tres camiones de transporte del ejército les esperan a unas calles de distancia, complementados con chóferes en uniforme militar. En silencio, suben las cajas que transportan a la parte trasera de los vehículos. Allward observa la operación sumido en el mismo mutismo que el resto, sintiéndose un traidor a su patria como nunca antes: ante el análisis de su conciencia, defender a su patrón es muy distinto a infiltrarse en la capital, hacer estallar una bomba, y prepararse para sólo Gérard sabe qué, pues no comparte sus planes con nadie.

Tras cargar los bultos, los recién llegados a tierras británicas suben a los camiones, y parten siguiendo las indicaciones que el infame inventor les da a los falsos soldados. Allward y Gérard ocupan el compartimento del primer camión, disfrutando de más espacio que el resto, pero no más lujo: el único asiento no es más que un banco de metal atornillado a las paredes del transporte, al que tienen que agarrarse con ambas manos para compensar el traqueteo de la carretera en mal estado que han tomado.

—¿Vas a compartir tus planes, o tendré que improvisar sobre la marcha? —Allward intenta no pensar en su situación, así que por una vez decide prestar atención a todo cuanto le diga su compañero y jefe.

—Hemos venido a hacer una prueba de campo. Testearemos mi última creación, y, con suerte, nos marcharemos antes que nadie se entere de nuestra presencia. —El encogimiento de hombros de Gérard revela que no espera que las cosas salgan como lo ha orquestado. ¿Y cuándo lo han hecho?

—No creo que pasemos inadvertidos.

—No. Yo tampoco. Ya nos encargaremos de eso cuando ocurra.

Con un chasquido de lengua, Allward clava la mirada en el suelo del vehículo, rezando por que las cosas salgan bien, pues teme el momento en que tenga que decidir entre su patria, y el honor que le encadena a este hombre.

El convoy se detiene a las afueras de lo que a todas luces fue un complejo industrial formado por varias fábricas y grandes pabellones. Multitud de farolas, tan altas como un hombre y separadas a intervalos regulares, empujan las escasas sombras que quedan a medida que llega la madrugada, iluminando con su resplandor ocre los edificios de ladrillo rojo. Más falsos militares vigilan la entrada al recinto, cerrado por una alambrada de espino que pretende disuadir a curiosos. El disfraz es lo bastante bueno para engañar a un civil, pero el ojo entrenado de Allward ve detalles que sabe que no pasarían desapercibidos para un soldado auténtico, como ver el alma suelta en la cartuchera de uno de ellos, en lugar de llevarla atada con lazo al uniforme como exige el reglamento.

Gérard baja del vehículo tan pronto como éste se detiene, mientras varias personas con aspecto de científico salen de uno de los almacenes, con todo el aspecto de querer darle una grata bienvenida.

—Lameculos... —El británico escucha a su jefe murmurar por lo bajo antes de asentir ante la multitud de cálidas cortesías y zalameras sacudidas de mano. No disimula su disgusto, tratando de terminar cuanto antes con el remedo de socialización—. ¡Bien, caballeros! ¡Bienvenidos! Veo que todos han sido introducidos correctamente en el reino. Saben de sobra que estamos en territorio enemigo, y tenemos el tiempo en contra. El prototipo debería estar montado en un máximo de... Dos horas. —Todos los presentes dan un vistazo rápido a sus relojes, comprobando dónde les sitúa esa marca horaria. Gérard les observa contrariado mientras su séquito permanece expectante—. ¡Vamos! ¡A trabajar!

Mientras los asistentes descargan el equipaje con la ayuda de los falsos militares y lo conducen al interior de un laboratorio improvisado en una de las fábricas, Allward se acerca a hablar con su patrón.

—¿Dos horas?

—Calculo que es lo que tardará en encontrar esta localización el ejército real. —Al villano científico no le hace falta mirar a su guardaespaldas para ver la mirada de preocupación que aflora a su rostro—. Ah, tranquilo. Pensaré algo.

Gérard se adelanta para hablar con alguien de su equipo, un anciano científico que hiede a imperio en su aspecto por mucho que vista ropas de estilo camelotaino, cubriendo su rostro algún tipo de mecanismo de relojería implantado en su cabeza, que mueve diferentes cristales de aumento a modo de anteojos. Allward se queda plantado frente a la entrada del taller, tratando de discernir si estaba burlándose de él con ese último comentario, o si debería preocuparse genuinamente.

Decide preocuparse.

Bajo la dirección de la eminente figura del «fou Chevalier», el ensamblaje de la máquina misteriosa a la que sólo se refiere como el Ingenio Ícaro avanza raudamente. El puzzle de mecanismos y engranajes finalmente toma una forma familiar, en lo que a Allward le recuerda un bombardero de ataque monoplaneado... Sin alas. No es que falte la pieza: donde deberían extenderse los alerones sólo hay una superficie remachada de metal pulido. Tampoco hay rastro de rotores que pudieran mover hélices, ni ningún otro mecanismo visible que pudiera propulsar el invento. Dos enormes conductos dobles rodean la estructura central del vehículo, a todas luces la salida de gases de la combustión del motor. Bajo la carlinga se aprecia una pequeña estructura cónica de pulido metal rodeada por un anillo... ¿Es este el extraño mecanismo que da nombre al aparato?

Allward se sobresalta cuando, en su afán fisgón y entrometido, choca con Gérard mientras retrocede para salir de debajo del inusual transporte.

—Parece que te pica la curiosidad, Copper. Ya sabes qué le ocurrió al gato. —Más que molesto, el demente científico parece divertido por el examen al que su compañero está sometiendo a la construcción, estando ya casi finalizado el trabajo.

—Que lo abriste en canal. Me preguntaba cómo

iba a volar esta condenada cosa, sin alas ni hélices. —Ya acostumbrado a las mofas de Gérard, Allward responde con su habitual cinismo.

—Fue al perro. En cuanto al Ingenio Ícaro, eso es lo que quiero probar... Lo llamo “motor de impulso”. Si lo tengo que poner en términos que entiendas, hará que se alce en el aire de la misma forma que se puede hacer flotar un trozo de hierro entre dos imanes. —La explicación, si puede llamarse así, no sirve para despejar las dudas sobre el funcionamiento del prodigio.

—Un momento... No tendré que hacer de piloto de pruebas para ti, ¿no? —El miedo atenaza al británico cuando se imagina guiando una canoa voladora que puede ser, muy efectivamente, una trampa mortal.

—Cielos, no. Eres mi guardaespaldas: reemplazarte sería muy inconveniente.

3

Para cuando va a empezar la prueba, el cielo está perdiendo ya el tono entre azabache y agrío que lo tiñe durante la noche, anunciando un ineludible amanecer. Los matones de alquiler que Gérard ha vestido de soldado para la ocasión se encargan de abrir las puertas de la fábrica ahora convertida en hangar, sacando su creación al aire libre para su bautismo. Uno de los sicarios se ajusta una chaqueta de cuero y un gorro a juego para la ocasión.

Allward espera que no sea un “bautismo de fuego”, como dicen los imperiales.

—¿Echas de menos el hogar? —El científico mantiene todavía un talante agradable y educado, algo que da escalofríos al británico, debido a lo inusual de tal actitud.

—A veces... Las pequeñas cosas, sobretodo. El sabor del desayuno. Comprar “fish’n’chips” los días libres. —Decide responder sinceramente, como gesto ante el intento de socializar de su patrón, al no encontrar determinación maliciosa tras su pregunta—. Ah, y la televisión.

Gérard se gira hacia él tan pronto como oye la apostilla, mostrando en sus rasgos pura incredulidad.

—¿La televisión? ¿En serio?

—Has preguntado tú.

—Pero.. ¿Si es bazofia estatal para lavaros el cerebro! —Se diría que al genio le resulta escandaloso, humillante incluso, que alguien pueda disfrutar de los programas aprobados por el consejo monárquico—. Es todo propaganda, y promoción militar, y...

—Hay también programas de humor, en los que se ironiza sobre el reino. —Allward ataja a su compañero, herido en el poco orgullo patriótico que le queda ante lo que considera una afrenta gratuita e injustificada.

—Oh, por favor. No se menciona ninguna figura de la corona, ni se parodian asuntos de Estado... Si casi lo único que hacen es burlarse de la baja nobleza, y sobre todo de los Pilares. —El británico empieza a irritarse, arrepintiéndose ahora de haberle dado hincapié al científico para verter aún más del desprecio hacia su tierra que demuestra tan habitualmente.

—Aquí es «casta trabajadora». Nada de «Pilares», ni «Canarios». —Ese es un término que siempre ha irritado al ex—militar: canario. Todos los nobles lo utilizan de forma despectiva para referirse a la casta trabajadora del imperio, haciendo referencia a las aves que se introducían en las excavaciones, y que morían cuando inhalaban cualquier gas tóxico que podía poner en peligro a los mineros.

Eso son para ellos: reemplazables. Y no debería olvidar que Gérard es uno de los nobles más poderosos del Gran Imperio de Europa.

—¡Bah! Es culpa mía por intentar mantener una conversación civilizada con alguien de tu calaña... —Cualquier rastro de complacencia o carisma ha desaparecido ya de su comportamiento, volviendo a ladrar órdenes a sus esbirros para ultimar los preparativos del ejercicio, y dejando a Allward a solas con sus pensamientos.

Un pensamiento le invade. ¿Por qué sigue haciendo esto? Gérard no es, ni de lejos, un buen amo. Si le sigue y sirve es una cuestión de honor personal, por saldar una deuda. Ahora está en su tierra... ¿Podría volver? ¿Le perdonarían? O simplemente podría darse a la fuga, esconderse en el

país, y vivir una vida simple, aburrida, y larga. Una perspectiva que no cree que pueda permitirse mientras siga a las órdenes de este hombre.

Sobre todas esas consideraciones, hay otra que le acucia más: ¿podría él vivir así? ¿Sería capaz de faltar a su palabra? La idea se disipa a medida que los reunidos se alejan del Ingenio Ícaro, estando éste preparado finalmente para su primer vuelo. No, no podría. Para bien o para mal, su destino está ligado ahora a los Molette. Tratando de alejar esas reflexiones de su cabeza decide echar un ojo al reloj: quedan veinte minutos para el límite de dos horas, lo que significa que el ejército podría aparecer en cualquier momento.

En un reflejo involuntario ante la amenaza que se cierne sobre ellos, extrae su pistola de la cartuchera que cuelga de su cintura y comprueba el cargador y el seguro del arma. El movimiento no pasa desapercibido para Gérard, que se acerca, todavía frunciendo el ceño y torciendo su boca en un mohín, como haría un niño pequeño.

—Toma —dice, al mismo tiempo que le tiende un peine de munición de aspecto peculiar—, creo que nos hará falta.

—Imagino que no son balas normales. —Con un leve asentimiento, Allward toma el clip de 10 balas, poniéndolo a buen recaudo en el interior de su chaqueta marrón.

—Munición mejorada. —Sin más explicación, el científico se gira hacia el extraño artilugio volador, y grita una orden—. ¡Romamos las leyes de la física! ¡*Allons—y* ³!

El piloto inicia la extraña maquinaria, que deja escapar un único estruendo seco, como un golpe de tambor. Durante varios segundos nada ocurre, hasta que el «chevalier» sonríe, y sólo entonces Allward es consciente de oír un muy ligero sonido intermitente...

No: es erróneo. No escucha algo, sino que parece volverse sordo a intervalos. De pronto empieza a surgir vapor de los tubos de escape del Ingenio Ícaro, y la nave se alza sobre el suelo milagrosamente, como si hilos invisibles tiraran del aparato hacia el cielo. Los intervalos de silencio

3 ¡Adelante!

se entrelazan con el silbido de tetera que emite el avión sin alas, despertando en él una desagradable náusea. Gérard le dice algo, pero sus palabras quedan entrecortadas en el extraño estruendo de afonías, que estalla finalmente cuando el experimento sale disparado hacia la lejanía acompañado de una explosión que lanza al suelo a todos los presentes.

Durante largos segundos, Allward está convencido de que la misma fuerza extraña que impulsaba el aparato le está aplastando ahora contra una pared. Sin embargo, la desorientación se desvanece enseguida, permitiendo que se levante y se limpie el polvo de los pantalones, haciendo un esfuerzo para no vaciar el contenido de su estómago ante su patrón.

—*Crikey Moses... Shoulda knack your shit left, right and center...*⁴ —Irritado y con ganas de darle un derechazo a alguien, el camelotaino exiliado empieza a murmurar expresiones soeces en su lengua materna, tildando las palabras con el marcado acento «cockney» que no puede disimular cada vez que se enoja—. En nombre de la corona, ¿qué ha sido eso?

—Muy interesante. —Contrastando con el enojo de su compañero, los ojos de Gérard brillan con la mórbida fascinación de un niño con un juguete nuevo. El científico parece haberse recuperado de la desagradable experiencia mucho más rápidamente que el resto, dirigiéndose a la mesa que contiene uno de los equipos de radio que ha traído consigo—. Dédalo a Ícaro. Dédalo a Ícaro. Confirme estado.

El restallar de la estática es todo sonido cuanto emite el altavoz del receptor, haciendo que se desvanezca la ilusión del rostro del genio. Pasados unos segundos vuelve a intentar establecer comunicación, manteniendo los nombres en clave, sin obtener ninguna respuesta.

—Maldita sea... ¡François, responde! —El «chevalier», compungido ante el inicio de su experimento, se gira hacia uno de sus ayudantes—. ¿Distancia estimada?

—Suponiendo que el avance sea constante, a partir del impulso inicial... Unos 16 o 17 kilómetros actualmente. —Tras unos breves instantes en que el interpelado realiza unos cálculos, su pregunta recibe respuesta.

—Suficiente. Iniciad la fase dos.

—«Chevalier», el piloto... —El subalterno se amedrenta ante la actitud iracunda con la que Gérard se dirige hacia él, temiendo ser el blanco de su cólera.

—El piloto no me sirve de nada si no es capaz de comunicarse, suponiendo que haya sobrevivido a la aceleración inicial. Probablemente sólo tenemos un cadáver a bordo. —Frialdad rezuma de las palabras del cruel genio—. No repetiré la orden.

—Sí... Sí señor.

Allward observa la escena que se desarrolla ante él, sin entender más que la condena segura a la que el Gérard está abandonando a su peón. No es la primera vez que ha visto una situación similar, y trata en vano de silenciar la vergüenza y la humillación que le supone. Habiendo vencido ya el mareo, coge al hombre al que sirve por la pechera, de una forma muy poco servicial, y con aires más amenazadores que cortesés.

—¿Has subido a ese hombre a ese cachivache para que muera? —No se ha enojado por la crueldad de los actos de su dueño, sino el saber que a él podría depararle mañana la misma suerte.

—Ah, veo que prefieres que, si está vivo, caiga prisionero, ¿eh? No te imaginaba tan villano, Copper. —La cínica sonrisa que tuerce su boca desaparece en un instante, y junto a ella cualquier asomo de diversión—. Suéltame. Ahora.

Hay algo en la voz de Gérard, aun cuando no recurre a su carisma, que invoca sumisión. En este caso, se trata de puro y simple terror, de la misma sensación que acobarda a un pequeño mamífero frente a un depredador hambriento cuando debería salir huyendo. Allward sabe que, si tiene que recurrir a sus puños, el inventor no tendría ninguna oportunidad.

Pero aun así, obedece.

—Comprendo que te encuentres alterado... Es-

4 Nota del Autor: resulta complicado traducir las expresiones de argot de Allward... Dejémoslo en que no está diciendo cosas bonitas.

tás en tu tierra, tras tanto tiempo. Pero recuerda que sin mi acabarías... "A disposición del placer de su majestad", como decís en Camelot.

Girándose hacia el cuadro de mandos situado al lado de la radio, termina de responder a Allward con gesto ausente, concentrado en su experimento y bloqueando todo lo que no pertenezca a la prueba.

—Es un piloto prescindible. He puesto demasiado en juego en este proyecto como para preocuparme por la vida de un «canario».

El tono con el que pronuncia el despectivo apelativo hace que Allward haga chirriar las muelas, ultrajado. En su fuero interno, reza para que en algún momento este hombre sienta lo que es ser despreciado de esa forma, desechado una vez agotada su utilidad. No le gusta sentirse así.

Abatido, deja caer los hombros, recordando la integridad del hombre que fue una vez, y que parece haber perdido bajo las órdenes de la familia Molette. Ya no queda pelea en él, y sigue a su amo al interior de una de las naves, que sobresale del resto por tener una larga torre que han acondicionado a modo de observatorio, con un gran telescopio apuntando en la dirección en la que partió el vehículo volador. Tras observar a través del ocular, y sonreír satisfecho, saca un receptor portátil de radio de su bolsillo, y da una única orden.

—Iniciad fase tres ahora.

Allward no puede imaginarse qué esperaba ver Gérard a través del telescopio, porque desde el horizonte nace una luz cegadora que baña el cielo de la madrugada de un brillante celeste, y no tarda en convertirse en un antinatural malva. Siguiendo al resplandor como el trueno al rayo, un ensordecedor estallido crece frente a ellos, acompañado por un muro de viento que lanza torreón abajo parte del equipo de observación, obligando a ambos hombre a afianzarse a la barandilla con fuerza para no correr la misma suerte.

El extraño despliegue de eventos termina con un muro de viento golpeándoles, y una tromba de humo alzándose en el horizonte hacia el cielo. Allward reconoce instintivamente la forma de

hongo resultante de la explosión de una bomba... Pero a una escala que jamás ha visto hasta ahora. Lágrimas afloran a sus ojos cuando entiende que la detonación resultante debe haber reducido Londres a cenizas.

4

—Has... Has... —Allward no es capaz de encontrar la habilidad para formar palabras, ni la capacidad para apartar la vista del horizonte rojizo, teñido éste por las llamas que consumen la ciudad.

—Hmhh... En efecto. —El genio se quita los anteojos, frotándose el polvo que se le ha introducido en los ojos, que cae ahora como una nieve grisácea sobre los alrededores—. No hay tiempo que perder, Allward. Prepárate para recibir a tus antiguos compañeros del ejército... No me cabe duda que el movimiento del prototipo ha aparecido como una flecha brillante en sus equipos de radar. No creo que sean tan incompetentes como para pasarlo por alto.

Sin más, el chevalier empieza a descender a paso lento por las escaleras de caracol que conducían al torreón desde el interior del complejo industrial. El movimiento parece sacar de su pasmo al guardaespaldas, que se aferra a la barandilla mientras su patrón le ignora.

—¿Era eso lo que has construido? ¿¡Una bomba tripulada!?

—En absoluto. Pero Ícaro ha volado demasiado cerca del sol... —Gérard no le mira mientras pronuncia una enigmática respuesta que no ayuda a calmar el temperamento desatado del que fue soldado camelotaíno—. Es inesperado, pero temía que pudiera suceder... De ahí que hiciéramos la prueba en un sitio donde un error de cálculo pudiera tornarse una ventaja táctica.

—*Look at me, you sunova bitch!*⁵ —La intensidad del grito que surge de la garganta de Allward le hace daño, pero está demasiado fuera de sí como

5 Mírame, hijo de puta!

para sentir nada en este momento—. *You just destroyed my home!*⁶

—Ridículo. Tu hogar es la Maison Molette, Copper. Serénate. —La compostura con la que el científico le replica le sienta como un cubo de agua, haciendo que parpadee desorientado—. Esta vez lo dejaré pasar. Vuelve a faltarme al respeto de esa forma, y te arrancaré la lengua.

Gérard continúa su descenso por las escaleras, dejando a Allward a solas con su duelo. En la distancia se puede escuchar el incesante ulular de sirenas y alarmas, así como el característico murmullo de la multitud azorada. El sonido del pánico, que tan tristemente la ciudad de Londres está acostumbrada a escuchar.

O estaba. ¿Cuánto quedará de Londres? El hombre se alegra de no tener el telescopio a mano, para no sucumbir a la morbosa curiosidad que le invade. No quiere ver esas cicatrices en la ciudad que amaba, que le vio crecer. Lo único que quiere ahora es marcharse, abandonar de nuevo el país.

Todo cuanto desea es olvidar su implicación en esta catástrofe.

Pero sus ambiciones quedan sepultadas a medida que aparecen camiones, hermanos de los que les han llevado hasta las ruinas en las que Gérard ha obrado su ciencia impía, pero que no tardan en escupir soldados auténticos, cada uno armado con un rifle, que empiezan a tomar posiciones en el muro exterior, cerrando cualquier posibilidad de escape.

Allward no tiene otra forma de volver a casa que abriéndose paso entre los que fueron sus compatriotas. Como bien ha dicho su amo, la Maison Molette es su casa ahora. La mansión rodeada de flores amarillas, ajena al mundo y sus guerras. Y en ese caserón espera Ellanor, abandonada en vísperas de año nuevo.

Un pinchazo de remordimiento aumenta la carga que soporta ya el guardaespaldas: no será él quien informe a la joven dama que dejó morir a su padre. No: él ya no es británico, es un soldado

imperial. Aunque la noción le retuerza el estómago, tiene que aceptarla.

Y sin más, enarbola su arma, y corre escaleras abajo, dispuesto a abatir a los enemigos de su amo.

FIN

Si te ha gustado el relato puedes seguir la obra de Álvaro Gutiérrez en www.steampunk1999.com

6 ¡Acabas de destruir mi hogar!

EVARISTO ANSELMO

Un relato de terror de Hugo A. Ramos Gambier

1

La abuela tenía sus métodos a la hora de convencernos para ir a dormir la siesta. Nos hablaba de “El hombre de la bolsa”.

Siempre fue una de sus historias favoritas. También para nosotros lo era, y más sabiendo que el hombre de la bolsa tenía nombre y apellido.

—Se llama Evaristo Anselmo Darragueira —decía la abuela—. Es un viejo ermitaño que vive del otro lado de las vías. Atravesando el maizal campo adentro, en un rancho tanto o más mugriento que él. Ahí se esconde el viejo.

La abuela nos había contado que en realidad se llamaba Evaristo, nada más. Anselmo era el nombre del hermano mellizo. Nadie supo que fue de Anselmo, un día desapareció del carrito donde dormía.

Evaristo, ya grande, recorría las calles del pueblo cargando una bolsa de arpillera al hombro. Y, con el correr de los años, notaron que hablaba solo. Nadie le daba importancia. Hasta que alguien —la abuela no se acordaba quién— dijo que no hablaba solo, sino con su imaginario hermano, como si lo tuviera al lado.

Cuando la gente lo comprobó, empezó a llamarlo Evaristo Anselmo, igual que si fueran dos personas en una.

Por todos lados se escuchaban saludos de “Chau, Evaristo Anselmo”. Y él levantaba la mano devolviendo el saludo, y contestaba dos veces.

—Hay otra versión sobre la desaparición de Anselmito —dijo la abuela—. En mi época se decía que al pequeño Anselmo se lo había robado la llorona.

—¿Quién? —chilló Sonia.

—Callate, nena —dijo Carlitos—. ¿No escuchaste? “La llorona”.

—Sí —dije yo—. ¿Pero quién es “La llorona”?

—Matilda Asunción Jiménez —dijo la abuela—. Aunque todo el pueblo la conoció y llamó por su apodo “La llorona”.

Matilda había sido feliz junto a Reinaldo, su esposo, y el pequeño Francisco. “Paquito”, así llamaba a su hijo de cuatro años. Pero, un desgraciado día, Paquito desapareció.

Se decía que el chico siempre jugaba en la hamaca que le había construido su padre. Y aquella tarde, Matilda estaba recostada en su cama mientras escuchaba cantar y columpiarse al pequeño, en el jardín de la casa. Hasta que en un momento no oyó más el canto del niño. Cuando Matilda salió al jardín, encontró a la hamaca balanceándose sola.

—Tengo miedo abue —dijo Sonia.

—¿Otra vez? —la reté—. Así, la abuela no va terminar nunca el cuento.

Sonia hizo pucherito con los labios y se abrazó a Carlitos. La abuela continuó con el relato:

—Desesperadamente, Matilda buscó por todo el jardín y la casa. Luego en las casas vecinas y más tarde por todo el pueblo, gritando: ¡Me robaron a mi hijo! ¡Llamen a la policía, mi hijo ha desaparecido!

La búsqueda había durado varios días, hasta que el comisario y sus hombres no tuvieron donde más buscar. La pobre Matilda entró en un estado de shock. Y, al cabo de un tiempo, perdió la cordura.

—Deambulaba por las calles de Carhué —siguió la abuela—, llorando en busca de paquito.

La desesperación por no encontrar a su pequeño la llevó al delirio, y se le dio por arrebatarse los hijos de las mujeres del pueblo.

—¡Uy! —dijo Cristina—. Ahora no solo debemos preocuparnos del Hombre de la bolsa, si no también de la llorona.

—Eso pasó hace muchos, muchos años —dijo la abuela—. Ahora Matilda está bien enterradita en el cementerio.

Pero la abuela no sabía que el curso de la historia estaba por cambiar.

2

El domingo 10 de noviembre de 1985 —con mis primos ya ni nos acordábamos de La llorona y el Hombre de la bolsa—, tras largos días de intensas lluvias, el lago Epecuén venció la valla de contención. Y la floreciente villa turística de mismo nombre se inundó. La gente huyó con lo puesto hacia Carhué.

El viejo cementerio quedó sepultado debajo del lago. El agua removió la tierra, y la famosa sal de la laguna hizo salir a flote cientos y cientos de ataúdes, que navegaron a la deriva por varias horas. Luego encallaron en la costa del lado de Carhué. Parecían pequeñas ballenas varadas, escupiendo agua podrida por las rajaduras de la madera.

Llevó mucho tiempo recuperar los cuerpos y volver a darles cristiana sepultura.

Se oía acá y allá que faltaba un cadáver. “No lo pueden encontrar”, decía el dueño de la pulpería. Pero nadie sabía aún de quién era el cadáver.

Recién después de una semana, supimos su nombre: Matilda Asunción Jiménez, La llorona.

A los pocos días de la reveladora noticia, algunos chicos desaparecieron sin dejar rastro.

El pueblo se vio ceñido por sombras del pasado. El miedo se percibía en el aire, en los rostros de la gente que caminaba deprisa por las calles solitarias, solo para comprar lo imprescindible. Carhué, era ahora un pueblo fantasma. El único que caminaba tranquilo por las calles era Evaristo Anselmo.

No bien oímos su nombre, mis primos y yo nos acordamos de aquella historia de la abuela.

Muchas veces lo vimos desde la ventana a Evaristo Anselmo, pasaba por la calle que daba a las vías del ferrocarril cargando la bolsa de arpillera. Su aspecto nos hacía temblar. Su mirada fría y penetrante impartía pavor a través del vidrio de la ventana: no había vez que pasara que no volteara para mirarnos directamente a los ojos.

Una calurosa tarde de febrero, a la hora de la siesta, lo vimos volver del pueblo camino a su rancho. Cargaba su famosa bolsa de arpillera, como siempre. Pero, esta vez... esta vez algo se movía adentro de la bolsa.

—¡Un chico! —gritó Carlitos—. ¡El hombre de la bolsa se robó un chico y se lo va a comer!

Miramos espantados, los cuatro amontonados junto a la ventana, cómo el viejo, vestido con unos trapos harapientos, caminaba con la bolsa al hombro, y conversaba con su hermano imaginario.

—¡Hoy vamos a comer muy rico, Anselmo! —decía Evaristo, y enseguida cambiaba la voz—. ¡Que bueno, Evaristo! ¿Qué me vas a cocinar? —Y Evaristo seguía—. ¡Algo muy sabroso y tierno! Muy, pero muy tierno. ¡Mmm! ¡Se me hace agua la boca! —el viejo parecía un loco hablando solo.

Pasaba por el frente de la casa de la abuela. Nuestros asustados ojos lo siguieron hasta perderlo de vista por un costado de la ventana.

Corrimos hacia afuera. Vimos que Evaristo Anselmo doblaba en la esquina.

Yo me metí entre las cañas que daban a la otra calle, para ver si había tomado en dirección al maizal, camino a su rancho.

De repente escuché el ruido de cañas secas partiéndose. Alguien se me acercaba por detrás, y mis flaquitas piernas se pusieron a temblar como en los días de invierno cuando caminaba a la escuela.

Una mano se apoyó en mi hombro...

—¿Y, lo viste?

¡Uf!, respiré aliviado. ¡Era Carlitos!

Atrás venían las chicas.

—¡Casi me matás de un susto, nene! Pensé que eras el Hombre de la bolsa.

Apartamos un par de cañas y seguimos. Ahí nomás, lo vimos entrar al maizal, cortando camino a su rancho, como habíamos imaginado.

Con Carlitos y las chicas decidimos seguirlo. Teníamos que hacer algo, no podíamos dejar que ese viejo se comiera otro chico.

La abuela dormía la siesta como una osa, al igual que todo el pueblo.

Seguimos al Hombre de la bolsa atravesando el maizal, a cierta distancia para que no pudiera vernos. Lo seguimos un buen rato hasta verlo llegar al rancho. Un rancho que se caía a pedazos.

—Las paredes se sostienen por la mugre —dijo Cristina.

—Son pura costra —dijo Sonia—. Tenés razón.

Era una imagen macabra, de un cuento de terror. Por si fuera poco, unas nubes negras cubrieron rápidamente el cielo, y se hizo la noche. Luego volvió a encenderse en electrizantes relámpagos, para explotar y caer en una torrencial lluvia.

—Volvamos a la casa de la abuela —dijo Sonia asustada, escondida detrás de Cristina.

—No podemos abandonar a ese chico —dije—. Ustedes dos vuelvan. Carlitos y yo trataremos de hacer algo.

Sonia y Cristina se fueron bajo la lluvia. Otro relámpago las iluminó mientras entraban al maizal.

Carlitos y yo nos acercamos sigilosamente a una de las ventanas del rancho. Despacio nos deslizamos, y pudimos ver el interior de la cocina a través del vidrio. Un verdadero basural, la cueva de una rata: llena de cacharros viejos y sucios por donde se mirase.

El viejo apoyó la bolsa encima de la mesa. Lo que estuviera dentro se movía incesantemente. Y se oía un gemido. ¡El chico!

Evaristo Anselmo puso en práctica toda una ceremonia. Se calzó un delantal negro —brillaba de grasa acumulada—. Se ató un pañuelo igual de mugriento a la frente. Y encendió unas velas: le dieron un ambiente más lúgubre y siniestro a la sucia y desordenada cocina.

La bolsa seguía moviéndose sobre la mesa, y los gemidos se escuchaban con más fuerza. El bulto era pequeño, podría tratarse de un bebé. ¿Qué clase de madre podía descuidar un bebé a la hora de la siesta?

—Tenemos que avisar a la policía —dijo Carli-

tos.

—Esperemos a ver qué hace —dije—. Si intenta algo malo, hacemos bastante ruido y corremos hasta la comisaría. El viejo no va arriesgarse a hacerle algo al bebé sabiendo que vamos a delatarlo.

Evaristo Anselmo encendió una hornalla y apoyó una sartén. De tanta grasa vieja acumulada, la sartén se prendió fuego y Evaristo tuvo que apagarla con un repasador.

Cortó un poco de manteca —o vaya uno a saber qué— y la puso a derretir. Agarró dos cuchillas enormes de la mesada, y les dio filo entre sí.

Lentamente fue hacia la bolsa, que seguía moviéndose, temblando rabiosa arriba de la mesa, entre gemidos insoportables, como si el bebé anticipara su horrendo destino.

—¡Lo va a matar! —ahogó un grito Carlitos, en una afónica y desesperante mímica.

El viejo se detuvo junto a la mesa, frotó las cuchillas y...

... y siguió de largo hasta la heladera.

Con mi primo nos miramos desconcertados. Y volvimos la vista hacia el asesino.

Lo vimos sacar un trozo de carne, llevarla hasta la mesada y cortar unos churrascos.

—¡Algo tierno, Anselmo! Algo muy rico y tierno prepara tu hermano. *Mmm, tengo hambre, mucha hambre* —Dijo el mismo monstruo cambiando la voz.

El viejo conversaba con su hermano imaginario, y la bolsa sobre la mesa se movía más y más... Cada vez más fuerte. Y los gemidos parecían los de un cerdo cuando le clavan un cuchillo en la garganta.

Evaristo Anselmo prendió el equipo de audio y sonó una música... ¿clásica? Se aclaró la garganta con un repugnante gorgojeo y escupe una bola verde que, luego desparramó con la alpargata en el piso de tierra.

El viejo se puso a cantar.

—Canta ópera —se rió Carlitos.

Ahora Evaristo Anselmo subía el volumen, parecía disfrutar a lo loco.

Con las cuchillas en las manos hacía ademanes en el aire, como representado una obra en pleno

teatro Colón.

—Canta bastante bien —dije—. Tiene una voz potente y todo.

Los relámpagos iluminaron la cocina, un escenario dantesco.

Nosotros seguimos observando bajo la lluvia.

El monstruo volvió a la mesa. La bolsa se movía más que nunca, y el chirrido de su interior alcanzaba el punto más alto, igualando la nota sostenida de Evaristo. Un dueto escalofriante.

La bolsa se abre, y queda al descubierto el ser más horrendo y repugnante que mis ojos hayan visto jamás. Carlitos sale disparado hacia el maizal, en dirección a la casa de la abuela. Yo en cambio me quedo petrificado contra el vidrio, mirando la escena más terrorífica de toda mi vida.

Aquella... *cosa* deforme era el verdadero hombre de la bolsa.

¡Era... *era Anselmo!* ¡El hermano mellizo de Evaristo!

Entonces, me dije. ¡Entonces el hermano imaginario no era imaginario!

Deforme, más que monstruoso: un pequeño tronco con dos piernas cortitas y dos brazos cortitos. Una cabeza maléfica, con rasgos apenas humanos, apenas parecidos a los de Evaristo, especialmente los ojos saltones. No hablaba, se comunicaba con gemidos, y Evaristo los interpretaba a la perfección. Esa cosa tenía gruesas y oscuras cicatrices por toda la cara.

Evaristo sirvió los churrascos en un plato roñoso —la meza estaba minada de platos roñosos y moscas girando a su alrededor—. Se sirvió una copa de vino tinto y tomó un trago. Le dio de beber a *la cosa*. Cortó pequeños trocitos de carne y, con el cuidado y cariño de una madre, se lo fue metiendo en la boca a su hermano.

Me enterneció la imagen. Sentí mucha pena por Evaristo: él había tenido que hacerse cargo de aquel fenómeno. Alejado del pueblo, de la gente, de toda actividad social se hizo cargo de su hermano. Le dedicó toda su vida. Y jamás lo dejaba, lo llevaba oculto en la bolsa de arpillera a todos lados.

En cada bocado que Evaristo le daba, acariciaba la cabeza de Anselmo.

—¡Buen chico! —decía a medida que el pequeño monstruo tragaba—. ¡Bueno! Como el pequeño Anselmo se comió todo... se merece un riqui-

simo postre. —Fue hasta la mesada en busca de la cuchilla más grande.

Anselmo empezó a saltar arriba de la mesa. Sus ojos se agrandaron y sobresalieron como una horrenda caricatura. En realidad, todo en aquel ser comenzó a cambiar. Su mandíbula se ensanchó a tal punto, que se deformó totalmente. Si antes era horrible, ahora era abominablemente espantoso. El monstruo estaba totalmente excitado de placer ante el postre que le había prometido su hermano.

Evaristo abrió la vieja y oxidada heladera —alguna vez habrá sido blanca, me dije—, introdujo medio cuerpo y, con la cuchilla bien afilada, cortó un trozo de postre. Y salió.

Era un..., yo no podía creer lo que veía. Se me fue todo el sentimentalismo al diablo. ¡Un pequeño brazo! El brazo de algún chico muerto.

Vi que lo lanzaba en dirección de Anselmo, y este se lo devoraba de un solo bocado en el aire. Parecía un perro, una horrible y espantosa raza de perro.

Pegué un grito que seguramente se escuchó hasta en el lago Epecuén.

Los mellizos voltearon y me vieron. Yo temblaba de terror, empapado hasta los dedos de los pies.

Evaristo alzo en brazos a su hermano y se acercaron a la ventana.

Quedamos frente a frente, separados por el delgado y sucio vidrio.

Anselmo chirriaba como un cerdo. Su mandíbula se abrió tanto... Pensé que en esa boca entraría mi cabeza entera. Igual que la boca de la pitón que había visto en un documental, los dientes desproporcionados y afilados se abrían y cerraban aterradores.

Evaristo frunció el ceño, su cara también se transformaba. ¡Con Anselmo eran dos verdaderos monstruos! Los chirridos del más pequeño se hicieron insoportables. Y Evaristo me mostró la cuchilla y se la pasó por el cuello. Ya sabía yo qué significaba ese gesto.

Salí corriendo en dirección al maizal. Las zapatillas hacían ruido de sopapa por el agua acumulada entre la plantilla y mi pie.

No quería mirar hacia atrás, quería correr más y más rápido; pero mis piernas no respondían. Tropecé, no sé con qué, y la bestia me alcanzó.

—Vas a comer muy rico, Anselmo —decía—. Muy tierno y rico.

Lo miré: venía solo, sin su bolsa, sin su hermanito.

El campo se iluminó con un prolongado relámpago, la electricidad viajó por las partículas de aire y me alcanzó, erizó todos mis músculos y mis pelos. El resplandor iluminó la desencajada y sonriente cara de Evaristo. Desde el piso también alcancé a verme, reflejado en la hoja de la cuchilla de el viejo. Vi un yo desencajado, asustado y lleno de barro.

Detrás de mí, oí el ladrido de unos perros. Salían de entre el maizal, y tras ellos aparecieron el comisario y sus ayudantes.

Enseguida apuntaron con los rifles a Evaristo. Y yo alcance a distinguir a Carlitos junto a ellos. Fue lo último que vi. Creo que me desmayé.

Pasé un par de días enfermo. Algunos decían que estaba engripado; otros, que el julepe me había dejado de cama. Lo que más me acuerdo de esos días son los relatos de Carlitos, eso de cómo el comisario atrapó a Evaristo bajo aquella torrencial lluvia.

Decía que después revisaron el escabroso rancho y los alrededores. Encontraron varios cadáveres de chicos enterrados. Los que habían desaparecido a lo largo de tantos años estaban en aquel rancho del horror.

Todos en Carhué quedaron conmovidos con el hallazgo. Desenterraron a los chicos del barro, en medio de aquella tormenta eléctrica y los llevaron al cementerio para darles cristiana sepultura. Pero nada los conmovió tanto como el hecho de encontrar el cuerpo de una mujer abrazada a un niño. Era nada menos que el cadáver de Matilda Asunción Jiménez, La llorona. Abrazada a Paquito, su hijo. Es el día de hoy, que todo el pueblo se pregunta cómo llegó el cadáver de Matilda hasta ese lodazal.

3

No bien me bajó la fiebre y pude salir de la cama, la abuela y la tía Cata me llevaron hasta la Comisaría. Dijeron que por protocolo debía identificar a Evaristo.

Él no podía verme porque me protegía un vidrio espejado —cámara Gesell, dijo el oficial—

para que no me descubriera delatándolo.

Pero él me *sintió*. Me olió como un hiena huele a su presa.

Cuando lo vi solo en el cuarto, pregunté por Anselmo.

—¿Quién? —dijo el comisario

—Anselmo —repetí—. El hermano mellizo. Esa... cosa horrible que no llega a medir cuarenta centímetros.

—¿Perdón? —dijo el comisario—. En el momento de la detención, Evaristo estaba solo.

—Pero, yo mismo lo vi... Lo vi con mis propios ojos. Juro que los vi a los dos. Anselmo era una criatura horrible, deforme, una equivocación de la naturaleza, como dice el sacerdote. Él... *eso* era el verdadero hombre de la bolsa, el que se comía crudos a los chicos. Yo lo vi, y ahora debe de andar escondido, esperando, oculto entre las sombras.

—Hay, qué chico este —dijo la tía Cata—. Todavía está afectado por la terrible experiencia. O por la fiebre, vaya a saber. Debería haberse quedado unos días más en cama.

El comisario sonrió levemente y me acarició en la cabeza. Del otro lado, Evaristo se acercó al vidrio espejado. Sabía que yo no me había ido. Seguía oliéndome. El viejo podía oler a cualquier chico que anduviera cerca. Nos percibía, por el aire le llegaba nuestro olor.

Su cara se transformó como aquella tarde sin luz, me miró a través del vidrio y habló.

—¡Hoy vamos a comer muy rico, Anselmo! —Y enseguida cambió la voz—. *¡Que bueno, Evaristo! ¿Que vas a cocinar? ¡Algo muy sabroso y tierno! Muy, pero muy tierno.*

FIN

Si te ha gustado el relato puedes seguir a Hugo A. Ramos Gambier en [su perfil de Wattpad](#)

Lo élfico, lo humano, los nigromantes y el dragón

Un relato de fantasía de Teresa P. Mira de Echeverría

"...I don't shine if you don't shine."

The Killers, Read my mind.

A simple vista podrían parecer elfos: delgados, altos, elegantes, casi etéreos. Con una lentitud sabia en sus modos, con un tono grave pero cálido en sus voces, y con una melancolía perenne en su ser.

Eran inconfundiblemente sensuales, sin embargo su sensualidad parecía abstracta, demasiado elevada como para incluir el cuerpo.

Y no había nada más lejano a la verdad que eso...

* * *

Eosin se desperezó. Su largo cabello blanco caía como una cortina de madreperla, liso, disciplinado, sobre su espalda y torso descubiertos. Sus ojos de plata observaron el grueso volumen sobre el que trabajaba bajo la sombra del bambú y se perdieron en el vuelo errático de un pequeño escarabajo de color esmeralda.

Una brisa suave agitó sus cabellos y la gasa alba de sus amplísimos pantalones. Su boca, fina y de un tono celeste pálido, esbozó un tenue movimiento, casi una sonrisa.

El aroma a cedros llegó primero. O tal vez ya lo había hecho antes, en alas de aquella brisa. El perfume a azahar, propio de Eosin, se vio entonces entretejido con el olor a coníferas que siempre envolvía a Aomir.

Aomir entró al living con el susurro propio de los pasos en la hierba. Entonces, un ruido a lluvia, un sonido de aguas cristalinas que descen-

dían, un contrapunto de rayos y truenos lejanos, desplazó la ilusión de los bambúes y el jardín zen.

De pronto, el cielorraso era un firmamento de tormenta bajo el conjuro de los ojos cenicientos de Aomir.

El nigromante se sentó junto a su compañero y, mientras se colocaba sobre un hombro la larga trenza de cabello marfileño, bostezó de un modo tan elegante, que hubiese hecho que cualquier humano cayese enamorado de ese ser asexual.

Los hombres entre los que vivían siempre se afanaban etiquetarlos como "masculinos" o "femeninos" porque sus rasgos armoniosos, equilibrados y andróginos, los posicionaban más allá de los esquemas de pensamiento habituales, convirtiéndolos en la versión más bella tanto de un varón como de una mujer.

En la sociedad humana, Eosin era un modelo fotográfico famoso que podía ser visto en las primeras páginas de las revistas más sofisticadas, posando para las propagandas de perfumes, ropa o relojes.

Aomir, por su parte, prefería permanecer anónimo, trabajando como repartidor en una pequeña florería.

Mientras tanto, podían continuar su delicada tarea en paz.

Ambos habían llegado al mundo de los humanos en distintas épocas y circunstancias.

Aomir lo había hecho en plena Edad Media y había permanecido como un monje por siglos, escondido en el hábito y en la oscuridad de varias abadías, luego de haber sido confundido con un ángel en más de una ocasión durante la Peste Negra.

Eosin, por su parte, había arribado a esta realidad en medio del conflicto de la Primera Guerra Mundial, para alimentarse de la muerte circundante.

Se habían conocido recientemente, cuando Aomir tuvo que llevarle a Eosin un arreglo de flores de parte de una admiradora.

De inmediato se reconocieron como iguales, no sólo como seres de la misma naturaleza sino como pares. Y, como era de esperarse, se enamoraron.

—¿Cansado?

La voz de Eosin era un rumor de viento entre las rocas.

—No, mi *adviriin* —repuso Aomir mientras acariciaba el cabello de su compañero—, aburrido.

El rostro de Eosin reflejó la perplejidad de quien escucha algo que no esperaba oír.

Su compañero lo advirtió y aclaró:

—Demasiados siglos en este sitio. Demasiados, incluso para mí.

Eosin seguía asombrado, sus ojos descomunamente abiertos en el brillo de sus iris plateados.

Aomir volvió a hablar:

—Pero, ¿qué es lo que te preocupa? ¡He de quedarme en este sitio el tiempo que tú necesites que lo hagamos! Sabes que “yo no resplandezco si tú no resplandeces”.

El otro nigromante sacudió la cabeza y su cabellera de nieve bailó ordenadamente a su alrededor. Entonces atinó a decir:

—Siempre creí que, de alguna manera, podíamos leer nuestras mentes, captar nuestros pensamientos mutuamente, pero ahora veo que no es así.

Una risa chispeante emergió de los labios de lavanda de Aomir, antes de replicar:

—No, mi *adviriin*, nosotros no nos leemos los pensamientos, simplemente pensamos de modo similar la mayor parte del tiempo.

—Entonces, ¿realmente no puedes leer mi mente? —no había desilusión en esa pregunta aseverativa, sino algo muy cercano al miedo.

Aomir lo advirtió y se envaró. Un nigromante,

incluso el amado, se tornaba sumamente peligroso si llegaba a actuar movido por el terror.

—¿Qué es lo que te molesta de eso? —tanteó. Podía llegar a imaginar la posible respuesta de su compañero, la misma que él hubiera dado años atrás cuando todavía no había llegado a comprender cabalmente todo el abanico que el amor podía representar, y esto le preocupaba sobremanera. Así que decidió zanjar él mismo el abismo— Entre nosotros no hay complementariedad, mi *adviriin*, justamente porque no hay nada que complementar en ti o en mí. Nada, excepto la unicidad.

Un temblor violento recorrió el cuerpo de Eosin. Poco a poco sus cabellos se volvieron negros como la noche, como el anillo que adornaba su mano derecha. Los pendientes de sus orejas parecían gotas de sangre, las mismas que impregnaban ahora los iris y la boca de Aomir.

El marfil de la cabellera de Aomir se soltó y su color se trasladó a sus ojos mientras éste se alistaba a enfrentar el ataque de su pareja del mejor modo posible. Dejó que los hilos de sangre que Eosin estaba haciendo brotar de su rostro lo marcaran. Necesitaba que su compañero lo viera de ese modo. Necesitaba que entendiera. Y aun así no podía evitar que la más cruel ferocidad se reflejara en sus facciones marcadas de rojo.

—¿Qué nos une, entonces? ¿La autocomplacencia? —el grito de Eosin era un rugido. Sus ojos, el acero más afilado.

La piel se les cubrió de una sustancia negra, exudada por sus propios cuerpos. Una suerte de coraza, convocada inconscientemente por ambos seres, como en un acto reflejo ante el inminente combate. No era imposible que dos nigromantes formasen una pareja, pero era más plausible que combatieran entre sí. Su naturaleza territorial los impulsaba a ello.

La coraza que había formado la piel de Aomir, tenía las melladuras propias de siglos de combate. Adornos de metal, imposiblemente oxidados por la sangre seca de miles de vidas, surgieron desde sus huesos. Y el negro del ónix líquido que circulaba sobre ella comenzó a brillar como un aceite destilado del Erebo mismo.

La piel de combate Eosin aún era flexible, como una tela, pero igual de negra e igual de cargada del olor del fin. La opacidad de esa suave pero

impenetrable capa de sombras se adornaba con encajes de pequeñas rocas negras, piedras transparentes y diminutos rubíes como extrusiones óseas.

—Si eso es así —respondió Aomir con paciencia—, ¿qué es lo que piensas hacer? ¿Castigarte en mí, acaso?

Un destello de comprensión recorrió los ojos de su pareja mientras sus labios azulados formaron un mudo “No”.

Todos los muebles estaban suspendidos cinco centímetros en el aire cuando el equilibrio de las fuerzas se restableció, y todos volvieron a su lugar con algo más parecido a un suspiro de alivio que a un golpe de normalidad.

Aomir estiró sus manos y enmarcó el rostro de Eosin en ellas. El cabello del nigromante viró del negro al plumizo, al perlado y, finalmente, al níveo, bajo el hechizo de la mirada de su amado. Cuando el ansia de muerte se calmó en Eosin, éste acercó sus labios a las huellas de sangre que su amado tenía en el rostro, y las limpió con un beso.

—¿Cómo iba a entenderlo? —susurró en el proceso—. Todavía no consigo hacerlo del todo.

Una sonrisa complaciente le respondió en la boca lavanda de su par. Pero aún podía sentir el regusto a sangre en ella.

* * *

Sentado en un banco de plaza, en el mundo de los hombres, bajo un viejo roble medio olvidado de sus hojas, Eosin no era Eosin, sino Thomas Willedune. Sus cabellos eran cortos y almibarados, sus ojos de un intenso azul humano que quitaba el aliento, y vestía una campera de cuero azulada con cuello de piel falsa color chocolate. La tarde caía rápidamente.

Tenía lo que se llamaría una nariz griega, y una elegancia serena y suave. La gente que lo miraba al pasar no se resolvía a aseverar si era un muchachito exquisito o una exótica modelo de alta costura. Y Thomas reía por lo bajo al escuchar esos pensamientos.

Mientras examinaba una hoja seca que se había posado sobre su enguantada mano, hacía lo

propio con el descubrimiento del día anterior: jamás había leído los pensamientos de Aomir, simplemente pensaban de forma muy similar.

Aquello lo estremecía. ¿Qué tan parecidos eran entre ellos, en realidad? ¿Acaso eso significaba que él se había enamorado de su imagen en el espejo?

Elevó los ojos al cielo y dejó que su verdadera naturaleza aflorase lo suficiente como para permitirle una visión de plata. Bajo esa mirada, las cosas aparecían como en verdad eran: exactamente iguales, pero infinitas.

Podía escuchar cómo los cristales de nieve se estaban formando en lo alto de las grises nubes de tormenta. ¡Sí, esta noche nevaría!

Aspiró con fuerza y recogió el aroma de la tierra en espera: seca, agrietada y fría, el perfume de la estática de lo que ya no tiene paciencia, la lejana humedad helada de los cristales níveos en la altura. También estaba, en ese olor, la vida entumecida del viejo árbol y la plétora de cosas muertas que moraban bajo él: insectos, plantas, millones de años de substancia extinta. Y Thomas-Eosin sentía cómo todos ellos estaban arracimándose en sus venas, trepando por sus tendones lentamente, intentando arrancarle el poder de la vida a la muerte que circulaba por su ser.

Un nigromante siempre estaba así, al borde de ser drenado por todas las cosas que le reclamaban volver.

Thomas, la versión humana de Eosin, podía sentir como algo físico el vívido placer de la tensión que se formaba entre esa corriente de rogantes que lo rodeaba e intentaba sumergirlo en ella, y su propia voluntad de no satisfacerla... aun.

El “aun” era lo que elevaba el placer. Era el hiató, la espera, la demora. La promesa que estiraba siempre un poco más su cumplimiento.

—¡Oh, qué excelso! —susurró al sentir el tironeo instintivo que ejercía una vieja osamenta de caballo, reseca, al enhebrarse entre sus dendritas para intentar forzarlo a traer al animal de nuevo a la vida. Sonrió con su boca perfecta de estatua, apenas dibujada, y susurró con los ojos cerrados— Shh, tranquilo, bonito... —dijo como si el caballo pudiera oírlo— Pronto, muy pronto. Así, así, así...

La promesa siempre surtía efecto.

Y él pensaba cumplirla. Pero no hoy. Ni tampoco mañana.

En los huesos de ese caballo, en los trozos de cuero seco que aún quedaban adheridos, había instinto puro, deseo de correr, ansias de libertad. Nada se comparaba con el placer que un nigromante podía extraer de algo que había estado así de vivo alguna vez. Nada, excepto un campo de batalla, sembrado de cuerpos que anhelaban volver de inmediato para empuñar las armas, para blandir el odio y el miedo; los residuos que la huida de sus almas dejaba como huella remanente y que se evaporaban en pocas horas. ¡Pero esas horas eran gloriosas! Horas en las que se podían construir cosas maravillosas a partir de emociones aberrantes. El tiempo suficiente para hacer que nada hubiese sido en vano.

Por un instante, revivió el día de su llegada a este mundo, los gritos, las trincheras, y se relajó. Ese día muchos habían vuelto a la vida bajo su influjo, y unos pocos habían conseguido hacer las paces con sus existencias.

Sintió cómo un par de manos se apoyaban en sus hombros y las reconoció de inmediato, vibraban con el eco hueco de su Aomir: era Reuel Edgbaston, la forma humana de su compañero.

—Cuidado —la voz de Ruel-Aomir era ligeramente empastada—, cada vez te atas con más promesas. Sé que el goce que obtienes es casi escandaloso, pero un día esas ligaduras van a hacerte más daño que bien.

Thomas apoyó la cabeza contra el cuerpo de su compañero que estaba parado detrás de él, y sonrió de modo muy diferente. Entonces respondió:

—Es mi paga por el servicio que brindo restaurando el equilibrio del mundo humano.

Reuel dio la vuelta al banco, apoyó contra el roble la bicicleta en la que había venido, dejó el bolso de lona gastada en el suelo, y se sentó al lado de Thomas. Éste siempre se sorprendía de lo distinto que era su rostro bajo la apariencia humana: pelo muy largo y rubio, nariz levemente curvada hacia abajo, boca generosa; así, y con los enormes anteojos oscuros que aún llevaba puestos, su amigo era indefinible en términos de “él” o “ella”. Algo que, de todos modos, dos

seres asexuados como ellos no podían comprender.

Juntos conformaban una pareja deslumbrante y extraña a ojos humanos, dos seres de gran belleza, cada uno perfectamente equidistante entre lo masculino y lo femenino. Cosa que hacía que muchos humanos se sintieran incómodos porque su modo de pensar exigía la complementariedad o el conflicto.

Tom apoyó su cabeza sobre el hombro de Reuel. La campera de nylon tenía una trama de aromas que iban del jazmín y la violeta, a la pimienta y la nuez moscada, y del pachulí y el sándalo, al ámbar y el almizcle: el perfume que había compuesto para él.

—Creo que he entendido el proceso —dijo Thomas en voz baja.

—¿El proceso? —inquirió Reuel.

El señor Willesdune se alejó unos centímetros de su compañero y miró el cielo, las nubes cargadas de expectante nieve en formación.

—Sí —respondió—, el proceso que hace que nos amemos.

Reuel lanzó una carcajada y acotó:

—¿De modo que hay un *proceso*?

Thomas no se inmutó y replicó:

—Por supuesto que lo hay. Y es el proceso que huye de lo que nos alimenta, de la muerte, y que, a su vez, nutre a esa entropía con un poderoso veneno. Me refiero al movimiento perpetuo.

Reuel se sentó de costado, sobre una de sus piernas, y apoyó un brazo encima del respaldo del banco de plaza. Estaba mirando a su compañero con verdadera expectación puesto que ahora era él el asombrado.

—Quiero decir... —continuó Tom— Cuando esta noche caiga la nieve... pero, cuando mañana salga el sol... ¡Ah, ahí se iniciará el proceso! —su mente titubeaba, avanzaba, retrocedía, las palabras humanas parecían insuficientes— Piénsalo así, el blanco de la nieve aumentará la superficie reflectante y parte del calor del sol volverá al espacio, con lo que no habrá tanto calor disponible; eso impedirá que se derrita la nieve... ¿Entiendes? Después de un punto crítico, el sistema se retroalimenta: más nieve, más

frío; más frío, más nieve —Tom miró a su compañero a los ojos.

Reuel completó:

—Comprendo: yo resplandezco si tú resplandeces. Siempre y cuando “yo” y “tú” sean iguales, ¿no es así? —Tom permaneció en silencio. Reuel siguió pensando, “Así que eso es lo que somos para ti: dos estrellas que alimentan su brillo mutuamente. Un *ouroboros* doble. Una cinta de Moebius cortada dos veces”. Entonces dijo —Está bien, te comprendo. Somos pares. Inter-cambiables. Una figura frente al espejo que se opone a lo reflejado únicamente como una cuestión de posicionamiento.

La risa que Thomas emitió como respuesta fue tan suave como la brisa helada que se estaba levantando a su alrededor. Pero también estaba cargada de nerviosismo. Enfrascado en su conversación, había soltado todos los lazos con las cosas muertas que lo rodeaban. Con todas, menos una, y el diminuto escarabajo negro había comenzado a moverse nuevamente por entre la hojarasca, retrocediendo su decadencia.

—¡Pero ésa es la magia! —dijo inquieto, removiéndose en el banco, desabrochándose el abrigo y dejando ver un sweater de diseñador, azul, ocre y gris— ¡No somos reflejos porque ninguno es el original! ¡Aquí no hay espejos! Si quieres, tal vez seamos neuronas especulares, seres empáticos que gozamos con nuestras alegrías tanto como con las del otro. Me río con mi placer y también con el tuyo, tal y como si fuera mío.

Reuel se cerró la campera de nylon y apoyó una mano en la de Tom:

—Pero, hay una diferencia, mi amor. No es lo mismo que yo sienta placer al revivir un diente de león marchito, a que lo sienta porque tú lo revives —su mano se cerró sobre la de Thomas con súbita fuerza, como si pudiera hacerle comprender lo que sentía, por osmosis—. Mi ser no se confunde. No es la fuerza de la vida retrogradando y entrando de nuevo en el diente de león lo que me da placer cuando tú la revives, sino el hecho de que tú eres feliz haciéndolo.

Entonces los ojos de Tom brillaron con un destello triunfal. El saco terminó en el suelo. El escarabajo, completamente restablecido, se hundió en el falso pelo achocolatado del cuello del abrigo.

—¡Toda paridad esconde divergencia! —dijo Thomas entre dientes, como una demanda de rendición— No hay “pares” absolutos, eso es imposible. Si acaso, tú eres la nieve y yo el frío.

Reuel apoyó la espalda contra el asiento y meditó aquello en silencio. Estaba perplejo. Miles de años en ese mundo y... ¿podía ser que no lo conociera todo?

“Yo no resplandezco si tu no resplandeces”, pensó.

Cuando alzó la vista, Thomas había recogido al escarabajo y lo mecía entre sus dedos.

—¿Sabes? —dijo la versión humana de Eosin—, si no te hubiera conocido, yo jamás hubiera revivido a esta criatura así, tan... *directamente*. Hubiese hecho que su nada se aferrara a mis vértebras, que intentara alcanzar mi corazón, que pugnara por sonsacar el secreto de la semilla que guardamos dentro, la que, como toda semilla, sólo da vida desde la muerte.

»Y, en esa lucha, en esa espera, mi placer se habría incrementado y, con él, mi don final — el insecto se movió por su palma, explorando el cuero azulino del guante cosido con exageradas puntadas ocre; Tom se cuidó bien de no cerrarla muy fuertemente, y lo depositó sobre la mano de Reuel. Entonces agregó—. Pero tú no eres así. Tú, por el contrario, lo habrías hecho surgir a la vida tal como sucedió ahora: de pronto, naturalmente, como si nada mágico interviniera. Sería un secreto hasta para el mismo escarabajo —se quedó mirando el pequeño animalillo negro que se afanaba por avanzar sobre la lana, desgastada y llena de bolitas apelmazadas, de los mitones de su compañero—. Y te habrías alegrado con la abolición de la nada, con la restauración de la existencia.

»Es extraño, ¿no? Hoy, sentado aquí, he llegado a la conclusión de que yo puedo resplandecer perfectamente sin ti. Tal como tú podrías hacerlo perfectamente sin mí —entonces alzó esos humanos ojos azules que escondían dos fosos de plata líquida, y los clavó en el par de acaramelados iris de Reuel, buscando en ellos el mismo gris de tormenta que se anclaba sobre ambos. Cuando lo consiguió, cuando captó la zozobra en el fondo del alma de Aomir, entonces agregó—. Pero ninguno de los dos brillaría tanto sin el otro...

»...Ni yo lo haría de los modos diversos que tú me mueves a hacerlo.

Los hombros de Reuel se aflojaron y sintió sus ojos húmedos. El primer copo de nieve cayó sobre su cabeza.

Se agachó y dejó al escarabajo en el suelo, que se apresuró a esconderse entre las raíces del viejo roble. Ya no había gente en la plaza. Apenas si brillaba el último hilo de luz solar por entre las nubes plomizas.

Abrazó a Thomas como si lo conociese por primera vez. Y, en cierta forma, así era. El calor de su compañero volvió a él como una ola de tranquilidad. "Flujo y reflujo", pensó.

Entonces, Aomir sintió la vibración de algo muy grande bajo sus pies. Una presión terrible, como si eones de muerte petrificada reclamasen vida y arterias y calor. El abrazo de Thomas se hizo más intenso, las manos de éste sobre su espalda parecían querer canalizar su energía en la suya. Reprimió el deseo de huir, de defenderse, y confió.

Pronto supo que lo que abría sus fauces hambrientas allí, muy abajo en el seno de la tierra, envuelto en huesos de piedra y escamas de polvo, era un dragón largo tiempo muerto.

Podía percibir las oleadas de placer recorriendo el cuerpo de Thomas... de Eosin. Sabía de la profunda satisfacción que esta promesa de vida generaba en su *adviriin*, y también el peso que asentaba sobre los dos: ¡Revivir a un dragón! ¡Y aquí, en esta época y en este mundo!

La promesa que su compañero le estaba haciendo al dragón, arrancaba sollozos de pasión en Tom. Lentamente, Reuel se dejó guiar hacia ese abismo. Lo que sintió allí era muy distinto a lo que él estaba habituado a sentir. No era del todo incómodo, pero no era la forma de placer con la que él se alimentaba; sin embargo, se abrió a su amado y lo compartió con él.

Bajo la tierra manchada de una fina capa de blanco, justo debajo del banco de plaza en el que ambos se abrazaban, el corazón de fuego del dragón pugnaba por latir nuevamente.

Aomir pensó que Eosin estaba en lo cierto, que lo que los unía no era la imposibilidad de brillar el uno sin el otro, sino la decisión de hacerlo únicamente si el otro lo hacía.

¡Tal vez ése era el secreto! ¡Libertad! La libertad de elegirlo a él, cada día, nuevamente... pudiendo no hacerlo.

Se sintió mareado, intoxicado.

—Tranquilo —jadeó Thomas sobre el oído de Reuel—, me quedaré aquí el tiempo que necesites. Yo no resplandezco si tú no resplandesces, porque no tendría sentido de otro modo.

Reuel sonrió con picardía y dijo:

—¿No crees que ya es tiempo de dar el siguiente paso lógico en nuestra relación?

Tom mostró sus dientes en una sonrisa feroz y replicó con una dulzura incongruente:

—¿Acaso puedes leer mi mente?

* * *

A simple vista podrían parecer dos seres humanos hermosos, equilibrados y tan completos que no necesitaban buscar en el otro lo que les faltaba. Dos seres libres que habían elegido, en su igualdad, compartir el sendero de lo que se ofrecían mutuamente.

Pero, así como no eran elfos, tampoco eran seres humanos. Y, si el amor, como una corriente impetuosa, busca siempre manifestarse de alguna manera, nada más poderoso podía surgir de la corriente de extracción vital de dos nigromantes, que lo que el amor entre pares inspirase.

Fue así que, en el paroxismo de un brillo retroalimentado por la pasión y la confianza, esa corriente se desbordó tan de pronto, que el mundo jamás pudo saber en qué preciso momento el primer dragón volvió a la vida.

FIN

Si te ha gustado el relato puedes seguir a Teresa P. Mira de Echeverría en [su blog](#).



Un relato de ciencia ficción de Alejandro Valiente Lourtau

En la calle llueve con fuerza. La mujer lo observa a través de la ventana del hotel mientras sopesa si ha llegado el momento de encender la luz de la habitación. No parece que la hayan seguido. Se tranquiliza. Aparentemente nada extraño ocurre en el exterior. Los coches circulan sin prisa atestando los carriles de la avenida que discurre ante el edificio y por las aceras fluye una corriente de paraguas evitándose entre ellos. Lo típico de una tarde de lluvia otoñal en una ciudad sobre la que las nubes acostumbran a pasar sin detenerse.

Tras dejar que la cortina oculte la ventana, va hasta la mesilla de noche y presiona el pulsador de la lámpara que reposa sobre ella. A continuación, se dirige a la mesa situada a los pies de la cama y extrae del bolso una cajetilla de tabaco, un bloc de notas, un bolígrafo, un lápiz y una grabadora. Luego comprueba la hora en su reloj. "Ya debería haber llegado", se dice sentándose en una silla y encendiendo un cigarrillo. No sería la primera vez que la dejasen colgada, medita pensando en la áspera voz del tipo que la ha citado allí. Le cuesta aceptar que las expectativas con las que la fortuna le agració hace unos días a través de una llamada telefónica terminen convertidas en un espejismo.

Unos golpes en la puerta la apartan de sus pensamientos. Se acerca hasta la entrada y pregunta.

—¿Quién es? ¿Me trae el bocadillo de remolacha que le pedí?

—No había más que salami.

Ríe para sus adentros pensando en la tontería de la contraseña a la vez que hace girar el pomo

de la puerta. Al otro lado, en el pasillo, se encuentra con un rostro envejecido y moreno que penetra en la habitación apresuradamente.

—¿Tomé? —pregunta.

—Sí, claro, ¿quién podría ser sino? —Le confirma el hombre con el rostro azorado—. ¿Está segura de que no la han seguido?

—No, creo que no. He hecho cuanto usted me dijo y no parece que se vea a nadie extraño.

El hombre apaga la luz de la lámpara y se dirige a la ventana.

—Eso es lo malo, que no siempre parecen extraños. Sino, sería sencillo localizarlos.

Apartando la cortina inspecciona la calle en una y otra dirección.

—No me fío, pueden estar en cualquier sitio.

—No hay nadie, ya lo he comprobado —señala ella en un intento por tranquilizarlo.

—Puede ser —reconoce retirándose de la ventana y dirigiéndose hacia el mini—bar—. Estoy nervioso, ¿le importa que me sirva?

Ella asiente y enciende de nuevo la lámpara. Observa cómo extrae una botellita de whiskey y una lata de Coca—Cola. Procurando no derramar nada, el hombre mezcla ambas bebidas en un vaso de plástico.

—Necesitaba tomar algo —comenta él una vez que ha dado el primer trago y deja descansar el vaso sobre la mesa.

—¿Podemos empezar ya? —le pide ella tomando asiento ante la mesa a la vez que aplasta la colilla en el cenicero.

—Cuanto antes mejor —admite el hombre sentándose en la otra silla que existe en la habitación y acercándose de nuevo el vaso a los labios. De repente, una sombra de temor asalta su rostro y su cabeza gira en todas direcciones como si buscase algo oculto en las paredes o en los muebles—. No debí venir, ha sido un error. Ellos saben que he venido. Debo irme, tengo que irme.

—Pero quedamos en que me contaría la historia. Además, ya le he pagado la mitad de lo acordado.

—El dinero, sí, el cochino dinero es lo único que importa. Esa es la única verdad —bebe un largo trago como si esperase que la mezcla fuese a alejar el miedo que le empapa—. Usted dirá entonces. ¿Qué quiere saber?

—Todo —reconoce ella encendiendo la grabadora.

El hombre asiente con la cabeza. Pese a que no hace ningún calor, gotitas de sudor reptan lentamente por su frente arrugada.

—Pero empezando por el principio —puntualiza ella—. ¿Realmente se llama Tomé?

—Bien sabe que no —reconoce él—. Yo no puedo permitirme ir revelando mi nombre a cualquiera. Para usted es fácil decir que es la periodista Virginia Lavenwort. La avala un importante diario, pero no es mi caso, yo no soy nadie y si mañana desapareciera no llamaría la atención. Debo protegerme. Si he decidido ayudarla es porque necesito el dinero, y sé que la historia que le voy a revelar lo vale.

La mujer enciende otro cigarrillo y, tras exhalar la primera bocanada, traza un gesto afirmativo con la cabeza.

—Sepa que protejo la identidad de mis confidentes —le dice, animándole a sincerarse con ella.

—No lo dudo, pero, créame, no sería suficiente —le contradice él—. Para las fuerzas de las que voy a hablar esa sería una finísima línea de defensa.

—Debe entender que, ante un reportaje como este, a mi director le resultará muy importante

conocer la identidad del informante. Desde que empecé esta investigación he consultado a bastantes personas y ninguna ha puesto trabas a revelarme su nombre.

—No lo dudo —reconoce el hombre con cara de resignación—, pero estoy seguro de que ninguna de ellas le habrá contado algo parecido a lo que yo le voy a contar esta tarde.

—De momento, dejémoslo estar —admite ella sin mucho convencimiento—. Le escucho, puede comenzar cuando quiera.

—En 1963 yo trabajaba en la embajada soviética en México. Pertenecía al Partido Comunista Mexicano y estaba empleado en labores de enlace con la población. En teoría me ocupaba de temas culturales, principalmente relaciones con artistas y escritores, pero la realidad es que mi cometido consistía en dar aliento a los grupos procomunistas que iban surgiendo, sobre todo en ambientes universitarios. Mis jefes, los rusos, consideraban que era importante contar con apoyos sólidos entre la sociedad mexicana y otorgaban mucha relevancia a mi labor. A mí lo que realmente me importaba era que la revolución llegase lo antes posible a México para que cambiase el país de una vez.

—¿Y entonces fue cuándo lo conoció?

—Tiene prisa por saberlo todo. Ustedes los gringos siempre van con prisa. No se preocupe, yo se lo diré. Se lo diré, si nos dejan.

—Ya verá como sí —intenta infundirle confianza ella a la vez que apaga el cigarro.

—No esté tan segura —el hombre guarda silencio durante unos segundos, alargando una mano para que ella permanezca quieta, mientras escucha buscando unos sonidos que deberían llegarle desde más allá de las paredes de la habitación—. No debemos fiarnos, podría significar nuestro fin.

—¿No es un poco exagerado?

—Ningún sitio ofrece seguridad, Lo mejor será terminar cuanto antes y marcharnos. ¿Por dónde iba...? Verá, para serle sincero, no sé cómo me vi metido en aquel embrollo. Durante los dos días

anteriores, al llegar a la embajada, ya me había encontrado con aquel tipo. Parecía desquiciado y lo único que quería es que le concediesen un visado para ir a Cuba. A mí me chocaba que un gringo insistiera tanto en ir a Cuba, pero tampoco era algo extraordinario. Hemingway, el escritor, había estado con Fidel, así que un estadounidense quisiera ir solamente podía considerarse raro. Otra cosa era la apariencia del hombre, la intranquilidad que lo reconcomía impidiéndole estarse quieto ni un instante. Yo creo que me lo pasaron a mí porque no sabían qué hacer con él. Así que me dijeron: "Mira, habla tú con él, entretenerlo, deja que se desahogue y luego, ya veremos de qué forma, nos libramos de él". Así es como me vi encerrado en una habitación durante varias horas con Lee Harvey Oswald.

—¿No lo conocía? ¿Nunca había oído hablar de él? —Indaga ella.

—No, no tenía ni idea de quién era ese tipo. Conseguí que nos trajesen café y unos dulces. Pensaba que de esa forma lograría calmarlo y conectar con él. Y creo que no me equivoqué, porque debía tener bastante hambre dada la forma en que empezó a comer. Entonces me contó que ya había intentado que le concediesen el visado en la embajada cubana, pero que no le hacían ni caso, por lo que había decidido ir a hablar con los que mandaban de verdad, con los soviéticos. Empezó hablándome en una endemoniada mezcla de castellano, ruso e inglés que prácticamente no había forma de entender, así que tuve que pedirle que se limitara al inglés, que a mí no me costaba ningún esfuerzo seguir. Continuó diciéndome que se encontraba decidido a pasar por lo que fuera, incluso a ir a Siberia si era necesario, pero que tenía que salir de los Estados Unidos. Esperaba que más tarde su mujer se valiese de su condición de nacida en la Unión Soviética para seguirlo en compañía de la hija que tenían, pero, de no ser así, tampoco le importaba demasiado, porque de esa manera confiaba en que nada les ocurriría. Y de repente, bajando mucho la voz, me soltó que era agente de la CIA y que estaba dispuesto a revelar todo lo que sabía. Me faltó muy poco para levantar-

me y llamar a mi superior porque aquel asunto transcendía mis posibilidades. Si no lo hice fue porque recordé que me había ordenado que dejase hablar al individuo aquel cuanto quisiera, pero que, bajo ningún concepto, le molestase a él, que ya se pasaría cuando pudiese. En la embajada rusa una orden no admitía pero alguno.

Durante un momento el hombre detiene su explicación para llevarse el vaso a los labios y la mujer aprovecha para preguntarle.

—¿El Lee Harvey Oswald del que usted habla es el mismo que disparó contra el presidente Kennedy?

—¡El mismito de Dallas! —Le reconoce el hombre reforzando su afirmación con movimientos de cabeza—. No se puede usted imaginar la cara que se me puso cuando al poco tiempo lo vi en la tele. Tuve que tomarte unos tequilas para quitarme el tembleque que me entró por todo el cuerpo. Le juro por lo más sagrado que nunca lo he olvidado desde entonces. Lo veo cada día que pasa.

—Está bien —admite la mujer—, le creo. ¿Qué ocurrió entonces?

—Empezó a decirme que él tenía un enlace que se llamaba Blint, no me aclaró si realmente se llamaba así o solamente era un alias. El caso es que ese tal Blint se había presentado un día en su casa, en Nueva Orleans, donde Oswald vivía entonces, y le había encomendado un trabajito. Habían captado en miembros de la comunidad cubana que existía la intención de matar a Fidel Castro. En realidad no de una forma tan rotunda, más bien algo semejante a que el responsable de las desgracias que estaban pasando los cubanos pronto no sería ya un problema. Así que habían deducido que se estaba preparando un atentado contra Castro. Algo normal en el contexto de aquellos años. Ya sabe: los barbudos mandaban en Cuba, para quitárselos del medio, los yanquis habían apoyado la chapuza de bahía de Cochinos y después los rusos habían querido instalar unos misiles en la isla que habían provocado el enfado de Kennedy y, debido a su airada reacción, Kruschev se había visto obligado a

dar un paso atrás. Según me contó Oswald, Blint le había revelado que para salir de la locura en que se vivía, Kennedy se propuso colaborar con Kruschev en la carrera espacial. Pensaba que era una especie de tierra de nadie en la que podrían llegar a acuerdos que favoreciesen la paz y, de paso, acelerar la llegada del hombre a la Luna. Combinando los conocimientos de ambas potencias, Armstrong hubiese pisado la Luna algo más joven y de la mano de un ruso, o de una rusa, quién sabe. Y la misión que le encomendaron a Oswald era una especie de presente de buena voluntad. Oswald era uno de los agentes que tenían que descubrir la trama que estaba en marcha con el propósito de asesinar a Castro para que pudieran revelársela a los rusos.

—Hasta donde yo sé, Oswald no se llevaba demasiado bien con los anticastristas —objeta la mujer—. Incluso tuvo varios encontronazos con ellos.

—Sin prisa, señorita.

De repente, con el rostro lívido, el hombre calla y se pone en pie. Caminado muy despacio se acerca a la puerta y permanece pegado a ella en silencio, intentando captar el ruido que le llega desde el otro lado de la hoja de madera.

—¡Falsa alarma! —manifiesta por fin, extrayendo un pañuelo del bolsillo y secándose el sudor de la frente—. Clientes —le dice a modo de aclaración mientras regresa a su asiento—. Verá, todo tiene su explicación. Oswald se enfadó bastante cuando Blint le transmitió su nuevo cometido, afirmaba que llevaba mucho tiempo introduciéndose entre los del otro lado del muro para tener que desbaratarlo todo de repente. Si aceptó el caso, o al menos eso me dijo a mí, fue porque la orden venía directamente de la Casa Blanca. Y también por el abultado sobre repleto de billetes que Blint le tendió. Allí había suficiente dinero para pagar cuantas mordidas hiciesen falta y luego olvidarse de trabajos similares. Esa misma tarde se puso en marcha. Su principal problema fue localizar una fuente fiable. Llevaba tanto tiempo apoyando a Castro y a los soviéticos que el único recurso del que dispuso fue de un negro que residía en los suburbios y solía pedir una

buena cantidad por la información que suministraba. Se presentó en su casa antes del anochecer acompañado por dos botellas de ron. El tipo en cuestión, un tal Little Ronnie, solía beberse una de las botellas con el cliente mientras hablaban de los pormenores del negocio que iban a emprender y la otra la guardaba. Oswald le había dicho que quería información sobre un asesinato. “Asesinatos hay muchos”, le había objetado Little Ronnie, y Oswald le había comentado que era un asesinato de esos que salen en la radio, la televisión y los periódicos de todo el mundo, y también que los cubanos estaban al corriente. Y Little Ronnie le había pedido un número de teléfono y luego le había sonreído mientras le cogía el fajo de billetes que le ofrecía. Antes de marcharse le manifestó que cuando supiera algo iba a necesitar otro tanto para hablar.

—Lo que me cuenta es muy sorprendente —dice la mujer cuando el hombre detiene momentáneamente su relato para humedecerse la boca con un trago.

—Ya lo sé —admite él con una media sonrisa—. ¿A que vale el dinero que ha pagado?

—Quizás —reconoce ella manteniendo la seriedad en su rostro—. Prosiga, por favor.

—Little Ronnie le llamó dos días después. Se encontraba tan furioso que Oswald pensó que el teléfono se le iba a romper en la mano de las voces que le llegaban por la línea. Entre improprios contra Oswald y toda su familia, le dijo que no quería volver a saber nada de aquel asunto ni de él, y también que algo así no se le hacía ni a los peores enemigos. Luego le colgó. Oswald esperó a que anocheciera, y entonces se fue a casa de Little Ronnie para intentar obtener una explicación. Cuando llegó, encontró la puerta de la vivienda abierta y a Little Ronnie en el interior expirando en medio de un charco de sangre. Con el último aliento, Little Ronnie consiguió transmitirle un nombre: Wright—Patterson. Para otra persona probablemente no hubiera significado nada, pero no le ocurrió así a Oswald. Por la preparación que había recibido sobre radares, imaginó que era la base aérea de Wright—Patterson, en Ohio, lo que significaba que los militares

estaban por medio. Regresó inmediatamente a casa pensando en que tendría que ponerse lo antes posible en contacto con Blint. Según me comentó, una cosa era enfrentarse a los cubanos y otra, totalmente distinta, vérselas con los jefazos del ejército. Por si no fuera suficiente, esa noche, cuando ya se encontraba a solas, recibió la llamada de alguien recomendándole que por su propio bien se olvidase del asunto que tenía entre manos. Oswald decía que quien le hablaba tenía una voz tan untuosa que adormecía pese a las amenazas que profería. Antes de cortarse la llamada, un sonido metálico atronó sus oídos durante un instante y luego se escuchó el clic que indicaba el final de la comunicación.

El hombre alarga el brazo y se acerca el vaso hasta los labios. Después de beber, ante el silencio de la mujer, comenta:

—Me limito a repetir lo que Oswald me dijo, nada más.

La mujer asiente con la cabeza y con un gesto de la mano le anima a seguir.

—Oswald me aseguró que lo último que recordaba de aquella noche era haberse asomado a la ventana y ver a dos tipos vestidos de negro al otro lado de la calle, ambos con gafas oscuras ocultando sus ojos. Uno de ellos era bastante alto, quizá midiese cerca de un metro noventa, mientras que el otro apenas llegaba al metro y medio. Miraban hacia su casa, inmóviles, como si tuviesen el objetivo de impedir que alguien saliese de ella. A partir de ese momento ya no supo lo que hizo, hasta la mañana siguiente cuando su mujer lo despertó y se descubrió sentado en el sofá con el rifle que poseía descansando sobre el regazo. De todo lo que le había ocurrido durante las horas anteriores, esa pérdida de conciencia fue lo que más le asustó, más incluso que la llamada que había recibido o la presencia de los dos extraños en la calle. Tipos similares ya no se apartarían prácticamente nunca de su lado. Los veía caminado a su espalda entre la gente o al salir a tirar la basura durante la noche. Siempre se encontraban allí, aunque cuando llamaba a su esposa para señalárselos, desaparecían. Ese mismo día se puso en contacto con Blint y le

contó lo ocurrido. La respuesta que obtuvo fue que procurase tranquilizarse y esperase a que él le avisase. Al parecer Blint conocía a alguien que podía proporcionarles un contacto relacionado con la base de Wright—Patterson. Oswald pasó dos días terribles hasta que Blint le dio la dirección de un hotel en el que reunirse con él. Si abandonaba su casa, inmediatamente descubriría la presencia de aquellos hombres vestidos de negro y, si permanecía entre sus muros, se sucedían las llamadas de teléfono advirtiéndole sobre la equivocación que cometía al continuar con sus indagaciones. Y siempre antes de cortarse la comunicación un insoportable chirrido atronaba en sus oídos. Apenas durmió durante esas cuarenta y ocho horas y su mujer comenzó a preocuparse por su estado. Así que en cuanto tuvo la dirección del hotel se dirigió hacia él. Para su contrariedad, Blint únicamente pudo recomendarle precaución. Su conocido le había revelado el nombre de un trabajador de la base que tenía problemas con las drogas y, como consecuencia de ellas, también económicos. Con algunas presiones y blandiendo un fajo de billetes, Blint había conseguido convencerlo para que se reuniese con ellos. La cita tendría lugar al día siguiente en un hotel cercano. Oswald quiso dejar la misión y la CIA en ese mismo momento, pero Blint le recordó que no era posible, que la Agencia no se podía abandonar de cualquier manera, sino cuando se recibía autorización. Así que Oswald se encerró en casa hasta la tarde siguiente. Me aseguró que en todo momento hubo dos hombres de negro ante su casa, aunque constantemente variaran su posición en la calle. Además, el teléfono no dejaba de sonar, y cuando lo cogía el oído le zumbaba por causa de la insoportable estridencia metálica que surgía de él.

—Un poco extraño todo, ¿no le parece? —le corta la mujer mientras enciende un cigarrillo—. Casi increíble, ¿no?

—Es posible que sí, pero le aseguro que aún le faltan por escuchar cosas difíciles de aceptar.

—¿Más difíciles de aceptar que las que me ha contado? Me va a sorprender —ironiza ella de—

jando escapar una leve sonrisa.

—Oswald se reunió al día siguiente de nuevo con Blint. Intentó por todos los medios librarse de los hombres de negro, pero no estaba seguro de haberlo conseguido cuando llamó a la puerta de la habitación del hotel en la que le habían citado. La verdad es que para entonces ya no estaba seguro de nada. Apenas había dormido y la cabeza le atronaba por culpa del sonido metálico que escuchaba en el teléfono. Convivía con la sensación de tener metido un gusano en el cerebro que se lo iba devorando lentamente. Temía por su cordura, ya que hasta escuchaba como si ese animal le hablase desde el interior de su cabeza. Por lo que me contó, en los cuatro días que habían transcurrido desde la primera llamada, apenas había dormido una decena de horas. Le daba miedo cerrar los ojos, pues siempre acudía en busca del rifle y no descartaba que, debido a lo que le estaba ocurriendo, terminase haciendo daño a su mujer o a su hija. Así que cuando entró en aquella habitación todo su deseo era que fuera el final. Notó a Blint nervioso. El tipo que iba a ayudarles se encontraba sentado en la cama y no dejaba de lamentarse por haber tenido que ir hasta allí. En algunos momentos incluso rompía a llorar y comenzaba a mascullar que no quería morir, que él no era culpable de nada. Blint tuvo que llenar varios vasos de whiskey y pasárselo para calmarlo y conseguir que empezara a hablar.

El hombre apunta con el dedo hacia la puerta.

—¡Ahora sí lo habrá oído!

—¿Qué he escuchado? —le pregunta ella sorprendida.

—¿De verdad que no lo ha escuchado?

—¡No he oído nada! —afirma ella extrayendo un nuevo cigarro de la cajetilla que reposa sobre la mesa y encendiéndolo—. De verdad que no —le insiste—. Debe intentar tranquilizarse. No pasa nada, absolutamente nada. Va a conseguir que me asuste.

—Confío en que tenga razón. ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí!, Oswald me aseguró que lo que ocurrió a partir de aquel momento fue terrible. Entre gi-

moteos, el tipo aquel les habló del hangar 18, que supongo le sonará. Les reveló que bajo el hangar se había construido un complejo subterráneo al que sólo podía acceder personal autorizado. Él era uno de los trabajadores que podían descender allí abajo. Gracias a ello supieron que sí, que, como afirma mucha gente, aquel hangar tenía relación con el fenómeno OVNI. Era, por decirlo de alguna manera, una especie de estación de rescate para naves extraterrestres que hubieran tenido algún problema. Casos similares al célebre de Roswell. Cualquier platillo volante que sufriera un accidente tenía asegurado que el suceso pasaría desapercibido. Y a cambio de esa ayuda y de la connivencia para que llevaran a cabo ciertos experimentos entre la población, los extraterrestres cedían tecnología para uso militar. El asunto se llevaba tan en secreto por parte de los militares que apenas había trascendido a las esferas políticas, por lo menos a las de la nueva administración de Washington. Y ese fue el inconveniente, la falta de comunicación entre militares y políticos, ya que el anuncio por el presidente Kennedy del proyecto Apolo supuso un problema debido a que los alienígenas contaban con varias bases en la Luna. Comenzaron a desmantelarlas inmediatamente para trasladarlas a otro cuerpo celeste del sistema solar, pero el proceso requería unos cuantos años y la nueva idea del presidente de colaborar con los rusos para acelerar la llegada a la Luna planteaba una traba insalvable. La única solución que se encontró fue truncar esa posible alianza antes de que se produjera, lo que pasaba, no por el asesinato de Fidel Castro, sino por el del propio Kennedy. Pese a todas las prevenciones, alguien debió irse de la lengua y el eco del asunto llegó hasta los cubanos. Y luego, un error de interpretación terminó por liarlo todo.

—¿Me está diciendo que el mismo Lee Harvey Oswald le reveló que una conjura preparada entre militares y extraterrestres tenía el objetivo de asesinar a Kennedy? —corta la mujer—. ¡Eso no hay quien se lo crea!

—Eso mismo me dijo Oswald. Por eso quería marcharse a la URSS. Pero no fue lo único que escuchó en esa ocasión. El tipo aquel les habló

también del sistema con el que tenían pensado acabar con el presidente Kennedy. Se trataba de una tecnología que aún se encontraba en fase de pruebas. Consistía en inducir a un individuo a cometer el asesinato utilizando ondas que se transmitían mediante sonidos parecidos a chirridos. Cuando Oswald escuchó que las pruebas se estaban realizando por teléfono, se abalanzó sobre el tipo hecho una furia. Si no comenzó a golpearle fue porque en ese momento abrieron la puerta de la habitación de un golpe y lo que vio entonces, le hizo comprender que no debía esperar ni un instante más si quería salvar a su familia. Saltó por la ventana sin pensar en el daño que pudieran provocarle los cristales y como un demente se lanzó hacia la calle por la escalera de incendios. Cuando llegó a casa metió a su mujer y a su hija en el coche y se los llevó a vivir con los Paine, unos conocidos que residían en Irving, Texas. Pensó que allí estarían más seguros. Luego regresó a Nueva Orleans para enterarse de qué había ocurrido, pero le fue imposible acceder al hotel, ya que había tipos de negro por todos lados. Finalmente se decidió a cruzar la frontera e intentar conseguir un visado en la embajada de Cuba en ciudad de México. Estaba convencido de que su única oportunidad pasaba por contar a los cubanos y a los rusos lo que había descubierto. Lo que había visto en la habitación de aquel hotel le había convencido de que no existía otra posibilidad.

—Pero, ¿qué había visto allí? —le interrumpe la mujer.

De repente la puerta de la habitación se abre con un golpe y, cuando la mujer gira la cabeza hacia la entrada, dos figuras vestidas de negro se recortan en su marco. La mujer se levanta de un salto, pero el grito que va a salir de su garganta se ahoga en la mano que acaba de taponarle la boca mientras un brazo aferra su cuerpo con fuerza. Con los ojos busca a su captor y se encuentra con Tomé.

—¿Lo entiende, entiende por qué Oswald se comportó de esa forma? Fue una pena para él que ni los cubanos ni los rusos le creyesen. Y también estuvo a punto de serlo para mí. Al me-

nos, cuando supieron de mi conversación con Oswald, porque al final se acaban enterando de todo, tuve la suerte de que pensarán en mí como un cebo para cazar a cuantos se acercan a lo que realmente ocurrió y me permitieran vivir. ¿Entiende que no me queda otro remedio? Consuélese pensando que al menos supo la verdad antes de morir.

Temblando, la mujer asiente incapaz de apartar la mirada de las dos figuras enfundadas en ropas negras que, tras cerrar la puerta, acaban de entrar en la habitación, del hombre alto que no se ha quitado las gafas oscuras que lleva y, sobre todo, del ser, bastante más bajo, de grandes ojos y tez azulada que sujeta en su mano una aguja hipodérmica destinada a ella.

FIN

Pirámides de barro

Un relato de terror de Virginia S.V. Riesco

Hacía más de dos días que la había estado contemplando desde el otro extremo del secarral de arena, junto a la esquina donde el árbol se junta con el muro azul. La miraba embelusada mientras ella arañaba la tierra hundiendo sus uñas mal cortadas entre los granos de barro, que previamente había humedecido con los restos de su batido de fresa. El surco colorado que la fruta había dejado en sus manos se podía apreciar también sobre su cara, como pequeños mordiscos de picotas que el sudor había ido desplazando desde las comisuras hacia la barbilla, haciendo que su tez pareciera agrietada y colorada, demasiado envejecida para tratarse de una chiquilla de siete años.

Nuria veía cómo aquella extraña niña permanecía doblada sobre sí misma en mitad del parque, mientras los demás corrían a su alrededor sin percatarse de que parecía estar trabajando en algo muy importante. Introducía sus pequeños dedos dentro de un cubilete morado para sacar de su interior una cereza por el rabo, y se la llevaba a la boca mientras seguía escavando. Al cabo de unos segundos, se metía los dedos y agarraba el hueso. Si quedaba algo de pulpa lo chupaba desplazándolo entre los dientes y cuando ya quedaba limpio, lo escupía hacia cualquier dirección con fuerza, volviendo a llevar la mano hacia el bote. Todo esto ocurría mientras, delante de ella, se acentuaba la profundidad de un pequeño foso que aparentaba estar rodeándola y separándola del ejército de huesos rojos que la acechaban desde cualquier punto del perímetro. Pero aquella niña no parecía estar prestándole atención al tamaño del agujero, Nuria ni siquiera habría sabido explicar qué estaba haciendo.

Ella sacaba la tierra en pequeñas cantidades con los dedos, y la iba amontonando en el medio, como si se tratase de una hormiguita que está aprendiendo a construir un hormiguero. Después se limpiaba el polvo en los pantalones y la amasaba dándole forma hacia el cielo. Desde la lejanía, parecía que quisiera construir una gran pirámide de barro con toda la arena que había en el parque. Nuria tiró el envoltorio de su sándwich de queso y levantó la vista hacia el cielo, como si sintiera que algo malo iba a suceder en cualquier momento.

Las primeras gotas que cayeron apenas la rozaron, se precipitaron sobre la arena blanca tornándola de un color oscuro. Ella siguió con los ojos el rastro de puntos marrones en línea recta que se dibujaban sobre el suelo, hasta que su mirada se cruzó con la de aquella niña, quien parecía sentirse cohibida con su presencia, como si hasta ese momento hubiera pensado que estaba sola en el parque. Nuria torció la boca y trató de disculparse temiendo que, al mirarla, hubiera violado de alguna manera ese halo de embrujo que flotaba en el ambiente. Pero sus labios enmudecieron cuando su madre se acercó arrojándola rápidamente con el paraguas.

A medida que la lluvia se volvía más violenta, la muchedumbre infantil que hasta hace unos momentos estaba levantando polvo y arrancando el césped del jardín se fue dispersando. Ella volteó la cabeza en dos ocasiones mientras su madre la arrastraba hacia el portal que estaba justo en frente del parque. El paisaje se encontraba oculto tras una cortina de agua entre la que apenas se podía distinguir la pirámide, junto a la cual se encontraba un contorno en-

corvado de coletas entrenzadas que continuaba minuciosamente su trabajo. Nuria quiso avisar a algún adulto de lo que estaba viendo, no podía dejar que se quedara sola bajo la lluvia, pero su casa se encontraba demasiado cerca y ella, desde que la había mirado a los ojos, no había sido capaz de pronunciar palabra alguna.

* * *

Dentro de su habitación, las luces de la tormenta penetraban entre los tejidos de las cortinas acomodándose en el interior durante algunos segundos que a Nuria se le antojaron eternos. Los ojos abotonados de sus peluches permanecían rígidos sobre las estanterías, contemplando aquella pared que hacía apenas unos minutos había cambiado. Sí, *cambiado*.

Ella permanecía quieta sentada a los pies de su cama, con la espalda apoyada sobre el colchón y las manos entrelazadas delante de las rodillas, mientras escuchaba su respiración entre el vacío y la oscuridad del cuarto. Había entrado corriendo a descalzarse y quitarse los pantalones mojados, cuando advirtió por el rabillo del ojo cómo una vez más, la pigmentación de su habitación se desprendía de las paredes y manchaba todo el suelo con lo que parecían ser ronchones de pintura húmeda.

Ella se había vuelto a quedar petrificada sin comprender muy bien qué estaba pasando, pero consciente de que todo aquello no podía ser normal, mientras el color carmín se escurría a borbotones, haciendo que el parqué pareciera un río de sangre.

—La sangre del monstruo que hay en el armario —pensó en un desesperado intento por darle algún tipo de explicación a ese extraño suceso.

La alfombra verde que apenas cubría la superficie del suelo, empezó a desplazarse hacia la puerta cuando la sangre penetró por debajo de ella. Nuria contempló sus pies descalzos y no pudo evitar soltar una expresión de espanto al descubrir que tenía los dedos manchados. Se puso en pie, haciendo acopio de su valentía, y se

subió a la cama de un salto, mientras la pared se desnudaba ante sus pupilas sin demostrar ningún tipo de pudor. Poco a poco, las mantas y el colchón se fueron empapando de aquel líquido de muerte, mientras ella se arrinconaba en la esquina muerta de miedo.

Unos segundos después, la luz del pasillo arrojó la puerta y penetró en su habitación, delatando la posición de cada objeto. Su padre se encontraba sujeto al picaporte con el gesto serio y despreocupado.

—Es hora de cenar, cariño —le dijo sin percatarse de lo que estaba pasando.

—Papá, —musitó antes de que se fuera —la pared.

—¿Qué le ocurre? —preguntó éste entrando en la habitación y apoyando las manos cuidadosamente sobre la cama. Nuria tragó saliva.

—Está mojada.

Su padre frunció el ceño y se acercó a la que estaba junto al armario, enfrente de su cama.

—¿Te refieres a esta, cariño?

Nuria asintió mientras veía con temor cómo la sangre se escurría salpicando la cara y la ropa de su padre. Él permaneció unos segundos acariciándola y comprobando que no estaba húmeda.

—Aquí no hay nada, tesoro —aseguró. —Está todo bien.

—¿Es que no lo ves? —preguntó ella casi gritando.

—¿El qué?

—La sangre. Está por todas partes —exclamó señalando al suelo completamente pálida.

—“La sangre”, ¿qué *sangre*? —preguntó mirando en todas direcciones. —Aquí no hay nada, cariño. Tu habitación está bien —aseguró y añadió: —Creo que últimamente ves demasiado la televisión. Eso tiene que terminar, señorita. Hoy te vas a acostar pronto.

Ella hizo amago de apartarse cuando su padre se acercó a ella y le puso las manos sobre los hombros manchando así su ropa de rojo, pero

tenía otra pared justo a su espalda.

—Y ahora, a cenar —susurró.

Nuria se quedó contemplando cómo las zapatillas de su padre dejaban pequeñas huellas en el suelo a medida que se alejaba por el pasillo. No quería quedarse a solas en aquel lugar. Se acercó al borde de la cama y apoyó los pies sobre el parqué sintiendo cómo aquel líquido caliente se escurría entre sus dedos.

Atravesó el cuarto con la mirada fija en la puerta de su habitación sin atreverse a contemplar la pared que continuaba chorreando pero, cuando alargó la mano para tocar el resquicio de la puerta, una fuerte corriente de aire empujó las cortinas y se proyectó sobre la madera, cerrando la entrada al instante. Nuria se giró sobresaltada y comprobó que la ventana se encontraba abierta de par en par, haciendo que el agua de la lluvia mojara el radiador que había bajo el alféizar. Sintió miedo e intentó llamar a su madre, pero algo le decía que no debía salir del cuarto. En lugar de ello, decidió acercarse con los pies temblorosos hacia ahí y asomarse al exterior.

Todo cuanto veía estaba sepultado bajo la lluvia. Los edificios que se encontraban enfrente del suyo tenían los ladrillos de los últimos pisos tan mojados que parecían dos grandes esponjas. Entre ambos, más atrás, se podía ver el secarral de arena donde solía bajar a jugar. Los árboles se agitaban con el viento y apenas se podía distinguir las casas que estaban al fondo. Pero en medio de aquella pecera de tormenta, Nuria advirtió cómo la pirámide permanecía firmemente erguida junto al foso, mientras las gotas caían sobre ella acariciando su estructura y descomponiéndola. Nuria clavó las uñas sobre el aluminio de la ventana, como aquella niña las había clavado antes en la arena, sintiéndose impotente ante aquella imagen. Nunca la había podido ver terminar ninguna de sus creaciones. Era como si existiera una fuerza sobrenatural que no le dejara hacerlo, y cada tarde tuviera que volver a amontonar la tierra húmeda del parque. Esa monotonía le hechizaba e intrigaba, pero a la vez le daba mucho miedo.

Apartó rápidamente las manos de la ventana cuando sintió el tacto caliente de la sangre so-

bre ellas. Las otras paredes del cuarto se habían unido a la primera desnudando su color sobre el piso. Nuria advirtió cómo el nivel había aumentado llegando a alcanzar la altura de sus rodillas, mientras su madre la llamaba a gritos desde el salón. Respiró hondo un par de veces intentando no pensar en ello. Odiaba ese olor a glóbulos que se le quedaba impregnado en el paladar. Tosió y avanzó con miedo hacia la puerta mientras reprimía las ganas de vomitar.

Cada vez le costaba más andar. Estaba aterrada. Eso no podía tratarse de un mal sueño, sabía que lo que estaba viendo era real. El sabor de la sangre le salpicaba en la boca cada vez que arrastraba los pies haciéndole degustar su sabor ferroso. Escupió hacia el suelo asqueada. Ya no le importaba que *eso* saliera del cuarto y que pudieran verlo sus padres, tenía que escapar de ahí como fuera. Intentó alargar los brazos para aferrarse al pomo de la puerta, pero tropezó con una doblez de la alfombra y, de pronto, su cara se vio sumergida entre el líquido. Sacó la cabeza al segundo, queriendo llorar asustada. Tenía los ojos manchados y apenas podía ver nada. Se sentó sobre el suelo y limpió sus párpados con los pulgares.

Entonces vio a la niña del parque delante de ella, junto a la puerta.

Se quedó paralizada y gritó llamando a su madre.

Ella apareció inmediatamente en la habitación con un tenedor de madera en la mano que olía a chuletas. Nuria le miró sin saber qué decir. Era la primera vez que se sentía segura desde que había entrado al cuarto. Su madre se agachó y la recogió del suelo sin percatarse del vaivén de la sangre sobre la alfombra. Ella se aferró a su cuello intentando no mirar a aquella niña morena que seguía de pie junto al armario, y dejó que su madre se la llevara en brazos a la cocina.

* * *

El sabor del cordero se mezclaba con el olor de la sangre en su garganta. Nuria tosía de vez en

cuando intentando eliminar la sensación de ahogo que tenía en los pulmones. Su padre se encontraba a su derecha mirando la tele mientras dejaba que el cigarro se consumiera entre sus dedos. Su madre se acercó con una bandeja entre las manos y la depositó en medio de la mesa.

—Deja de fumar en la cocina, Tomás. Mira cómo está tosiendo la niña —le regañó antes de coger la espátula y repartir las patatas entre los tres.

Tomás miró de reojo a su hija y carraspeó apagando el cigarro sobre el cenicero. Nuria no le devolvió la mirada a su padre. Continuó atravesando los trozos de chuleta con el tenedor y restregándolos sobre el tomate mientras su mente se perdía entre la espesura de su cuarto. Estaba escuchando a sus padres hablar de fondo, como si se encontrasen en otra dimensión, cuando levantó la mirada hacia la pantalla.

—Entonces me encuentro con la mujer de Eugenio, —le estaba contando su madre a su padre —la que te dije que había visto en el supermercado el otro día, cuando fui con tu hermana a comprar los dos kilos de patatas; y me dijo que Yolanda, la que le habló aquel día mal de mí a mi jefa, le estaba diciendo a todo el mundo que andaban mucho mejor en la peluquería desde que yo me había ido. Pero resulta que Beatriz, la prima de Sonia, que es mi mejor cliente, le dijo a la jefa que la nueva peluquera no le gustaba en absoluto, y que quería saber si yo estaba trabajando por mi cuenta. ¿Te lo puedes creer, *Tomí*? ¡No se pueden apañar sin mí!

—Tienes razón —musitó él distraído.

—Debería entregar mi currículum al local de al lado. Me ha dicho Santiago, el chico que trabaja en la panadería, que es homosexual, que su novio ha alquilado ese antro y va a abrir otro salón de belleza. Igual necesita a alguien con experiencia —pensó en voz alta. —Ya verás la cara que va a poner Yolanda cuando vea que le voy a quitar a todas sus clientas, ya verás.

—Deberías hacerlo.

—Sí, el lunes bajaré a hablar con él —concluyó cogiendo una chuleta entre los dedos.

Nuria apenas les prestaba atención, estaba mirando a una esquina de la pared donde hace unos segundos había vuelto a aparecer aquella niña. Ella la miraba de manera fría, como si no pudiera percibirla, como si se encontrase muy lejos de ahí. Entonces, el tenedor se escurrió de entre sus dedos y rebotó contra el plato causando un estruendo agudo y desagradable que sobresaltó a sus padres. Ambos la miraron sorprendidos. Nuria quiso excusarse, pero no pudo.

Aprovechando ese momento de distracción, la niña alargó su mano hacia el televisor y presionó los botones del mando tan rápido que apenas llegaron a aparecer las imágenes. Unos canales después, ella retiró el dedo y en la pantalla apareció el busto de una presentadora del telediarrio. Su padre volvió la vista hacia ahí y subió el volumen.

—...la policía sigue sin encontrar a la niña de siete años que desapareció el mes pasado en Pozuelo de Alarcón, junto a la estación de Renfe —anunció la mujer. —La familia de la desaparecida pide colaboración por parte de todos los vecinos y ruega que avisen a la policía si han visto algo...

—¡Eso es una vergüenza! —exclamó su madre. —A saber qué estarían haciendo esos padres para perder de vista a una niña tan pequeña.

—Eso no es culpa de los padres, Carmen. Si se pierde, o se la lleva alguien, no hay nada que hacer. La gente es muy hija de puta —contrarrestó él.

—No hay manera de defender esto, *Tomí*. A saber qué le estarán haciendo a la pobre, no quiero ni imaginármelo. Mira la foto, —exclamó señalando al televisor —tiene más o menos la misma edad que *Nuri*. ¡Santo cielo, qué horror!

Nuria permaneció callada durante todo ese tiempo mirando a la esquina donde antes había visto a aquella niña, pero ahora ya no había nadie.

—Nuria, cielo, si ya has terminado de cenar será mejor que te vayas a dormir —le ordenó su padre mientras su madre contemplaba la pantalla mordiéndose los padrastrós.

Ella arrastró la silla hacia atrás y salió de la cocina sin prestar atención a la discusión que estaban teniendo. Era demasiado pequeña para comprender por qué la noticia les había alarmado tanto. Pensaba que había cosas más importantes en ese momento.

* * *

Los gritos de los niños inundaban todo el parque enmudeciendo el vaivén de las ramas con el viento. Nuria se había abrigado hasta la barbilla escondiendo el labio inferior por detrás del borreguillo, y se había acercado con paso lento pero decidido hacia el montón de arena donde seguía jugando aquella niña.

Se quedó unos segundos en silencio contemplando la habilidad que tenía de amontonar la tierra preguntándose si alguna vez llegaría a construir pirámides de barro tan altas como aquella.

—Hola —saludó por detrás del abrigo.

—Hola —contestó ella sin levantar la vista del suelo. A Nuria le invadió un escalofrío.

—¿Qué hacías ayer en mi habitación? —se atrevió a preguntar después de varios intentos.

—No sabía que fuera tu cuarto —se excusó ella con una voz apagada y sorda mientras introducía el meñique entre la arena del montón.

—¿Qué haces con la tierra? —preguntó Nuria y se arrodilló a su lado.

—Una montaña.

—Eso ya lo veo, pero ¿para qué sirve? —la niña se encogió de hombros. —¿Cómo te llamas? —insistió.

—Sofía.

—Yo soy Nuria.

Sofía levantó la mirada por primera vez y le clavó las pupilas en el rostro.

—¿Quieres ayudarme? —preguntó.

Nuria quiso correr, pero en lugar de eso asin-

tió. Alargó la mano hasta el foso y cogió un puñado de tierra tal y como le había visto a hacer a ella tantas veces. Después lo estampó contra la base de la pirámide y le dio unos ligeros golpecitos para que se fijara bien.

—No lo haces tan mal —observó Sofía y ella sonrió.

—¿Dónde vives tú? —preguntó Nuria con curiosidad. No recordaba haberla visto nunca por el barrio.

—Aquí —dijo ella señalando al montón de tierra.

—¡Anda ya, cómo vas a vivir en la pirámide! —se rió.

—No. Yo vivo aquí abajo —especificó, y la miró directamente a los ojos. Nuria le retiró la cara asustada.

—¿Bajo el suelo?

Sofía asintió con el rostro ensombrecido. En ese momento, Nuria notó cómo las primeras nubes oscurecían el parque y cómo las gotas comenzaban a caer a lo lejos. Vertió el puñado de tierra al suelo sin querer.

—¿Eres la niña que están buscando, verdad? —le preguntó recordando la noticia de la noche anterior con un nudo en el estómago.

—Estoy esperando a que vengan a buscarme —dijo ella asintiendo. Nuria la miró con compasión sin saber muy bien qué debía hacer. —Quiero construir la torre de arena más alta del mundo, como solía hacer cuando jugaba con mi padre, para que la vean y sepan dónde estoy.

—¿Por qué no vas a buscarles?

—Porque no sé cómo llegar a casa —Sofía le miró. —Eres la primera niña que veo desde hace muchos días.

Nuria escuchó aquellas palabras tomando aire lentamente.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó al fin. —¿Por qué viniste a mi cuarto?

—¡Yo no quería ir ahí! —gritó Sofía. —¡Preten-
día volver a mi casa! Pero cuando lo intentaba,

a la única persona que conseguía ver era a ti y sin querer me iba contigo. No sé qué me está pasando.

Sofía se tapó los ojos con las manos sucias y se echó a llorar. Nuria se arrimó a ella conmovida y le posó la mano sobre el hombro con recelo. Por un lado sentía pena por aquella niña, pero por el otro, había algo en su interior que le empujaba a marcharse de ahí. Quizá todo aquello no fueran más que imaginaciones suyas y realmente no hubiera nadie en el parque. Su madre siempre le había dicho que tenía mucha imaginación para crear cosas y verlas aunque no existieran. Sintió cómo ella sollozaba entre sus brazos y no dudó en pensar que aquel llanto, aunque ella fuera pura invención, parecía muy sincero.

—Entonces, ¿no puedes recordar nada? ¿No sabes por qué no estás con tus padres ni por qué duermes ahí abajo?

Sofía levantó la cabeza lentamente y Nuria se arrepintió al momento de haber preguntado tal cosa. Los ojos de la niña se quedaron fijos sobre los suyos absorbiendo toda su consciencia.

Al instante, Nuria se vio a sí misma en medio de una calle poco transcurrida en la que nunca había estado. Sus pies se elevaban sobre el suelo como si estuviera caminando en un sueño. El entorno apenas se podía distinguir bien, tan solo se percibía de fondo el sonido de las vías del tren. Reconoció una verja a lo lejos, junto a los setos, y unas canastas de baloncesto sin red. Nuria se quedó quieta en medio de la acera intentando averiguar dónde se encontraba. Desde un punto muy lejano, escuchó la voz de su padre llamándola como un eco interminable. Nuria se giró hacia él sonriendo. El corazón le dio un vuelco de emoción y no dudó en apresurarse para alcanzarle, mientras él continuaba su camino unos metros más adelante. Pero, cuando apenas había avanzado un par de pasos, sintió cómo algo la sujetaba con fuerza por los brazos y la elevaba del suelo.

Intentó gritar pero tenía un paño presionándole tan fuerte los labios que apenas podía res-

pirar. Movi6 la cabeza de lado a lado mientras sentía cómo le empezaba a salir sangre de la nariz, y agitó los pies hacia atr6s sin ser capaz de ver qui6n la estaba amarrando. El coraz6n le latía con fuerza y tena ganas de llorar.

Vio impotente c6mo su padre se alejaba por la acera mientras ella se perdía entre los coches. La imagen de la calle se tornaba cada vez m6s oscura y, a medida que pasaba el tiempo, le costaba mucho m6s tomar oxígeno. Despu6s, todo empez6 a girar sobre ella y no pudo evitar que se le cerraran los p6rpados.

* * *

Abri6 los ojos sobresalt6ndose. Los recuerdos de aquella visi6n todavía colgaban de entre sus pestañas. Se frot6 la cara con las manos y mir6 en derredor. Sofía haba desaparecido de su lado y la lluvia se estaba acentuando m6s r6pido que otros días, haciendo que la arena del suelo se embarrase y manchara sus zapatillas. Ella entorn6 los ojos asust6ndose. No quedaba nadie en el parque y tampoco lograba ver a su madre.

—¡MAMÁ! —grit6 desgarr6ndose la garganta al tiempo que se llevaba las manos a la boca para que su voz se oyera m6s fuerte.

—No creo que pueda oírte —escuch6 que decía una voz grave y sonora desde alg6n rinc6n de su mente. —Est6s en la pir6mide.

—“¿D6nde?” —quiso preguntarle a Sofía, pero apenas fue capaz de hablar.

Permaneci6 r6gida durante unos instantes sin comprender del todo bien sus palabras. Alz6 la vista hacia el cielo. Las gotas de lluvia caían sobre su frente nubl6ndole los ojos y el viento se haba intensificado tanto que haba empezado a arrastrar gran parte de la arena con 6l. Levant6 un pie y lo puso delante del otro con dificultad, mientras se tapaba el rostro con la capucha y llamaba a su madre. Pero por m6s que anduviera en direcci6n a su casa, tena la sensaci6n de no haber avanzado ni un solo paso. Se detuvo durante un momento reprimiendo un llanto de an-

gustia y observó lo que tenía a su espalda.

Se le encogió el estómago. Tenía que tratarse de un mal sueño.

Detrás de ella se elevaba de manera majestuosa la pirámide de Sofía que ahora era tan alta como un volcán. Nuria se quedó atónita. Le resultaba imposible de distinguir su cumbre entre la tormenta. No pudo evitar echarse a llorar sintiendo cómo le invadía la necesidad de desmayarse. Eso no podía ser real. No lograba comprender qué había sucedido.

Como si pretendiera responder a todas las preguntas que estaban surgiendo en su atropellada cabeza, Sofía, que seguía manteniendo su tamaño normal y se encontraba sentada junto al montón de tierra, le habló con tristeza haciendo que su voz resonara dentro de su mente.

—No quiero permanecer enterrada bajo el suelo de este parque sin tener a nadie con quien jugar.

Nuria abrió la boca, pero tan solo consiguió esbozar una mueca de espanto. Carraspeó. Sabía que iba a perder el sentido en cualquier momento.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó al borde del pánico.

—Solo necesito —continuó Sofía con una sonrisa caprichosa sin hacerle ningún caso —una amiga que me ayude a construir esta montaña de barro mientras espero a que alguien me encuentre ahí abajo.

Nuria se llevó la mano hacia el pecho. Sentía que le faltaba el aire. Su mirada diminuta se dirigió de forma inconsciente hacia la ventana de su terraza, la cual apenas podía verse desde ahí. Casi podía imaginar a sus padres buscándola por el parque, alarmados. No podía apartar de su cabeza esa sensación de impotencia al pensar que, quizá, no les volvería a ver. Estaba prisionera.

Cerró los ojos mientras su cuerpo, tan pequeño y delgado como un lápiz, se desvanecía lentamente sobre el montón de arena, al mismo tiem-

po que la lluvia deshacía la pirámide.

—Jamás podrán encontrarme —se dijo a sí misma mientras caía, comprendiendo que nadie sería capaz de ver aquella señal aunque la tuvieran delante.

FIN

Si te ha gustado el relato puedes seguir a Virginia S.V. Riesco en [su blog](#).



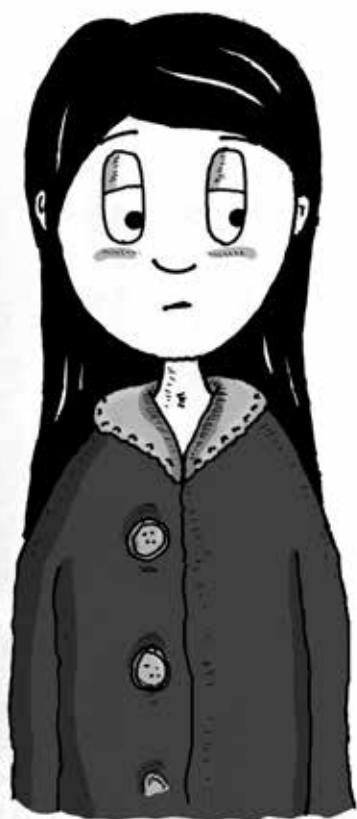
La niña. de OJOS tristes

Un cuento gráfico de Óscar Torres Gestoso
basado en un micro-relato de Ángeles Mora

LA NIÑA DE OJOS TRISTES

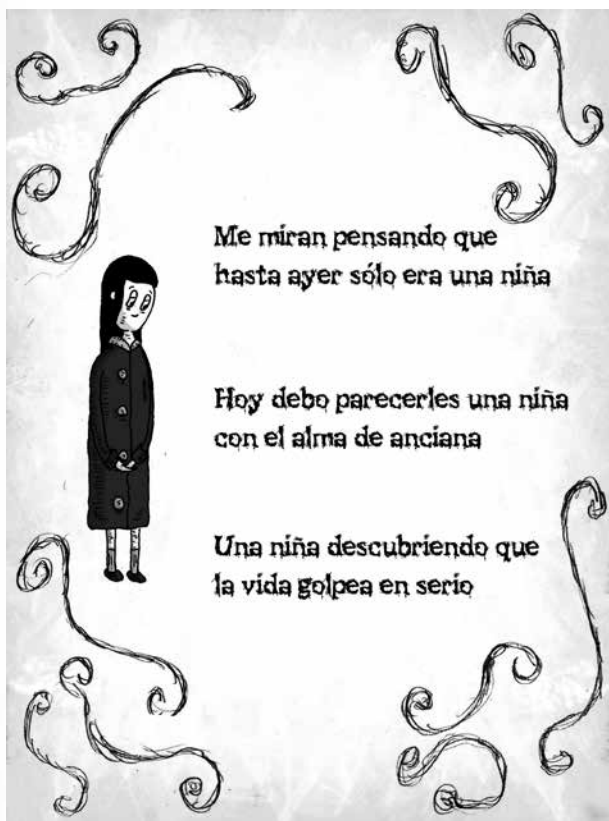
Texto: Ángeles Mora

Dibujo: Ósk



Vestir de luto me
hace sentir extraña
...
como si siempre
hubiese sido cosa
de adultos







¿Lo ves mamá?
Nadie ha preguntado por qué lo hice



El capricho de un Dios

Un relato de fantasía de Richard Montenegro

Cuando la risa del cielo toca al río, este crece y anega la selva reclamando lo que por derecho le pertenece. La orilla del río se difumina y desplaza convirtiendo la selva en campo de juegos para los seres acuáticos. Los caribes saltan y arrancan los frutos de los árboles gigantes. El río ahora es el agua grande.

La tonina retoza entre los árboles mientras los hombres navegan en silencio escuchando la antigua historia que ella les contaba a sus antepasados.

El río recuerda cuando solo estaban él, el cielo al que trataba de tú a tú, y los Dioses que revoloteaban sobre sus aguas y que no se ocupaban de la tierra porque esta no existía.

Los Dioses vivían en palacios nubosos observando el reflejo de estos en el impetuoso río. Su tiempo lo invertían en refriegas en donde se arrojaban rayos y truenos y entre el fragor de sus luchas nacían los cocuyos danzantes que pasaban a habitar el cielo.

Al más pequeño de los Dioses, ese que nació un poco después de la Eternidad, no le permitían luchar, porque no era tan ágil manejando el rayo y solo tenía dos brazos y una sola faz, así que para no aburrirse él se deslizaba entre las nubes y trataba de domar los ariscos vientos para cambiarles el nombre, algo que a ellos no les gustaba en lo más mínimo. A veces él se deslizaba en las potentes e imprevisibles corrientes del río mientras la tonina le mostraba las diversas piruetas que ella manejaba a la perfección. Con su risa turbulenta ella también le mostraba los diversos secretos que el río guardaba y que a veces ni este mismo conocía.

Una vez él más pequeño de los Dioses, a pesar de los ruegos y advertencias de la tonina, osó tratar de domeñar, cabalgando, al raudo río, encabritándose este de manera tal que llegó a desplegar sus alas para volar. El jinete se retorció y caracoleaba entre los fuertes vientos, que no desaprovecharon la oportunidad de desquitarse de tan traviesa divinidad golpeándole por donde podían. Y el Dios más pequeño casi se queda haciéndole compañía eterna a los cocuyos danzantes. Quedó magullado y con varios rasguños en su divina presencia gracias a la golpiza de los vientos y las escamas y garras del río. Tuvo mucha suerte de no recibir una mordida y se convirtió, muy a su pesar, en el hazmerreír de los Dioses mayores. El más pequeño de los dioses decidió no revolotear sobre las aguas hasta que el enojo del río amainara, que le veía desde el fondo con sus verdosos y oscuros ojos.

Luego de esta correría celeste el Dios más pequeño se durmió y tuvo algo que los Dioses nunca habían tenido: Un sueño. Vióse nadando hasta el fondo del poderoso río. Encontrándose con un material blando y fresco al tacto, agarró un poco y subió al cielo donde se durmió. Y soñando dentro del sueño, él mostraba ese poder realmente único que ni el más viejo de los Dioses había desplegado sobre el mundo. Despertó de ambos sueños y asomándose a través de las nubes, se preguntó si existía tan raro material. Silbó la llamada de su predilecto compañero de juegos. Surgiendo ella, tan blanca como una nube al mediodía para escuchar su pedido. El más pequeño de los Dioses le pidió que llegara a lo más profundo del impetuoso río sin orillas para saber si existía tal portento, ya que debido

a su última incursión si él trataba de acercarse al río lo más probable era que terminara haciéndole compañía a los cocuyos por toda la eternidad. La tonina accedió a su pedido a regañadientes, ya que no sabía cómo reaccionaría el agua grande ante tan diligente pesquisa. Sumergiéndose, ante la oculta mirada del agua sin orillas, cada vez más profundo con cada aleteo de su cola en búsqueda de un capricho divino. Buscó en los sitios usuales y preguntó a diversos transeúntes como la anguila eléctrica, la de centelleante sonrisa, pero no pudieron decirle nada importante y a la larga tampoco pudo hallar nada.

La tonina emergió y llamó a su compañero de juegos. Él salió de su nuboso palacio con una gran expectativa que se convirtió en desilusión al escuchar el mensaje de su amiga. Él tomó su tabla y salió a deslizarse entre los vientos para despejar su cabeza y para domesticar alguno de esos vientos que le habían golpeado. Ellos ahora saborearían la desilusión de un Dios. Al llegar a su palacio el sopor se apoderó de él viviendo de nuevo el extraño sueño de descubrimiento de tal portento. Se despertó exaltado y nuevamente llamó a su compañero de juegos. La tonina brotó del agua grande y escuchó otra vez el pedido de su amigo. Ella le dijo que esa búsqueda era vana y que era mejor que se dedicara a domesticar vientos. Pero el más pequeño de los dioses insistió y suplicó de tal forma, que la tonina accedió nuevamente a realizar esa extraña búsqueda. Se internó en el río mientras ella sentía como los ojos de este se posaban sobre ella.

En su búsqueda afanosa encontró entre las algas al cangrejo rojo, le preguntó por tan rara substancia y este le respondió casi en un susurro, no sin antes ver en todas direcciones, que la desconocía pero que quizás el caracol sabía de ella. También le dijo que tuviera cuidado porque el río les había ordenado a muchos de sus hijos que la espieran. La tonina con mucha precaución salió en busca del caracol sintiendo como los ojos del río la seguían. Después de mucho nadar percibió de manera súbita como un enjambre de ojos se posó en ella para después escuchar como un aleteo frenético surgió de la oscuridad. Las fauces llenas de brillantes dientes de los caribes

se abalanzaban sobre ella y haciendo cabriolas en el agua la tonina escapó de esa mandíbula multitudinaria; pero los caribes seguían tras ella así que se vio obligada a nadar con más fuerza. A lo lejos pudo ver con dificultad unas familiares corazas que flotaban durmiendo con placidez. Al llegar golpeó cada coraza durmiente que con mucha molestia abrieron sus verticales ojos y con furia desplegaron sus mandíbulas. Así los caimanes diezmaron el enjambre de caribes con poderosas dentelladas.

La tonina pudo escapar de este ataque pero no sin heridas, algunos colmillos habían desgarrado su piel. Ella siguió con su búsqueda dejando finos hilos carmesí que hacían caprichosa formas bajo el agua antes de desaparecer. Y después de mucho nadar pudo hallar al caracol en su típica y acompasada caminata. Con cansancio le preguntó por el capricho del más pequeño de los Dioses y él, con típica parsimonia, le dijo que lo podría hallar en cierta gruta más allá del bosque de algas verdiazules; pero que llegar hasta esa rara substancia no sería fácil, que ella tendría que perder algo para poder ganar. Ella dudó por instantes, pero ella siempre cumplía sus promesas así que se encaminó hacia la gruta. Al llegar a ella, vio que su entrada era algo estrecha, pero eso era lo de menos. La estrecha abertura era la boca de un monstruo con cuatro mandíbulas. Tuvo miedo pero no se amilanó, entró en la boca del monstruo con gran rapidez esquivando con gran dificultad las enormes quijadas, rozando las paredes de la garganta del leviatán con su blanca piel hasta que encontró lo que buscaba: el capricho de un Dios. Tomó un poco con su trompa, y con mucho cuidado procuró salir del vientre de este monstruo. Ya conocía el camino pero de improviso el túnel se comenzó a llenar de filosos dientes de cuarzo, ella nadaba sorteando con agilidad esos cortantes obstáculos hasta que cercana a la salida de las entrañas de este monstruo sintió como su aleta dorsal era atrapada por unos dientes de cuarzo mientras las paredes comenzaban a acercarse. Recordó lo dicho por el caracol: para ganar algo tenía que perder, nadó con fuerza hasta que con dolor inédito sintió como su aleta se desprendía de su espal-

da. Débil y cansado emergió a la superficie del impetuoso río sin orilla que veía al cielo. Silbó llamando al Dios más pequeño mostrándole la substancia en su trompa como prueba. El domador de vientos tomó la extraña substancia entre sus manos, vio las heridas de su amiga, tomó un poco de la substancia y la untó en el lastimado cuerpo. El domador de vientos se cortó con las astillas de los dientes de cuarzo mezclándose la sangre del Dios y de la tonina. Las heridas de la tonina sanaron pero ahora ella tenía el color del capricho de un Dios y ya no tenía aleta dorsal.

El Primer Soñador le dio como recompensa la posibilidad de compartir su sueño. Luego llamó a los demás Dioses y todos los palacios nubosos se amontonaron en uno y de ese grandioso remolino de poder salieron muchos brazos a hundirse al impetuoso río que se estremecía de dolor. Sacando a la Tierra para que el Cielo la viese por primera vez y desde ese momento el impetuoso río comenzó a tener orilla y sus hijos se desperdigaron en las cuatro direcciones. La Tierra toda era arcilla que se llenó de pequeños y grandes ríos.

El Primer Soñador, le contó a sus Hermanos, a estos les llegaron sueños y comenzaron a moldear el barro para hacerlos realidad. Hicieron montañas, llanuras y mesetas. También los Dioses comenzaron a moldear seres diversos que pasaban a habitar el cielo, las aguas y la tierra. La tonina le susurró una hermosa canción y el Soñador primigenio tomó un poco de arcilla y modeló a una estatuilla semejante a él con dos brazos y una sola faz donde se unieron la sangre de un Dios con la de su compañero de juegos. La tonina le dijo al Dios más pequeño que debía hacer otra estatuilla porque ellos siendo dos serían uno a pesar de ser diferentes tal como son el rayo y el trueno que siendo dos son uno. Pero las estatuillas no tomaron vida, el soñador quedó perplejo y la tonina le dijo que la llave de la vida era la risa. Así que sonriendo él le hizo cosquillas a las estatuillas de barro y por primera vez, en el mundo, una sonrisa nació en el rostro de la mujer y luego en el rostro del hombre, que llenaron con su risa el espacio virgen, y poco después ellos también comenzaron a soñar.

La semilla del mundo era el secreto mejor guardado por el río, por eso la tonina es del color de la arcilla húmeda y no tiene aleta en el lomo, y la mujer y el hombre pueden soñar y sonreír como los Dioses. La tonina es uno de los ancestros de los hombres y es el mensajero de los Dioses. Cuando un hombre muere su espíritu se transforma en tonina y nadando por el río asciende hasta el cielo donde su risa es pesada para ver si es más ligera que el suspiro de los vientos y si es así ese hombre jugará con los Dioses por toda la eternidad.

Esta es la canción que la tonina les ha contado a nuestros ancestros desde que el gran río tiene orilla y esa es la canción que los hombres les cantan a sus hijos antes de entrar en el mundo de los sueños, esa ventana al hogar de los Dioses.

FIN

Si te ha gustado el relato puedes seguir a Richard Montenegro en [el blog del Grupo Li Po](#)



Eddan y Kiri

Una serie de aventuras de Isabel Cisneros

«Eddan y Kiri» es una serie mensual de relatos ambientados en las aldeas de la Europa medieval dónde esta pareja de pillos corre sus peculiares aventuras.

El gato

El comedor era frío y aburrido. Las niñas comían los guisos que las monjas preparaban y servían metódicamente, sentadas en los bancos, en silencio. Una de las hermanas más viejas rezaba sin que las muchachas prestasen la menor atención, ocupadas como estaban en intercambiar miradas furtivas y cuchicheos. La chica nueva, que había sido aceptada en el convento ese mismo día, era el centro de la curiosidad. Comía con gran apetito y sus modales les hacían gracia, provocaba miradas de reproche en las monjas cada vez que pasaban a su alrededor y ellas se concentraban en contener la risa.

Kiri estaba sentada en su sitio habitual. Siempre que se escapaba era entregada tarde o temprano al convento por alguien que la encontraba deambulando por los bosques o las aldeas. Intentaba mostrarse indignadísima, pero allí, sentada con sus dos compañeras de cuarto, siempre terminaba cediendo a la diversión. Y la situación no era para menos.

—Entonces mandó a la gente que se acomodara en la hierba —leía la monja—. Tomó los cinco panes y los dos peces, levantó los ojos al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y los dio a los discípulos y los discípulos a la gente. Comieron todos hasta que quedaron satisfechos, y de los trozos que sobraron recogieron doce cestos llenos. Los que comieron eran unos cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños.

—Pues si llega a estar la nueva, aún estaría Jesús haciendo panes y peces... —murmuró una

niña. Una risa contagió a otra, y otra a otra, y al final todas las niñas del comedor rompieron a reír.

—¡Silencio! —clamó la madre superiora—. ¡Este no es lugar para el jolgorio! ¡Y tú! —señaló con su bastón a la nueva—: ¿Acabas de llegar y ya estás llamando la atención? Yo misma me encargaré de enseñarte modales.

—Venga ya —contestó la chica—, si no he hecho nada.

—¿Encima contestona? —La monja se levantó y caminó con dificultad hasta ella—. Hermanas, retiradle el plato y no le deis de comer hasta que sepa hacerlo como una persona.

—¡Qué injusticia! No me extraña que estéis tan amargadas aquí —se indignó la nueva—, seguro que llevas por lo menos cien años sin sonreír.

Las risas estallaron y el bastón de la mujer surcó el aire para golpear sonoramente la mesa. La chica había esquivado el golpe antes de salir corriendo. Irma, una de las monjas más jóvenes, corrió tras ella.

No fue tarea fácil conseguir que las niñas volvieran a guardar silencio. La única diversión que tenían aquellas muchachas era jugar con los gatos de los jardines, no todos los días asistían a un escándalo como aquel y el espíritu jovial de las muchachas no podía reprimirse con cuatro amenazas de una «vieja refunfuñante», como la

llamaban. Kiri reía sin pudor alguno, divertida al fin tras una nefasta semana. Siempre intentaba escaparse y lo hacía cuando encontraba la ocasión, sí. Se enfadaba al volver al convento cuando era capturada, también. Pero en el fondo aquel era su único hogar y allí tenía a sus amigas.

Cuando terminaron de comer fueron llevadas a sus habitaciones para que se calmasen los ánimos antes de volver a los quehaceres rutinarios.

* * *

—Alguien se acerca por el pasillo —dijo Claudia, levantándose de su camastro para acercarse a la puerta.

Kiri y Sarah se incorporaron también para ver de quién se trataba. Abrieron con delicadeza la puerta y asomaron sus tres pequeñas cabezas.

—La vuelven a traer —rió Kiri—, no ha conseguido escapar.

—Cuidado, vienen hacia aquí.

Las tres niñas corrieron hasta sus camas y se hicieron las dormidas. La puerta se abrió y la hermana Irma entró con la nueva.

—Quédate aquí, Teófila —le dijo con amabilidad—, en esta habitación sobra una cama y tus compañeras te acogerán de maravilla. Antes se han divertido mucho contigo —reprendió a las chicas a sabiendas de que estaban despiertas, aunque se notaba un ligero tono divertido en su voz—, así que seguro que os hacéis buenas amigas.

Tras despeinar con complicidad a la muchacha salió de la habitación y cerró la puerta. Pese a que las habitaciones permanecían siempre abiertas, esta vez sí sonó una llave en la cerradura.

—Ya te vale —dijo Kiri—, por tu culpa nos han encerrado.

—Yo no tengo la culpa de nada, ha sido esa vieja bruja la que ha empezado.

—No la llares así, seguro que te escucha, dicen que es una bruja de verdad.

—Sí, claro —contestó la nueva—. A otro perro

con ese hueso, no me vas a engañar por segunda vez.

—¿Qué...? —la muchacha ladeó la cabeza— ¿Eddan?

—El mismo. Gracias por esperarme para comer. —El muchacho mostró la mejor de sus sonrisas, hizo una reverencia teatral y la peluca terminó por caerse al suelo.

—¡Un niño! —se asombraron Sarah y Claudia, dando un paso hacia atrás.

—Callaos, leñe, que os nos van a descubrir —contestó el muchacho, pidiendo calma con las manos y poniéndose apresuradamente la peluca de nuevo.

—Dirás que te van a descubrir a ti —replicó Kiri sin salir de su asombro—, nosotras no hemos hecho nada. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—Pues verás, tenía hambre y me pareció una buena idea venir a saludarte —asintió él.

—¿Una buena idea? —Abrieron los ojos de par en par— Tú estás fatal. Como venga...

—«...la bruja te vas a enterar» —Eddan terminó la frase de forma burlona.

—Sí, idiota, te vas a enterar. Tú no la conoces.

—Ni falta que me hace —rió una vez más mientras se sentaba en su nueva cama.

—No pensarás que vas a dormir aquí con nosotras —intervino Sarah, con el ceño fruncido.

—Nah, en cuanto pueda me marchó.

Kiri suspiró, nada convencida.

—Tu sabrás.

—Pues eso.

* * *

Pasaron las horas y la puerta seguía cerrada. No habían venido a por ellas para los rezos de la tarde, y tampoco para las clases que daban antes de cenar. Por la ventana se filtraban los rayos anaranjados de la tarde, pronto se haría de noche. Estaban quedándose dormidos cuando se

escuchó la llave girar. Las tres niñas y el chico se sobresaltaron y miraron desde sus camas hacia la puerta que se abría. Una mujer entró en la habitación, una mujer vieja. Guardaron silencio esperando a saber qué quería.

—Tú —la madre superiora señaló a «la nueva»— ven conmigo.

—¿Dónde?

—A tus clases —le sonrió sin ninguna simpatía.

El muchacho se incorporó alisándose el vestido y mostró a Kiri la sonrisa del «no pasa nada». Ella frunció el ceño.

* * *

La estancia donde impartían las clases estaba vacía, ya debían haber terminado. Eddan pensó que como era «nueva» allí seguramente le querría dar unas clases particulares para ponerle al día, pero al pasar de largo y encaminarse a unas escaleras empezó a sospechar que no iban a ningún aula.

Subieron los escalones con la única luz de la lámpara que llevaba la monja. No escuchaba el más mínimo ruido, parecía que en aquella zona no había nadie más y sintió un escalofrío. El bastón de la monja retumbaba en la oscuridad a cada paso lento que daba la vieja. Cuando llegaron a la puerta del final del corredor, la madre superiora la abrió y metió de un brusco empujón a «la nueva» en la oscura habitación.

—Bien... bien... —dijo entrando y cerrando la puerta tras de sí—. Así que soy una bruja, ¿verdad?

* * *

Kiri se despertó con las luces del amanecer. Sobresaltada, se percató de que se había quedado dormida. Miró las demás camas y encontró a Sarah y Claudia durmiendo en ellas, pero la cuarta estaba vacía: ¡Eddan no había regresado!

Se incorporó de un salto y corrió hacia la puer-

ta, estaba abierta. Pero cuando la abrió para salir al pasillo chocó frontalmente con el cuerpo de la madre superiora.

—¿Dónde te crees que vas tan temprano? —preguntó la monja amenazante.

—Teófila no ha regresado —murmuró Kiri recordando el extraño nombre que se había puesto Eddan—. ¿Se encuentra bien?

—Se ha marchado del convento. Esa niña no estaba hecha para la vida de paz que aquí ofrecemos.

—¿Ella también se ha ido? —preguntó Claudia asombrada—. Ya son cinco las que se van sin despedirse.

La monja volvió sus ojos marchitos hacia la que había hablado y dibujó una desagradable mueca de hastío.

—Hay muchas niñas malas que no tienen cabida en un convento —dijo—. ¿Vosotras también lo sois?

Las miró una a una y todas se estremecieron.

—No, madre —dijo Claudia casi en un tembloroso susurro—. Nosotras no somos malas.

—Bien —asintió la vieja—, me alegra escuchar eso. Ahora vestíos y bajad a desayunar.

* * *

Kiri caminaba pensativa por el pasillo oscuro y frío. Se había vestido, como había ordenado la madre superiora, pero no se encaminaba hacia el refectorio, sino hacia las escaleras por donde había visto marchar a Eddan con la madre superiora la noche anterior. Sabía que se iba a meter en un lío, pero estaba preocupada por su amigo. Llegó a la puerta del final del corredor e inspiró algo de valentía antes de abrirla.

El interior estaba oscuro y silencioso, no había rastro de la vieja, por lo que se adentró en la habitación y cerró la puerta una vez dentro.

—¿Eddan? —preguntó sin alzar la voz. No halló respuesta.

Se encontraba en una especie de despacho lleno de papeles y estanterías con libros. Dio un par de pasos más hacia un escritorio y se asomó detrás para comprobar que no había nadie más allí. Un ruido sobre ella le sobresaltó y sin tiempo a poder girarse algo le golpeó en la cabeza.

—¡Ay! —exclamó cuando el libro que le había golpeado cayó al suelo.

Miró hacia las baldas superiores de la librería y allí vio su agresor: un pequeño gato negro caminaba por el mueble tirando los libros que encontraba a su paso.

—¡Oye, gato! ¡Me has hecho daño! —le riñó en voz baja—. ¿Qué haces ahí arriba?

El gato la miró y saltó al escritorio. Kiri, sorprendida, dio un paso hacia atrás, tropezó con la silla y acabó de espaldas en el suelo. Desde allí podía ver al gatito asomarse desde la mesa, con intención de saltar sobre ella.

—¡No! ¡Déjame!

Pero el gato saltó y cayó sobre la muchacha con su minúsculo peso y comenzó a pellizcarle la ropa para llamar su atención.

—Ey, oye, no hagas eso que la vas a romper y luego me la cargo yo. —Se puso en pie con el gato en brazos y suspiró—. En fin, vámonos de aquí.

Se dio media vuelta para encaminarse hacia la puerta y el gato comenzó a maullar.

—Calla, nos van a escuchar.

—Kiri, ¡soy yo! —escuchó la voz lejana de Eddan y se frenó en seco.

—¿Eddan? —buscó a su alrededor— ¿Dónde estás?

—Soy yo —contestó—, ¡el gato!

La muchacha miró al animal y este maulló en sus brazos. Pero, sin embargo, algo llamó su atención en la pared. Había comenzado a escuchar la voz de Eddan al pasar frente a un espejo, y cual no sería su sorpresa al ver que en el reflejo en lugar del gato tenía al chico en brazos, que apartó las manos del animal y este cayó al suelo.

—¡Me cago en la leche! —se quejó el reflejo de Eddan a la par que el gato maullaba—. ¡No me

tires!

La niña estaba confundida y no sabía a cual de los dos mirar. Anduvo hacia el espejo y el gato fue tras ella. Al otro lado Eddan la miraba.

—La vieja es una bruja, una bruja de verdad —intentaba explicar nervioso—, ¡me ha convertido en gato!

—Yo te sacaré de aquí.

—¡Así no! No quiero ser un gato.

Kiri miró ahora al gatito que tenía a su lado, maullaba agradablemente.

—Casi te prefiero así —bromeó.

—Déjate de chorradas —gruñó el reflejo del chico—, detrás de la librería hay una puerta secreta, allí la vieja me metió en un caldero y me convirtió en esto. Tienes que volverme a meter allí.

—¿Con eso bastará? ¿Tú que sabes?

—Recitó unas palabras mágicas, tienes que decir las cuando esté dentro del caldero.

—Vale ¿Abracadabra?

—¡Venga ya! Estoy hablando en serio. Eran... —quedó pensativo—. Creo que eran... *irdalia neresia grotesque gatesque*, o algo así.

—¿Seguro?

—No lo sé, ¡ve y prueba!

—Vale

Kiri entonces cogió al gato en brazos y empujó la librería. Ante ella se abrió una nueva sala, esta vez más grande, repleta de objetos asombrosos e iluminada por la lumbre de una chimenea enorme que contenía un gran caldero negro. En su interior había un líquido verde burbujeante y una gran cuchara.

—¿De verdad quieres que te meta ahí? —le dijo al gato.

—Miau —asintió. Lejos del espejo no podía ver al reflejo del muchacho, y por lo tanto tampoco escucharle.

—Está bien, como quieras, gatito.

Metió al animal en el caldero y una vez dentro

comenzó a mover las patas para intentar nadar en aquel mejunje.

—¡Miau! —apremió.

—Vale, vale... ehm... *irdalia... neresia... grotesque... fortesque...*

¡Fump! Una pequeña explosión de humo en el caldero y el gato cambió de figura. La niña gritó al ver que en lugar de Eddan aparecía un extraño ser esquelético con la cabeza enorme en forma de calavera, como uno de esos adornos de la noche de los muertos.

—¡*Gatesque!* —clamó el ser con sus boca desdentada—. ¡No *fortesque!*

—*irdalia... neresia... grotesque... gatesque...*

¡Fump! Nuevamente la nube de humo verde, y el gato volvía a nadar en el caldero.

—Miau.

—Vale, vuelta a empezar. *Irdalia... neresia... grotesque... gatesque...*

¡Fump!

—¡Anda qué... para cuatro palabras que tenías que decir...! —se quejó Eddan en su cuerpo habitual.

La chica frunció el ceño indignada.

—*Irdalia... neresia...*

—Vale, vale, ¡Perdona! Gracias —se corrigió saltando del caldero.

—Oye... —le dijo la niña.

—¿Qué? —contestó el chico, cansado.

—Creo que deberías ponerte el vestido otra vez.

—¡Me cago en mi vida! —gritó Eddan al ver que la transformación le había dejado como Dios le trajo al mundo.

La niña no pudo contener la risa al ver cómo el chico corría por el cuarto buscando el vestido con el que había entrado en el convento.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó la chica.

—¡Y yo qué se! Nadie nos va a creer —contestó él mientras se ponía de nuevo la peluca manchada de verde.

* * *

Kiri, Claudia, Sarah y Teófila estaban sentadas en sus respectivos sitios cenando sin mediar palabra. Una monja leía las Sagradas Escrituras de rigor y tras el alboroto del día anterior nadie levantaba la cabeza de su plato. Sin embargo, una sutil voz fue perfectamente audible por todas.

—Miau... —susurró Kiri, y Eddan la fulminó con la mirada.

La niña comenzó a reír una vez más.

FIN



Christall

Una serie de terror y aventuras de **Géraldine de Janelle**

«Christall» es una serie mensual de relatos ambientados en la llegada y exploración del Nuevo Mundo. Un lugar desconocido y misterioso para la mentalidad de los personajes de esta narración, que nos transporta a épocas antiguas a través episodios históricos mezclados con oscura fantasía.

La isla del muerto

El español limpiaba el filo mellado de la vieja espada. Mientras deslizaba el trapo sobre la hoja, la imagen de su legítimo dueño asaltó su mente una vez más. El cuerpo momificado y descompuesto del caudillo indio que en vida la había poseído se le aparecía constantemente para reclamarle el arma profanada. Ante la imposibilidad de convencer al líder guerrero, el escriba optaba por convencerse a sí mismo de que la necesitaba; pues solo con un arma «muerta» podía defenderse al penetrar en las sombras de los muertos. El cuerpo del jefe le señalaba desde las profundidades de las tinieblas con un dedo descarnado, pero cuando don Álvaro encaraba la punta del acero hacia su terrible rostro, este comprendía el gesto de desafío altanero y regresaba despacio hacia los infiernos. Y desde allí le imprecaba en una lengua desconocida para él, pero que irracionalmente comprendía. Su amenaza era clara: aguardaría el momento de saltar sobre su cabeza desde el reino de los caídos para arrastrarle y recuperar su más preciada pertenencia. Era una espada maldita, el español lo sabía, pero era un mal necesario y sus altos valores cristianos y castellanos habían sido matizados tras su larga estancia en aquel oscuro nuevo mundo de ultramar.

El navío pirata en el que se había enrolado para escapar de los demonios de San Juan de Puerto Rico, surcaba los mares del caribe norte en

persecución del galeón de Ponce de León. Hacía varias jornadas que no divisaban a su presa, pero el capitán confiaba en su buena suerte. Y es que —, como era llamado por los truhanes, tenía fama de ser terriblemente afortunado. La lluvia golpeaba con fuerza el casco del barco y se filtraba en frías goteras hacia los charcos de la bodega. Allí abajo permanecía don Álvaro en silencio, acompañado aparentemente por nadie, pero susurrando mientras terminaba, sin éxito, de limpiar aquel filo ennegrecido. Los truenos rasgaban en la lejanía.

—He escuchado algunos rumores entre la tripulación. Algunos aseguran haber visto al «fantasma de la chica ahogada».

—Es posible —respondía una voz joven e invisible a su alrededor—, a veces salgo de las sombras para volver a caminar por cubierta cuando no hay nadie.

—Deberías tener cuidado, te pueden descubrir.

—¿Y qué más pueden hacerme ya? —ironizó el espectro de la muchacha en un tono apagado por la tristeza—. Asustarse por verme es lo menos que van a sentir.

El escriba frunció el ceño sintiendo el tono de fría amenaza que latía en la chica. Conocía las historias de fantasmas que volvían del más allá con ánimos de venganza. Él mismo había visto con sus propios ojos el banco de espectros que

atravesaron hacia ya algunas noches y también sentía el tormento del caudillo indio profanado. Y, sin embargo, el caso de aquella joven le inquietaba sobremanera, pues nunca había pensado que el más allá estuviera tan cerca, y tampoco que pudiera sentir tanta cercanía hacia uno de esos fantasmas. Aquella muchacha era lo más parecido a un amigo que podía tener. Sentía por ella tanta compasión como incierto respeto, o quizá temor.

—¡Tierra! —interrumpió un grito desde cubierta—. ¡Isla a estribor!

Don Álvaro levantó la vista de la espada y miró su alrededor, la chica había vuelto a desaparecer. Suspiró y corrió hacia las escaleras que daban a cubierta, podía escuchar los pasos apresurados de la tripulación sobre su cabeza.

La lluvia azotó su rostro cuando salió de la bodega. Envainó la espada, apretó los cordones de su capa oscura de viaje, y se acercó hasta el tumulto. Los piratas miraban en la dirección que señalaba el veterano vigía, el español vio entonces como desde las bajas brumas tormentosas emergía el contorno de una isla frondosa azotada por la tempestad.

—Ser isla del muerto —dijo uno de los indios del capitán—, isla ofendida.

—¿La isla del muerto? —estalló en una atronadora carcajada —, ¡Por las barbas de Melquisedec! ¡Esto sí que es una buena nueva!

El indio que le había advertido le miró confuso.

—Ser peligroso.

—«Ser» muy beneficioso —se burló el capitán.

El español no podía apartar la vista de aquella isla gris envuelta en nieblas a la que pronto supo por qué diantres desembarcaron.

* * *

La isla del muerto, como la llamaban los indios, estaba perdida en los mapas. Nadie quería siquiera avistarla. La tormenta que la envolvía permanentemente propagaba en sus truenos la

amenaza de su único habitante: el *bohíque* desterrado. Era el nombre que daban a sus chamanes aquellas gentes, conocidos también como médicos brujos, y los indios de la tripulación contaban que aquel había sido abandonado a su suerte, y a la muerte, en aquel lugar recóndito.

—Bohíque haber caído en locura y ser peligroso —decían—. Mucho tiempo atrás abandonarle su tribu en isla. Traerle hasta aquí. Lejos del poblado. Clavarle puñal de piedra en el pecho. Dejar morir a bohíque solo.

La crueldad de aquella historia caló en los pensamientos de don Álvaro mientras pisaba tierra firme. No le gustaba la idea de acercarse a ese brujo desterrado por su propia gente, por mucho oro que tuviese con él. Y es que aseguraban que había sido abandonado junto a todo el oro maldito que había conseguido mediante oscuros rituales, y que le dejaron desangrarse en la soledad de sus riquezas para que pudiera darse cuenta de que de nada le servían ante la muerte que pronto vendría a buscarle.

Con — al frente, se adentraron en la jungla a golpe de espada. Totalmente empapados y hundiendo las botas en el lodo, avanzaron hasta poder encaramarse a las rocas de una pequeña loma que asomaba por encima de las palmeras. Las nubes de agua que formaba la tormenta impedían ver con claridad el horizonte, pero la isla no era de gran tamaño y supieron al instante hacia dónde dirigirse: las cuevas de la quebrada, al norte. El lugar en el que contaban que fue depositado moribundo.

El trayecto fue largo y costoso, las inclemencias no dieron tregua y el bramido de la tormenta retumbaba en cada trueno. El español creía escuchar gritos rasgados en la lejanía, seguramente a causa de la historia contada por aquellos salvajes. «Es solo el rugir de la tormenta», se decía, pero algo en su interior se ponía en guardia cada vez que un relámpago iluminaba la negrura de aquella selva olvidada. Únicamente — avanzaba animado, aunque en silencio como los demás. Su tripulación estaba formada por desertores españoles y salvajes de las islas, taínos y caribes por igual. Aunque pertenecían a tribus diferentes y enemigas entre sí, la avaricia había unido a

aquellos indios en una suerte de pacto y tregua latente, pese a la cual la tensión era palpable y a veces se disparaba de forma inevitable. Sólo la autoridad de — y sus «hombres blancos» armados con atronadoras armas de fuego mantenían el concierto que incontables caudillos nativos habían sido incapaces de conseguir en siglos de diplomacia, sangre y guerra. La oscuridad del corazón humano había hecho que aquella paz tácita se diera irónicamente en el cruel y asesino entorno de la piratería. Ahora el miedo les unía a todos, y no hay peor miedo que el que es guiado por la temeridad de un avaricioso.

Un viejo aunque ágil caribe volvía la vista continuamente. Buscaba entre las sombras de la tormenta murmurando aquella palabra que ya le había escuchado el escriba a uno de sus brujos, aquel que murió en la jungla en forma de pante-ra, atravesado por su espada. «*Odo'sha...*», mascullaba con visible superstición, y los taínos le rehuían la mirada. Don Álvaro miró de reojo hacia el lugar y pudo sentirlo. Los indios con más sensibilidad chamánica podían percibir a los espíritus, y aquel viejo caribe estaba nervioso.

En un momento dado, el indio se frenó de golpe y mantuvo la mirada fija en un rincón negro de la jungla. Mientras los demás avanzaban, él caminó despacio hacia la maleza tras la que creía haber visto algo. La lluvia arreciaba con fuerza, y su ruidoso embate pronto le separó de la atención de sus camaradas. Acercó con extrema precaución su mano hasta las ramas que tenía delante y las apartó con recelo, cuchillo en mano.

—¡*Odo'sha!* —clamó dando un salto hacia atrás, aterrorizado ante unos ojos inexpresivos fijos sobre él.

La lluvia amortiguó los posibles gritos que pudiera haber dado. Ningún español le echó en falta en aquellos momentos, y a ningún taíno le importó su desaparición. Todos tenían cosas más importantes por las que preocuparse. El oro era una de ellas, el bohíque desterrado la principal.

* * *

Llegaron a los pies de la quebrada y comenzaron a trepar de risco en risco hasta acceder a los barrancos mordidos por numerosas cuevas. Oscuras e inundadas, terribles y amenazantes como fauces negras que se abrían hacia el interior del mundo antiguo. No tardaron demasiado en localizar la que buscaban, una de ellas estaba adornada por un sin fin de símbolos y dibujos trazados toscamente con sangre oscura y seca. Un trueno retumbó en los cielos. — se adentró en aquella locura, espada en mano, y los españoles le siguieron.

—¿A qué esperáis, miserables? —rugió al ver que los indios no tenían intención de dar un paso más—. Entrad ahora o yo mismo os rebanaré esos pescuezos salvajes.

—Es la puerta de la muerte —dijo uno, temblando.

—Será la puerta de la muerte si no entráis ahora mismo, cobardes del demonio.

Un solo paso hacia ellos fue suficiente para que los indios se armaran de valor para entrar en la oscuridad de la caverna. Don Álvaro aguardaba junto al resto, preparado para repeler cualquier posible ataque que surgiera desde el interior de la gruta.

El descenso fue tenso y un hedor insoportable comenzaba a impregnarles. La luz había quedado fuera y pronto quedarían completamente a oscuras. Los dibujos de las paredes se volvían cada vez más delirantes y creaban formas extrañas de dioses o seres desconocidos para un cristiano. El rumor de las aguas era absorbido por el silencio de las entrañas de la montaña y el continuo goteo se mezclaba con los pasos de todos ellos. Pasos que no estaban solos. Otros pies se arrastraban en la oscuridad del final de la caverna.

Todos quedaron quietos, escuchando aquellos ruidos trastabillados y escalofriantes. Apenas podían ver una sombra vagando a pocos metros de ellos. Los puños apretaban las empuñaduras de las espadas, machetes y cuchillos. Las respiraciones comenzaban a agitarse tensas y contenidas. Mas cuando sus ojos al fin se adaptaron a aquella oscuridad, y recrearon la figura que

caminaba de un lado a otro de la cavidad, lentamente y sin rumbo lógico, un relámpago iluminó a traición la gruta y el rostro del cadáver, raído y sin ojos, se volvió hacia ellos emitiendo un doloroso grito inhumano. Con una velocidad impensable se precipitó hacia ellos corriendo como un perturbado en la oscuridad. Sin dejar de gritar dio alcance a uno de los piratas y el ahogado grito de terror dio paso a un horrible cúmulo de sonidos acusos.

—¡Hacia la entrada! —ordenó ——. ¡Acabemos con él la luz del día!

Todos deshicieron sus pasos a la carrera, y el cadáver del bohíque les persiguió con el rostro bañado en sangre.

El combate se sucedió de forma caótica e impotente. Los piratas se lanzaron sobre el cadáver del médico brujo sin dejar apenas que se asomase a la entrada y le propinaron una lluvia de tajos y estocadas que, sin embargo, nada conseguían. El cuerpo se desmembraba para recomponerse rápidamente en aquella amalgama de jirones de músculos y huesos con forma terriblemente humana. El propio don Álvaro vio, frustrado, cómo su espada maldita no causaba efecto alguno sobre el cadáver que iba acabando uno a uno con ellos. Los gritos clamaban y la sangre encharcaba las piedras bajo sus pies. Ni siquiera la torrencial lluvia podía diluir aquella masacre.

—¡Por todos los santos! —clamó — pasando por encima de los cuerpos de algunos caídos para asestar un nuevo golpe al muerto—. ¿Qué clase de demonio es este?

El escriba dio un paso atrás, consciente de que era inútil seguir en aquel empeño. Se limpió el rostro con el dorso de la mano y trató de recuperar la respiración. En aquel momento, una pequeña mano se posó en su hombro y un velo oscuro y ondulante comenzó a difuminar todo a su alrededor. Volvió sus ojos hacia la muchacha y ella le advirtió silencio con el índice sobre sus labios pálidos. A su alrededor, podía sentir como desde muy lejos a los hombres luchando contra su invencible oponente.

* * *

Había sido transportado de nuevo a aquel plano de sombras que se extendía tras la realidad, y no le hacía gracia alguna. Sin embargo, agradecía egoístamente que le hubiera sacado de aquella matanza.

—¿Qué demonios...

—shhh —insistió ella y señaló hacia las oscuras brumas.

Entre las más veladas tinieblas, la figura translúcida de un indio contemplaba el combate que se dirimía en las realidades exteriores donde se encontraban. Aunque la crueldad brillaba en sus ojos inertes, no daba señales de disfrutar viendo todo aquello, mas se podría decir que el tormento le azotaba. No obstante, la presencia de un vivo en las brumas de los muertos atrae la atención de los espíritus como la sangre a los tiburones, y el espíritu se giró hacia ellos. La muchacha mostró su cuchillo y el espíritu se mantuvo quieto donde estaba. Ellos no lo sabían, pero era un *hupia*, un espíritu de los muertos, y estaba prisionero de su propio maleficio. Don Álvaro desenvainó su espada y el *hupia* del médico brujo retrocedió.

—Haz que pare toda esta locura —amenazó el español.

Pero el indio no le comprendía y le observaba con una mirada indescifrable. Dio un paso hacia el escriba.

—No te acerques —advirtió el hombre—, puedo acabar contigo.

Y el espíritu se lanzó a por él con la velocidad de un relámpago y el grito de un trueno. Don Álvaro interpuso el filo maldito en su camino y la propia fuerza del embate ensartó al espectro en la espada. Clavado, a un palmo de él, el médico brujo abrió su terrible boca lanzando dentelladas al aire. El español se apartó y elevando su bota hasta el pecho del espectro liberó la hoja. El chamán cayó de rodillas al suelo y sus gritos atronadores se unieron al clamor del combate en la realidad externa: los piratas estaban logrando al fin dañar al cadáver andante del indio.

Desde las sombras, don Álvaro y la muchacha observaron cómo las armas de los marineros descuartizaban de una vez por todas el cuerpo del brujo mientras su espíritu empezaba a desaparecer.

—Sal de aquí —le dijo la chica al escriba—. La muerte pronto vendrá a por él.

—¿Y tú?

—Sal de una vez —repitió casi empujándole fuera de las sombras.

Pero cuando estaba a punto de caer de espaldas sobre las rocas de las quebradas, sujetó a la chica por el brazo y la arrastró con él hasta la realidad. Ambos rodaron hacia el interior de la cueva y se mantuvieron en silencio, ocultos tras unas frías piedras llenas de horribles dibujos.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó la chica, enfadada y él no supo qué contestar. No lo sabía. Pero no quería que la muerte se la llevara de aquella manera.

—Shhh —respondió entonces él con el dedo sobre los labios.

La batalla había terminado y las voces de los hombres, embriagadas por la sangre y la victoria, retumbaban en la cueva. Estaban bajando una vez más y al mirar a su alrededor supo el por qué. Montones de monedas de oro, brazaletes y ajuares enjoyados estaban esparcidos por el suelo encharcado de sangre, lluvia y desperdicios. Sus ojos acostumbrados ahora al velo de las sombras del cual había salido podían verlo con claridad.

* * *

Los piratas cargaron el botín en el barco y zarparon de aquella isla sin más dilación. Don Álvaro no se planteaba siquiera la moral de aquel pillaje, observaba el filo de su espada una vez más en la soledad las bodegas mientras el resto de la tripulación festejaba embriagada en cubierta aquella gran hazaña.

—No deberías haberme sacado de allí —dijo la

voz de la muchacha, sentada tras un barril en el rincón más oscuro del navío.

—La muerte te hubiera encontrado.

—¿No viste cómo la anhelaba ese espíritu? ¿Quién te dice a ti que no quiera marcharme yo también?

El español levantó la vista y se encaminó hacia el rincón. Tomó asiento junto a ella.

—El medico brujo había encontrado ya sus respuestas y su sentencia le llegó. En cierto modo —pensó el español—, ha sido liberado de su penitencia para afrontar el juicio ante Dios. Era su hora, no la tuya.

—¿Y tú qué sabes?

—Sé que estos miserables te han convertido en lo que eres —aseguró don Álvaro—, y que sigues aquí porque aún te quedan cosas por hacer.

La muchacha le observó en silencio, un extraño brillo apareció en sus ojos.

—¿Me pides que mate? —preguntó al hombre y este guardó silencio.

—Te pido que hagas lo que tengas que hacer para encontrar la paz.

—Si me sigues ayudando te condenarás —dijo ella, con cierta preocupación.

El escriba miró el filo de su espada, más oscuro aún si cabe tras atravesar al espectro del brujo. Sintió una vez más la mirada del caudillo indio clavarse en él desde los infiernos.

—Yo ya estoy condenado.

FIN

Si te ha gustado el relato puedes seguir a Géraldine de Janelle en su [página](#).

Nuestra Reseña literaria

Mañana es Halloween - Israel Moreno

Un pueblo costero a la sombra de viejas montañas. Un peligroso bosque al que nadie quiere acercarse a causa de la superstición que hunde sus raíces en un antiguo crimen. Una oscura historia para fechas de calabazas y brujas. Un recordatorio de que la más temible noche del año se acerca; y lo hace impregnada de sangre, satanismo y delirios paganos.

Israel Moreno nos conduce a través de una contundente trama trenzando la peculiar visión subjetiva de numerosos personajes que nos desvelan, poco a poco, los misterios que se suceden en los bosques de Nim.

El lenguaje directo y ligero empleado nos permite devorar la novela sin sentir el más mínimo agotamiento. Sin duda no pararáis de leer hasta conocer el inesperado desenlace.

Buen libro para esta noche de los muertos que puedes conseguir [aquí](#).



Diego Bober



Otto

Boebaert

¿Conocéis a Otto? Es un pequeño perro, ajeno al amanecer zombi, que descubre que su amo se encuentra "un poco raro". Contamos con sus extrañas tiras cómicas con nosotros cada mes. ¡No os lo perdáis!



POEMARIO

I

Con mi pasado encerrado en una botella
he caminado
de Betelgeuse a Aldebarán
he respirado galaxias
y quasares
Tomé en Praga una limonada
conversé con Gandhi
en Dublín
Saboreé el aroma de épocas pasadas
que Bóreas trajo a mí
rocé la luz del futuro redentor
contando la edad del tiempo
con mis dedos
Mientras en mi pecho latía:
El Universo.

II

Cómo puedo tomar en serio al cosmos
cuando allá arriba me guiñan
millones de ojos.

III

Cuando aún las cigarras eran mayores,
escuchaba el susurro de la Tierra
Y
el llanto de los ancestros
que llega del verde desierto
sintiendo mío el latido
del Yaguar
mirando con los ojos
de la noche voraz
Y ahora que el mar se ahoga
y espero a los guerreros de la aurora
veo cada vez más,
menos estrellas.

Un poema de Richard Montenegro.

Si te ha gustado puedes seguir sus obras en [el blog del Grupo Li Po](#)



CUC DE PI



Violeta
Moreno
Triviño

Corrección profesional

Resultados profesionales



www.correccionprofesional.com

¿Quieres anunciarte en nuestra revista?

Al ser una publicación **GRATUITA**,

la **Revista Valinor**

**LLEGA A MUCHOS LECTORES
Y PASA POR MUCHAS MANOS.**

No lo dudes,
si quieres que te vean, contacta con nosotros y pregúntanos.

revista@editorialvalinor.com

WWW.UNDERCINE.COM

UNDERCINE

CINE DE TERROR. CINE FANTÁSTICO Y MUCHO MÁS



EDITORIAL VALINOR
www.editorialvalinor.com

